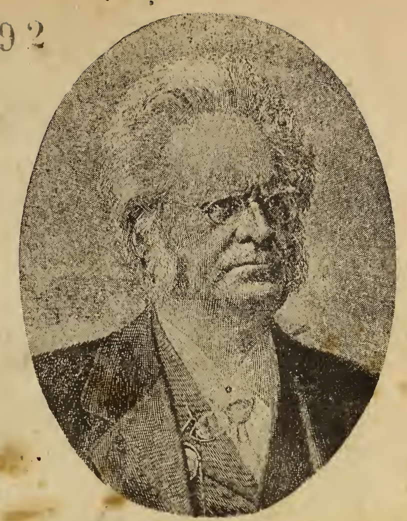
B. BJŒRNSON



El Guante

Traducción de Gabriel Maura Gamazo

MÁS ALLÁ DE LAS FUERZAS HUMANAS

Traducción de Pedro González-Blanco

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMP.ª EDITORES

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

EL GUANTE

MÁS ALLÁ DE LAS FUERZAS HUMANAS

DEL MISMO AUTOR

El Rey.—*Una peseta.*

BJŒRNSTJERNE BJŒRNSON

EL GUANTE

DRAMA EN TRES ACTOS

Traducción de Gabriel Maura Gamazo

MÁS ALLÁ DE LAS FUERZAS HUMANAS

DRAMA EN DOS PARTES

Traducción de [illegible] González-Blanco



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10 — VALENCIA | Olmo, 4 (Sucursal) — MADRID



Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

A modo de presentación

No la necesita Bjœrnstjerne Bjœrnson para el público. Popularizados su retrato y biografía por las revistas y periódicos extranjeros, franceses principalmente, forma ya el autor de *El guante,* con Ibsen y Tolstoi, el grupo de patriarcas de la literatura modernísima, el peligro amarillo de los autores y editores franceses, que amenaza barrer del mercado europeo los frutos artificiales de la caduca mentalidad latina, sustituyéndolos por estos otros frescos y lozanos de la flora septentrional, de savia pujante. Quizá se exageran los posibles estragos de esa invasión, que llama D'Annunzio de los Bárbaros del Norte, porque siempre habrá en literatura quien prefiera lo delicado á lo fuerte; pero si el peligro fuera real, sería inevitable, que es el arte democrático, y sólo discierne sus categorías á quienes con sufragios acreditan merecerlas.

También, como Tolstoi y como Ibsen, es Bjœrnson, física é intelectualmente, un atleta; ha llegado á la última etapa de su vida sin que el tiempo lograse doblegar su noble cabeza cubierta de canas, canas que recuerdan luchas políticas, empeños literarios, tristezas de la emigración, dulzuras del triunfo, todo lo que teje la historia de los grandes agitadores intelectuales. Porque Bjœrnson ha sido, ante todo, un agitador republicano con la palabra y con la pluma, desde que allá en sus

fogosas mocedades envió al rey un cartel de desafío, cuando supo que había hablado despectivamente de una de sus obras, hasta hoy que, coronado por el éxito, aclamado por los propios y respetado por los extraños, alienta con sus escritos á las generaciones nuevas á continuar la lucha por las ideas cuyo triunfo parcial él lograra.

No usa, como Tolstoi, la barba de los personajes bíblicos, sino patillas á lo Ibsen; completan éstas el marco blanco de una fisonomía de facciones duras y pronunciadas, que serían desapacibles si no alterasen su expresión los ojos de miope, inquietos y penetrantes cuando miran á través de las gafas, socarrones cuando ven por encima de ellas.

Ejerció el destierro una doble saludabilísima influencia en el gran dramaturgo noruego; obligóle á recorrer América, templando en aquella atmósfera de lucha su belicoso temperamento; le permitió después una estancia de tres años en París, donde depuró el gusto y adquirió flexibilidad en la técnica dramática; le infundió, por ultimo, ese amor intenso al país natal, raro privilegio de los que lejos de él lloraron muchas veces, que no despierta el cariño ciego, siempre infecundo, sino el voto sagrado de la propia existencia para corregir los vicios ó los defectos que la comparación descubriera en el carácter patrio.

En París, agitado por esos descubrimientos, escribió su drama *Más allá de las fuerzas humanas*. Es un drama nostálgico, cuyos personajes cantan las bellezas de la [illegible]a septentrional, donde todo es gigante, donde en lucha con las fuerzas naturales no domadas, se educan los colosos, asombro después para los pigmeos de las tierras llanas. Es un drama obscuro y simbólico, ininteligible para el que esto escribe... y para muchos otros, sin duda, porque cada crítico le explica de diferente manera. No ha mucho fué estrenado en París con éxito ruidoso, que no en balde ha llamado un francés á los parisienses *los provincianos de Europa*.

Por fortuna, no es este género de teatro, que se llama de ideas por llamarse de algún modo, el único que Bjœrnson

cultiva; la variedad de los temas que elige le distingue de Ibsen, más original quizá, pero más monótono. Gusta Bjœrnson de abordar problemas psicológicos; por eso los protagonistas de sus obras pertenecen á la alta sociedad, viven la vida compleja de las grandes ciudades.

Pablo Lange es una de sus creaciones: político afortunado, joven, rico, elegante, ha llegado al ministerio sin afiliarse á ninguno de los dos partidos; en él confían los que mandan, juzgándole único posible sostén de la situación que se desmorona; las oposiciones, en cambio, esperan que acabe de hundirla y les tienda sus brazos para escalar el poder. *Pablo Lange* vacila, mostrándose indigno de su fama, y cuando surge el conflicto, adopta la solución intermedia que su conciencia le dicta; pero nadie le comprende, todos le escarnecen, y esta primera derrota le aniquila, porque ha nacido para el triunfo y no para la lucha. El desenlace, tan frecuente en la dramática noruega, es el suicidio, del cual no logra salvar á Pablo el amor, que personifica *Tora Parsberg*, hermoso tipo de la mujer noruega.

La quiebra es quizá el más feliz de los aciertos de Bjœrnson, drama grande que recuerda la manera de hacer de Sudermann, de conocido y antiguo argumento: la adversidad descubriendo tesoros morales que la fortuna á sus propios poseedores ocultaba, pero de original y simpático desenvolvimiento.

El guante no es la más literaria de las obras de Bjœrnson ni la de más empeño tampoco, pero sí, tal vez, la más agradable. Interesante estudio psicológico es el tipo de *Svava*, tipo de mujer que quizá no exista en los países meridionales, que desde luego no es latino, pero sí humano y perfectamente verosímil. Soltera aún á la edad en que muchas son ya madres de familia, aleccionada por los años, conoce los riesgos que amenazan á su felicidad en el matrimonio, y para ella ninguna fianza sobra: no basta que su prometido sea *honrado* para el mundo, que hay muchas mujeres desgraciadas de maridos honrados, según el tecnicismo corriente; exige algo más, algo

que los hombres de todos los países, más egoístas, más experimentados ó más cautos, exigen de las mujeres que han de llevar su apellido.

Seguir hablando, sería anticipar á los lectores el argumento ó abusar de su paciencia, usurpando la palabra á quien debe tenerla.

Gabriel Maura Gamazo.

EL GUANTE

(Drama en tres actos)

PERSONAJES

RIES.
LA SEÑORA DE RIES.
SVAVA, hija de ambos.
CHRISTENSEN.
LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.
ALF, hijo de ambos.
HOFF.
MARGIT. } criadas de Ries.
MARÍA. }
PEDRO.
ANA, KAMMA, FEDERICA y algunas jóvenes más.

La escena pasa en casa de Ries.—Izquierda y derecha las del espectador

ACTO PRIMERO

La escena representa un saloncito de música adornado con gusto: en el fondo, dos puertas vidrieras y dos ventanas que dan á un parque: en los espacios intermedios, bustos sostenidos por columnas. Á la derecha dos ventanas; á la izquierda dos puertas, de las cuales la primera comunica con el tocador de Ries; entre las dos puertas, algo separado del muro, un piano, y delante de él una mecedora. En primer término, un sofá á la izquierda y otro á la derecha; delante de éste una mesita; completarán el mueblaje algunas sillas, un musiquero entre las dos ventanas de la derecha, etc., etc.

ESCENA I

La señora de Ries, y en seguida Ries

(La señora de Ries está sentada en el sofá de la izquierda, con la cara vuelta hacia el parque; tiene un periódico en la mano, en el cual lee de vez en cuando durante toda la escena. Ries sale de su tocador en mangas de camisa, abrochándose el cuello.)

Ries.—No he visto aún á Svava.

La señora de Ries.—Ha salido.

Ries.—¿Ha salido?

La señora de Ries.—Sí; ha ido al baño.

Ries.—¡Ah, ya! *(Se dirige hacia la ventana de la derecha, vuelve á su cuarto y sale otra vez, siempre ocupado en abrocharse el cuello de la camisa.)*

La señora de Ries.—¿Quieres que te ayude?

Ries.—No; muchas gracias. ¡Cuesta un trabajo! Estas camisas modernas son molestísimas. He comprado unas cuantas en París.

La señora de Ries.—¿Una docena?

Ries.—Docena y media... ¿Á qué hora os retirasteis anoche? No os vi salir.

La señora de Ries.—No: estabas jugando y no quisimos interrumpirte. Sería la una, poco más ó menos. ¿Y tú?

Ries.—Á las dos y media. ¡Qué fiesta más hermosa! ¿Verdad?

La señora de Ries.—Sí... Yo la encontré poco espléndida para ser una fiesta de Dichos (1). Me pareció mezquina.

Ries.—Dicen que Alf quiso que fuera así.

La señora de Ries.—Alf es poco aficionado al estrépito. Dime, ¿qué impresión te ha hecho?

Ries.—Excelente. Todo el mundo habla bien de él. *(Vuelve á entrar en su cuarto y sale otra vez.)* ¿Á que no adivinas lo que estoy pensando?

La señora de Ries.—No; pero debe ser algo muy complicado.

Ries.—Sí que lo es... ¡El demonio del cuello!... Vamos, al fin! *(Entra otra vez en su cuarto y sale con una corbata en la mano.)* Estoy cavilando... cómo... cómo estará hecha nuestra hija.

La señora de Ries.—¿Cómo estará hecha?...

Ries.—Sí; me explicaré. Qué cualidades morales ha heredado de ti y cuáles otras de mí. ¿Comprendes? Svava es una muchacha muy singular.

La señora de Ries.—Sí por cierto.

Ries.—No es precisamente un retrato tuyo, ni mío tampoco, ni siquiera un conjunto de los dos.

La señora de Ries.—Es muy complicada.

Ries.—Muy complicada. (*Vuelve á entrar en su cuarto y sale completamente vestido, cepillándose.*) ¿Decias algo?

(1) Literalmente: de esponsales.



LA SEÑORA DE RIES.—No... Svava se parece mucho á mi madre.

RIES.—¡Dónde vas á parar! Tan callada, tan simpática...

LA SEÑORA DE RIES.—Se apasiona algunas veces, sin embargo.

RIES.—Sí; pero no se descompone como tu madre, ni pierde los buenos modales.

LA SEÑORA DE RIES.—Jamás has comprendido á mi madre... Pero puede que tengas razón, que no se parezcan Svava y ella.

RIES.—Absolutamente nada... ¿Ves como hice muy bien en tratarla desde muy pequeña como si fuera una persona mayor? ¿Lo ves ahora? Á ti no te gustaba.

LA SEÑORA DE RIES.—No me gustaba que estuvieras siempre sermoneándola.

RIES.—Pero el resultado, querida, el resultado. (*Se pone á tararear.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Supongo que no intentarás convencerme de que aquellos discursos que le endilgabas han hecho de Svava lo que es.

RIES.—Los discursos solo, claro que no (*entrando en el cuarto*); pero... (*desde dentro*) pero han influído mucho. ¿La observastes ayer? Tiene *savoir vivre,* ¿verdad? (*Sale.*)

LA SEÑORA DE RIES.—No es esa, sin embargo, la mejor de sus cualidades.

RIES.—No: claro... Ayer, en el barco, me preguntó un señor si era yo pariente de la señorita Ries, fundadora del Asilo de niños de aquí. Contesté que tenía la honra de ser su padre. ¡Si hubieras visto qué impresión le hizo! Estaba conmovidísimo.

LA SEÑORA DE RIES.—Sí: el Asilo de niños nació con buena estrella.

RIES.—A él debe Svava el novio que tiene: ¿no?

LA SEÑORA DE RIES.—Pregúntaselo á ella.

RIES.—Pero no me dices nada, no te fijas en mí. ¿Qué te parece este traje?

LA SEÑORA DE RIES.—Ya lo veo, ya.

RIES.—¿Y no te admiras? ¿Ves? todo de un color, hasta las botas y el pañuelo también.

LA SEÑORA DE RIES.—Pero, hombre, pareces un niño de escuela.

RIES.—Sí: tienes razón... Á propósito: ¿cuántos años crees que me echan por ahí?

LA SEÑORA DE RIES.—Cuarenta, es claro.

RIES.—No, no es tan claro como tú supones... Pues este traje es conmemorativo: me lo mandé hacer en Colonia el día mismo en que recibí la noticia del noviazgo de Svava. Figúrate: en Colonia, á diez horas de París; pero tanto me entusiasmé al saber que iba á emparentar con la familia más rica de la nación, que no fuí capaz de contenerme diez horas siquiera.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Y te contentaste con un traje?

RIES.—¡Qué tontería! Ya verás cuando traigan los cofres que están en la Aduana.

LA SEÑORA DE RIES.—Entonces nos tocará el turno á nosotras.

RIES.—Os tocará la vez... Un papá que se marcha á París precisamente cuando...

LA SEÑORA DE RIES.—Y que casi no llega á la fiesta.

RIES.—En efecto: fué gran suerte que se retrasara el vapor. Me presenté como por ensalmo, en la *fête champêtre*. Una fiesta en honor de mi propia, de mi única hija. Todos se precipitaron á darme la bienvenida; nunca me vi tan agasajado como ayer noche.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Con quién jugaste?

RIES.—Ya puedes imaginarlo: con los tres Patriarcas, es decir, con el dueño de la casa, el ministro del Interior y mi hermano, el director general. Me cupo la honra de perder los cuartos entre jugadores tan distinguidos; porque, eso sí, siempre pierdo... ¿Qué estás leyendo?

LA SEÑORA DE RIES.—*The fornightly.*

RIES.—¿Ha traído algo nuevo en estos dos meses que he estado fuera? (*Comienza á tararear una melodía.*)

La señora de Ries.—Sí: algunas cosas... Mira, este artículo me recuerda nuestra converseción de antes; se llama: «Lo que se hereda».

Ries.—¿Conoces esta melodía? (*Sentándose al piano.*) Es la última moda; no he oído otra cosa en toda Alemania. (*Comienza á tocar y cantar, pero lo deja en seguida.*) Voy por el papel antes de que se me olvide. (*Entra en su cuarto y vuelve á salir con el papel de música. Se sienta al piano, toca y canta.*)

ESCENA II

Dichos y Svava, que entra por la segunda puerta de la izquierda

Ries.—(*Se detiene un instante y se precipita luego al encuentro de su hija.*) ¡Buenos días, niña, buenos días! Casi no pude saludarte en la fiesta de anoche. ¡Eran tantos los que me hacían la competencia! (*La besa y avanza con ella hacia el primer término.*)

Svava.—La culpa es de los padres que hacen viajes tan largos.

Ries.—Ó de las hijas que guardan tantos secretos.

Svava.—Muchas veces esos secretos lo son para ellas mismas hasta que dejan de serlo para todos. ¡Buenos días otra vez, mamá! (*Se arrodilla junto á ella.*)

La señora de Ries.—¡Qué olor tan fresco traes! ¿Has estado en el bosque después del baño?

Svava.—Sí, y cuando volvía me crucé con Alf, que me saludó. Vendrá en seguida. (*Á Ries.*) ¿Á que no adivinas lo que he visto anclado en el puerto?

Ries.—¿Vinieron, por fin? Mis dos mayores pataches, sin duda.

Svava.—Precisamente: junto al puente estaban. La cubierta es un gran salón de baile.

RIES.—¿Y si lo probáramos?

SVAVA.—Es la ocurrencia más feliz de toda tu vida; sólo tú eres capaz de tener esas ideas. Dos pataches... uno junto á otro, formando una sola cubierta... una tienda de campaña...

RIES.—Delante un vaporcito con música, y luego... ¡fuera al Fjord! ¡Bravo!

SVAVA.—He hablado hoy con algunos conocidos, y todos esperan con ilusión la fiesta de mañana, y yo... yo como si fuera una chiquilla.

RIES.—Si he de decir la verdad, cosa que debe procurarse siempre, había ya llegado á dudar que nos dieras ocasión para esta clase de fiestas.

SVAVA.—Á mí también me parecía ya improbable.

RIES.—Pero de pronto... apareció un príncipe, como en los cuentos.

SVAVA.—Apareció un príncipe en el instante oportuno.

RIES.—En el instante oportuno, porque tú le esperaste hasta que llegó.

SVAVA.—No por cierto; ni siquiera me había pasado por las mientes que tal cosa pudiera suceder.

RIES.—Tu cuento se va haciendo misterioso.

SVAVA.—Y sí que es un misterio. Dos jóvenes, que ya van dejando de serlo, que se conocen desde niños, sin ocurrírseles jamás pensar el uno en el otro, hasta que un día... un día ya no me pareció el mismo.

RIES.—Mientras para los demás era el de siempre.

SVAVA.—Supongo.

RIES.—Yo le encontré más alegre.

SVAVA.—Ya vi que os reíais mucho juntos. ¿De quién os burlábais?

RIES.—De la señora que ocupó el puesto de honor, la que se sentó junto á tu madre.

SVAVA Y LA SEÑORA DE RIES.—(*Dejando el periódico.*) ¡Ah! del *Dragón*.

RIES.—Fué el único hazmerreir de la fiesta.

LA SEÑORA DE RIES.—Es la persona más repugnante que

he tropezado en mi vida, con su bolsa de labor, su perrito y su lengua de víbora.

Ries.—La más rica de la familia... y soltera. La gente se limita á llamarla... original. Cada vez que abría la boca, todos asentían sonrientes.

La señora de Ries.—Pues yo no la pude aguantar y me fuí.

Ries.—Ya lo noté: tú no eres sacerdotisa del becerro de oro, y eso vas ganando; nadie más esclavo que el rico.

La señora de Ries.—(*Á Svava, que mira por la ventana.*) ¿Y á ti que te ocurrió con ella?

Ries.—¿Ha ocurrido algo entre el *Dragón* y tú?

Svava.—No: estuvo muy amable conmigo; siempre lo está.

La señora de Ries.—Cuando te separaste de ella, me pareció que te ponías hosca; algo te dijo.

Ries.—¿Algo de mí, quizá?

Svava.—Puesto que deseáis saberlo, os diré que habló muy mal de Alf.

Ries.—¡De Alf!

La señora de Ries.—¿Qué fué ello?

Svava.—Muy mal, no es la expresión adecuada. Me dijo que cuando quisiera saber algo sobre mi novio, se lo preguntase á ella.

Ries.—Es una bruja. Una bruja mala, porque las hay buenas también. ¡Á propósito! Te felicito por tu nuevo traje de mañana; dadas las circunstancias, es de bastante buen gusto.

Svava.—Dadas las circunstancias, es decir, estando tú muy lejos y no pudiendo aconsejarme...

Ries.—¡Exacto! Yo no habría aprobado nunca esos adornos; pero repito que, dadas las circunstancias, no me parece del todo mal. ¡Ah! pero el corte... ¡Ya verás, ya verás cuando lleguen mis baúles!

Svava.—¿Sorpresas?

Ries.—Estupendas... Por cierto, ahí dentro tengo algo que puedo enseñaros ahora mismo. (*Entra en su cuarto.*)

Svava.—(*Á su madre.*) ¿No encuentras que está muy inquieto, más excitado que de costumbre?

La señora de Ries.—La alegría... el viaje además...

Svava.—Pero está al mismo tiempo tan suave, tan amable... Ha camb... (*Vuelve Ries.*)

Svava.—(*Á Ries*) ¿Sabes lo que me dijo anoche de ti el ministro?

Ries.—Los personajes están obligados á decir alguna fineza.

Svava.—«Su padre de usted, señorita, es aún, entre nuestros elegantes, el elegante *par excellence.*»

Ries.—*A bien dit son excellence.* ¿Sabes que vas á lograr para tu padre una...? (*Señalando el ojal de la solapa.*)

Svava.—¡Yo!

Ries.—Tú, es claro. El gobierno ha utilizado ya varias veces mis servicios en la preparación de los tratados de comercio, y ahora va á concederme una... (*Hace una cruz en el pecho.*)

Svava.—Que sea en hora buena.

Ries.—¡Como vamos á emparentar con el insigne estadista!

Svava.—¡Y qué modestamente ocultabas tu próxima dignidad!

Ries.—Pues ahora me voy á convertir en el modesto exhibidor de trajes elegantes, es decir, de figurines de trajes elegantes, que es más modesto aún.

Svava.—No, papá; ahora no.

La señora de Ries.—Más vale dejarlo para la tarde.

Ries.—Cualquiera diría que soy yo la única mujer que hay en la casa... Pero, en fin, como queráis... Propongo otra cosa: en primer lugar, que nos sentemos.

La señora de Ries.—Nos sentamos. (*Lo hacen.*)

Ries.—(*A Svava*). En segundo lugar, le cuentas á tu padre, que estaba fuera y no se ha enterado aún de nada, cómo ocurrió... lo del *misterio*.

Svava.—¿Y si yo no lo puedo contar?

Ries.—Con todos sus secretos detalles, es claro que no... ¡quién había de ser tan cruel que lo pretendiese!... y menos ahora... en los primeros celestiales transportes del noviazgo. No: yo pregunto sólo cómo llegasteis á poneros en relaciones.

SVAVA.—Gracias á nuestro bendito Asilo de niños.

RIES.—¿Á tu bendito Asilo de niños?

SVAVA.—Mío no: ya pasan de ciento las muchachas que le sostienen.

RIES.—Bueno, á lo que estamos. Alf se presentó allí un día con un donativo.

SVAVA.—Iba muy á menudo á llevar limosnas.

RIES.—¡Muy bien!

SVAVA.—Y una vez nos pusimos á hablar del lujo. Convinimos en que el tiempo y el dinero se empleaban mejor en obras de caridad que en el lujo.

RIES.—¡Perfectamente!... Pero ¿á qué llamabais vosotros «el lujo»?

SVAVA.—De eso no hablamos. Yo opiné que el lujo es inmoral.

RIES.—¡Inmoral!... ¿El lujo?

SVAVA.—Si ya sé que no es esa tu opinión; pero es la mía.

RIES.—Querrás decir la de tu madre y la de tu abuela.

SVAVA.—Y la mía también, si no lo tienes á mal.

RIES.—De ningún modo.

SVAVA.—Le conté lo que habíamos visto en América tú, mamá y yo... ¿recuerdas? Asistimos á un *meeting* de las Sociedades de Templanza, y vimos allí á muchas señoras afiliadas; es claro que no conocíamos á punto fijo la fortuna que tendría cada cual; pero sus coches, sus vestidos, sus alhajas, las alhajas sobre todo, representaban...

RIES.—Muchos, muchos miles de dollars.

SVAVA.—...Gastados tan inútilmente como si los hubiera consumido la bebida, que aquellas señoras iban á combatir.

RIES.—Bueno, y...

SVAVA.—Sí: tú te encoges de hombros, pero Alf no. Alf me contó lo que había observado... en las grandes ciudades.

RIES.—¿Y qué había observado?

SVAVA.—Enormes desigualdades sociales... la miseria más abyecta junto al lujo más desenfrenado...

RIES.—¡Ah, vamos! Yo creí que... Nada, nada: sigue.

Svava.—Alf prestaba atención á lo que yo le decía, y no se limpiaba las uñas.

Ries.—¡Perdona!

Svava.—Por mí no lo dejes... Alf profetizó una gran revolución social y habló con calor, con elocuencia, del empleo que pensaba dar á su fortuna el día de la mañana. ¡Fué tan inesperado... tan nuevo! ¡Si hubieras visto lo guapo que estaba!

Ries.—¡Cómo! ¿También guapo?

Svava.—Á mí me lo pareció al menos... y á mamá también.

La señora de Ries.—(*Sin levantar los ojos del periódico.*) Y á mamá también.

Ries.—Las madres están siempre enamoradas de los novios de sus hijas. Pero cambian cuando llegan á suegras.

Svava.—¿Lo dices por experiencia?

Ries.—Es claro, por experiencia. ¿De manera que Alf Christensen se ha convertido de pronto en una hermosura? Trataré de ir descubriendo poco á poco en él esa nueva cualidad.

Svava.—Aquel día me pareció tan enérgico, tan franco, tan puro...

Ries.—¿Qué entiendes por *puro*, hija mía?

Svava.—Lo que quiere decir la palabra.

Ries.—Eso es precisamente lo que pregunto: qué significado tiene esa palabra para ti.

Svava.—El que le das tú, el que le dan todos, cuando se dice... de mí, por ejemplo.

Ries.—¡Cómo! ¿Crees que tiene el mismo sentido aplicado al hombre que á la mujer?

Svava.—Naturalmente.

Ries.—¿Y crees que el hijo de Christensen?...

Svava.—(*Levantándose.*) ¡Papá! Me estás insultando.

Ries.—¿Que te insulto porque te digo que Alf es hijo de su padre?

Svava.—Pero en esto no se parece á él. Estoy segura de que no me engaño.

LA SEÑORA DE RIES.—Ahora mismo estaba leyendo ese artículo que trata de las leyes de la herencia. Hay muchos hijos que son la inversa de sus padres.

RIES.—Bueno, bueno; como queráis. Pero temo mucho que con esas teorías tan sublimes, no seas todo lo feliz que yo desearía.

SVAVA.—¿Qué quieres decir con eso?

RIES.—¿Por qué te excitas tanto? ¡Vamos! ven y siéntate. Además, ¿cómo puedes tú saber...?

SVAVA.—¿Saber qué?

RIES.—Saber en cada caso concreto si...

SVAVA.—¿Si el hombre con quien hablo es un animal repugnante, ó un hombre?...

RIES.—¿Ves? ya estás otra vez nerviosa. Digo que puedes equivocarte, hija mía. Ven y siéntate.

SVAVA.—No, no me equivoco. Tampoco me engañas tú, á pesar de las horribles teorías que defiendes. Sé que eres el hombre más fino, más...

LA SEÑORA DE RIES.—(*Dejando el periódico.*) Dime, hija; ¿vas á quedarte con ese traje, ó quieres vestirte antes de que venga Alf?

SVAVA.—No, mamá: es inútil que intentes distraerme. Una amiga mía sabe una canción de una virgen que se durmió en los brazos de un príncipe y se despertó junto á una bestia. Á mí no me ocurrirá eso.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Qué necesidad hay de hablar ahora de estas cosas? Alf es un muchacho honrado.

SVAVA.—Sí que lo es. Pero he presenciado tantos desengaños... Ya ves: el de Helga Holm, por ejemplo.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ah, sí! Fué atroz.

RIES.—¿Qué ha pasado?

SVAVA.—¿No lo sabes?

RIES.—No.

SVAVA.—Se han separado.

RIES.—¿Los Holm?

SVAVA.—Sí, por infidelidad. Ella le sorprendió...

RIES.—¡Demonio! ¿Y hace poco tiempo?

SVAVA.—Poquísimo.

RIES.—No sabía nada.

SVAVA.—Os voy á contar una cosa que he tenido siempre secreta. Yo estuve ya otra vez á punto de ponerme en relaciones.

RIES Y LA SEÑORA DE RIES.—(*Levantándose.*) ¡Tú, Svava!

SVAVA.—Sí, yo. No quiero decir con quién. Era aún muy joven. Él tenía unas ideas muy hermosas, muy nobles: lo contrario de papá. Yo le adoraba. Me permitiréis que calle lo que averigüé y cómo lo descubrí... Entonces fué cuando creisteis que estaba yo...

LA SEÑORA DE RIES.—¿Tísica?

RIES.—¿Fué entonces?

(*Svava asiente.*)

LA SEÑORA DE RIES.—(*Acercándose á ella.*) ¿Y cómo no me dijiste nunca una palabra?

(*Ries se retira hacia la izquierda.*)

SVAVA.—En fin... ya pasó; pero no se olvida. El que ha tenido un desengaño como aquel, no tiene el segundo.

(*Ries se ha deslizado hasta su cuarto.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Puede que haya sido para tu bien.

SVAVA.—Yo no lo dudo... Ya pasó, pasó del todo; pero ha durado hasta que encontré á Alf. ¿Dónde está papá?

LA SEÑORA DE RIES.—¿Tu padre?... Ahí viene.

RIES.—(*Sale de su cuarto cubierto y poniéndose un guante.*) Ahora tengo que ocuparme de mis baúles. Me voy á la Aduana. ¡Adiós, muchacha! (*Besando á Svava.*) Me has proporcionado una gran alegría... Pero tienes algunas ideas... En fin, dejémoslo estar. (*Saliendo.*) ¡Adiós!

LA SEÑORA DE RIES.—¡Adiós!

RIES.—(*Volviendo y quitándose el guante que tenía puesto. A Svava.*) ¿Te fijaste en la melodía que toqué antes? En Alemania la cantaban por todas partes. (*Toca y canta, pero lo deja en seguida.*) ¡Qué tonto, si se me olvidaba que está ahí el papel! Tú misma puedes estudiarla. (*Se va, tarareando, por el foro.*)

SVAVA.—¡Es delicioso... y tan inocente! ¿Le observaste ayer? Estaba radiante.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Y tú, cómo estabas?

SVAVA.—Contentísima, ¿por qué he de negarlo? Me obsequiaban todos... tan amables... (*Se abraza á su madre.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Voy á ocuparme un poco de la casa.

SVAVA.—(*Acompañándola.*) ¿Quieres que te ayude?

LA SEÑORA DE RIES.—No, no: quédate aquí.

SVAVA.—Entonces voy á ensayar esta melodía. Realmente es muy bonita. Alf no tardará en venir.

(*La señora de Ries se va por la segunda puerta de la izquierda. Svava se sienta al piano y toca.*)

ESCENA III

SVAVA y ALF, que entra por la puerta derecha del fondo

ALF.—(*Llega de puntillas y se inclina sobre Svava, hasta que se juntan las dos cabezas.*) ¡Qué hermosa fué la fiesta de anoche!

SVAVA.—¡Alf!... No te he sentido llamar.

ALF.—Encontré á tu padre en la puerta... Es bonita esa melodía.

SVAVA.—Sí... Gracias, muchas gracias por lo de ayer (*Se adelantan juntos hacia el primer término.*)

ALF.—No puedes imaginar tu éxito.

SVAVA.—Un poco.

ALF.—En mi casa están todos entusiasmados.

SVAVA.—Y aquí también.

ALF.—Figúrate que hasta el *Dragón* te encontró *preciosa.*

SVAVA.—¿De veras? Temí haberla ofendido.

ALF.—Ya ves que no; pero observé, en efecto, que te separaste de ella bruscamente.

SVAVA.—No, no fué nada... ¿Qué llevas en la mano? ¿Una carta?

ALF.—Sí; una carta que me ha entregado tu doncella. Es de alguien que sospechaba que vendría yo por aquí en el curso de la tarde.

SVAVA.—Lo cual no era muy difícil de suponer.

ALF.—No mucho... pues tengo que ir á casa de Eduardo Hansen.

SVAVA.—(*Señalando hacia la izquierda.*) Vete por el jardín, que es el camino más corto.

ALF.—Ya lo había pensado, porque dice que es urgente, y subraya la palabra.

SVAVA.—Toma mi llave. Aquí está. (*Se la da.*)

ALF.—Muchas gracias.

SVAVA.—Si es por egoísmo; para que vuelvas más pronto á mi lado.

ALF.—Me quedo á almorzar.

SVAVA.—Y luego toda la tarde. Mucho tiempo, mucho... ¿verdad? ¡Tenemos que hablar de tantas cosas que se nos olvidaron ayer!

ALF.—Y de la fiesta de mañana. Ya he visto el salón flotante de tu padre.

SVAVA.—¿Qué te ha parecido la ocurrencia? Yo estoy disfrutando ya.

ALF.—Y yo lo mismo.

SVAVA.—¿Lo ves? Todo el mundo está contento.

ALF.—Menos yo. De eso venía á hablarte. Dime, ¿no podemos estar mañana antes de la fiesta juntos un rato y solos?

SVAVA.—¿Quieres venir tú?

ALF.—Sí; pero me parece mejor que salgamos en lancha.

SVAVA.—Como quieras.

ALF.—Gracias. ¡No puedo vivir sino á tu lado, y la fiesta nos separa tanto! ¿Por qué no nos hemos encontrado antes?

SVAVA.—Porque no era tiempo aún.

ALF.—Pero ¿por qué? Hay entre nosotros un parentesco de Naturaleza.

SVAVA.—Quieres decir que nos comprendemos.

ALF.—Que nos comprendemos y nos completamos. Pero, tienes razón; puede que si las cosas se hubieran combinado de distinta manera...

SVAVA.—¡Lo ves!

ALF.—¡Vaya, me voy! La carta dice que corre mucha prisa. (*Se dirige hacia el foro.*)

SVAVA.—Un minuto más ó menos importa poco. ¿Sabes que ayer, cuando te vi entre los demás, casi no te reconocía? Habías cambiado. Eras otro.

ALF.—Así pasa siempre. Hay cosas que no se observan sino más que comparando. Hasta ayer no reparé yo en lo alta que eres, en que al saludar te inclinas un poco hacia un lado, en la blancura de tu piel, en el color de tu pelo, en tu cuello...

SVAVA.—¡Silencio! Soy yo quien tiene la palabra.

ALF.—¡Habla! (*Han llegado hasta la puerta del fondo y vuelven otra vez hacia el primer término.*)

SVAVA.—Cuando me viste entrar y me saludaste con la cabeza, tuve una sensación tan extraña, sentí que me ponía colorada, colorada...

ALF.—Á mí me ocurrió una cosa distinta. Cada vez que alguien te sacaba á bailar, sentía celos... sí, mírame, celos horribles. No tolero, no puedo sufrir que nadie se acerque á ti. (*La abraza.*) Y sentía más.

SVAVA.—¿Y era?

ALF.—Era que cuando te veía de lejos, por entre los grupos, cuando alcanzaba á distinguir tu brazo, por ejemplo, imaginando que se enroscaba á mi cuello, pensaba: «¡Es mía, mía sólo y de ninguno más... de nadie más que mía...» ¡Pero, cómo! ¿Hemos vuelto otra vez? Parece cosa de magia. ¡Ahora es de veras! (*Se dirige hacia el foro.*) ¡Adiós! (*Vuelve á abrazar á Svava.*) ¿Por qué no hace muchos años que estamos juntos?... ¡Adiós!

SVAVA.—¿Quieres que te acompañe?

ALF.—Sí, sí.

SVAVA.—No: voy á quedarme estudiando la melodía antes

de que vuelva mi padre; después ya no haré nada de provecho. ¡Adiós! (*Suena la campanilla de la puerta de entrada.*)

ALF.—Alguien viene. Despáchale pronto, quienquiera que sea. Tenemos que estar solos. (*Vase rápidamente por la puerta izquierda del foro. Svava le despide con la mano varias veces. Después se dirige hacia el piano, y cuando va á sentarse entra Margit.*)

ESCENA IV

SVAVA y MARGIT; luego HOFF

MARGIT.—(*Entrando por la segunda puerta de la izquierda.*) Un señor pregunta por...

SVAVA.—¿Le conoces?

MARGIT.—No, señorita.

SVAVA.—¿Qué aspecto tiene?

MARGIT.—Parece algo... algo...

SVAVA.—¿Algo sospechoso?

MARGIT.—No, no: parece un caballero.

SVAVA.—Dile que mi padre no está en casa.

MARGIT.—Ya se lo he dicho. Pero quiere hablar con la señorita.

SVAVA.—Pues dile á mi madre que venga... Ó si no, ¡para qué! Dile que pase. (*Sale Margit por la misma puerta, y á poco entra por ella Hoff.*)

HOFF.—¿Es la señorita de Ries con quien tengo el honor de hablar? Ya veo que sí. Yo me llamo Hoff, Carlos Hoff, viajante de comercio, en hierros, para servir á usted.

SVAVA.—¿Y á qué debo el...?

HOFF.—¡Ah, señorita! Si yo fuera un haragán como tantos otros, no habrían ocurrido muchas cosas.

SVAVA.—¿Se puede saber lo que ha ocurrido?

HOFF.—(*Sacando un papelito de un gran cuaderno de notas.*) ¿Quiere usted hacerme el favor de leer esto... ó quizá prefiere usted no leerlo?

SVAVA.—¿Cómo quiere usted que se lo diga, si...?

HOFF.—Es que yo deseaba primero que usted... ¿Me hace usted el favor? (*Le entrega el papelito.*)

SVAVA.—(*Lee.*) «Esta noche, entre diez y doce, si no ha vuelto aún el mercachifle. ¡Te quiero tanto, tanto! Pon luz en la ventana del pasillo.»

HOFF.—El *marcachifle* soy yo, señorita.

SVAVA.—Pero no comprendo por qué me enseña usted...

HOFF.—Aquí hay otro. (*Se lo da.*)

SVAVA.—(*Lee.*) «Me remuerde la conciencia. La tos que tienes me inquieta, y ahora precisamente que...» ¿Pero qué interés tiene usted en que yo lea esto?

HOFF.—(*Después de una pausa.*) ¿Qué le parece á usted?

SVAVA.—¿Puedo ayudar á alguien de algún modo?

HOFF.—No, señorita; la pobre no necesita ya ayuda. Ha muerto.

SVAVA.—¡Muerto! ¿Era su mujer de usted?

HOFF.—Sí: era mi mujer. Estos papeles, y algunas cartas más, los encontré en el fondo de una caja, cubiertos con algodón, y encima unos pendientes, dos ó tres alhajas que procedían de su madre y... estas pulseras. ¿Ve usted? Son demasiado ricas para que las heredara también de su madre.

SVAVA.—Murió de repente, sin duda, y no pudo...

HOFF.—No lo sé; pero los tísicos confían hasta el último instante. Si ella hubiera sabido que se moría, habría hecho desaparecer todo esto. ¡Era tan buena, tan sumisa!... ¿Me permite usted que me siente?

SVAVA.—¡Por Dios! Perdone usted que... (*Hoff se sienta.*) ¿Han quedado niños?

HOFF.—(*Después de pensarlo.*) Creo que no.

SVAVA.—¡Que cree usted que no!... Lo preguntaba por si deseaba usted que el Asilo se encargase... Crea usted que me asocio muy cordialmente á la pena...

HOFF.—Lo sé; lo sabía antes de venir. Por eso vacilo tanto. Al fin y al cabo, usted no puede comprender, quizá, lo que me ha traído.

SVAVA.—No: en efecto, no lo comprendo.

HOFF.—Es claro, es claro... He oído hablar mucho de usted, y siempre bien. También mi mujer alababa á usted mucho.

SVAVA.—¿Me conocía?

HOFF.—Era Maren Tang, la que fué señora de compañía en casa de los señores de...

SVAVA.—Christensen, mis futuros suegros. ¡Cómo! ¿Era ella? Tan bien educada, tan agradable... ¿No se engaña usted quizá? Al fin y al cabo, ¿qué significan dos papeles sin firma, sin fecha siquiera?

HOFF.—¿No ha reconocido usted la letra?

SVAVA.—Está desfigurada.

HOFF.—Sí: aunque no lo bastante, creo yo.

SVAVA.—Bien; pero la visita de usted obedece á algún fin.

HOFF.—Sí, señorita, y renuncio á él, puesto que usted no puede adivinarlo. Quizá piense usted que he hecho mal en venir... No, no tendría nada de extraño.

SVAVA.—Nada de eso; pero deseo saber la intención, el objeto.

HOFF.—Sí, es verdad... Pues... ese Asilo de niños.

SVAVA.—¡Vamos! ¿Era por el Asilo?

HOFF.—No: quiero decir que el Asilo es la causa del respeto, del cariño que sin conocerla he profesado á usted tanto tiempo. Y no soy el único: otros muchos lo sienten como yo, porque es tan raro ver á señoritas de la alta sociedad ocupándose en algo útil... Yo no soy más que un pobre comerciante arruinado, que tiene ahora que viajar por cuenta de los otros; un infeliz que merece tal vez muchas de sus desgracias. Pero yo quería evitar que ellas alcanzaran también á usted; creí que era deber mío impedirlo. Ahora que me encuentro frente á usted, me siento débil... ¡Soy un desdichado! No me ofrezca usted nada: no quiero nada.

SVAVA.—Pero no comprendo...

HOFF.—No vuelva usted á acordarse de mí, y perdóneme. (*Se levanta.*) No, no se moleste usted: de ningún modo. Olvide usted mi visita; como si jamás nos hubiésemos conocido.

(*Hoff va hacia la puerta, pero al ver entrar por ella á Alf, se detiene; observa luego la atención de Svava, y sale precipitadamente.*)

ESCENA V

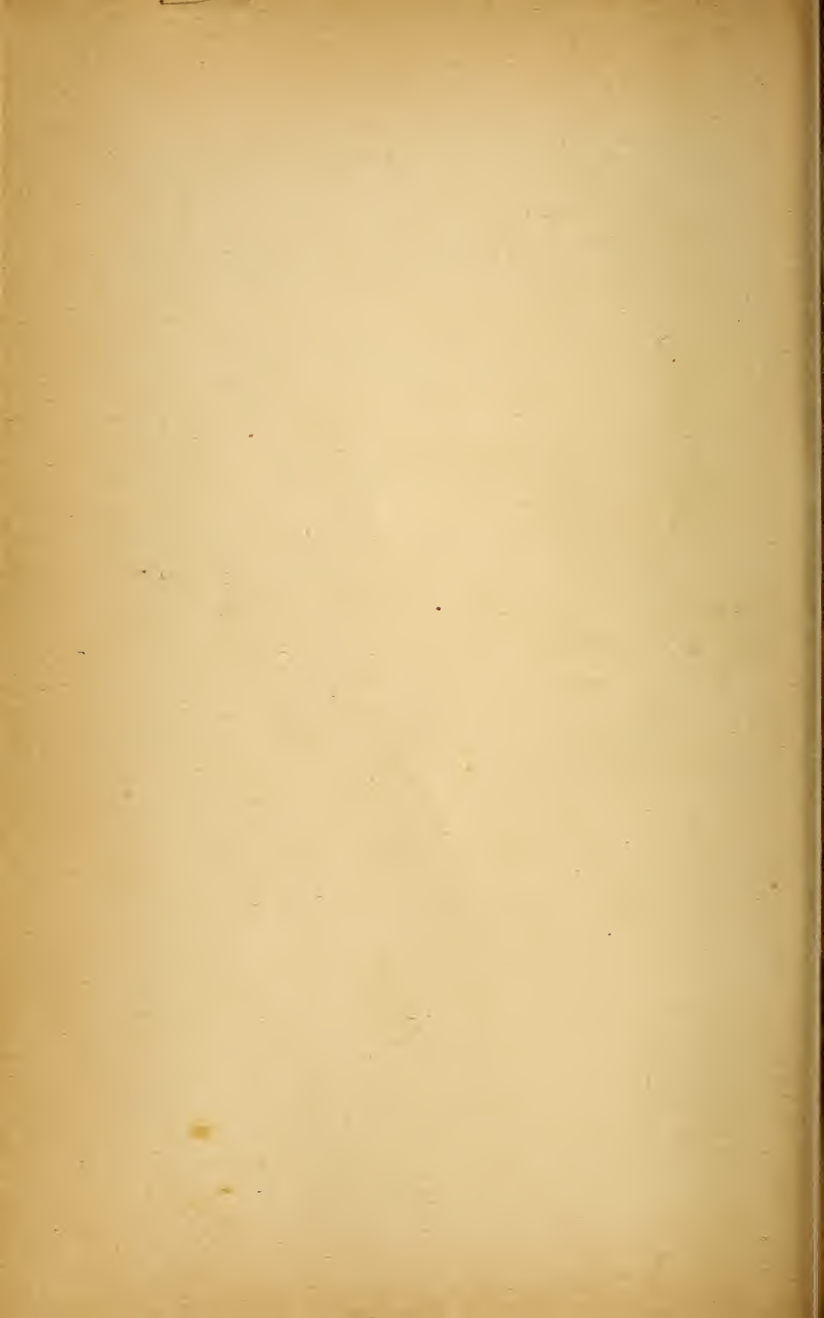
SVAVA, ALF; luego RIES

(*Svava, al notar la impresión que en ambos produce el encuentro, deja escapar un grito. Después corre hacia Alf, y cuando va á llegar, vacila y se sobrecoge. Alf quiere sostenerla.*)

SVAVA.—¡No te acerques! ¡No me toques!

(*Sale por la segunda puerta de la izquierda. A poco se oye una llave y correr un pestillo; después sollozos amortiguados por la distancia. Por el fondo, tarareando desde lejos la melodía del principio, entra Ries.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Escena, la misma del acto primero; hora, la de la tarde

ESCENA I

La señora de Ries y María

María.—Está ahí el jardinero preguntando si empieza ya á colocar las flores en esta habitación.

La señora de Ries.—Sí, sí; en seguida... ó si no que aguarde, mejor es que aguarde.

María.—Está bien, señora. Pero mire la señora que no podemos retrasarlo mucho.

La señora de Ries.—Hay tiempo de aquí á mañana por la tarde.

María.—Pero es que mañana tendremos otras cosas que hacer... ¿Quiere decirme la señora si ha ocurrido algo? Vi salir á la señorita tan excitada...

La señora de Ries.—Ya te lo contará ella misma, María. (*Se sienta y llora. Llaman á la puerta de la calle.*)

María.—Ahí me parece que está. (*Mirando por la ventana.*) No: es el coro de señoritas, que viene á cantar un rato.

La señora de Ries.—¡Qué fastidio! ¿Y suben aquí? Vendrán á ensayar para la fiesta de mañana, es decir, si hay fiesta...

María.—¿Cómo dice la señora?

La señora de Ries.—Ya te lo explicará Svava. Dejaremos las flores para esta noche; ahora no puedo. (*Se oye cantar fuera al coro, acercándose.*)

María.—Como guste la señora. Entonces le digo al jardinero que vuelva más tarde.

La señora de Ries.—Sí: díselo. (*Sale María.*)

ESCENA II

La señora de Ries, el coro de señoritas y Pedro

(*Entran seis muchachas con un ramo de flores cada una, guiadas por Pedro, el cual se sienta al piano y toca un vals mientras aquéllas avanzan de dos en dos bailando y cantando; después forman todas corro en torno de la señora de Ries, y luego cesa la música.*)

El coro.—Buenos días, tía. ¿Cómo ha dormido usted? ¡Cuánto nos divertimos anoche!

Ana.—Como que no nos cansamos hasta las cinco de la madrugada.

Kamma.—Á esa hora se acabó la fiesta; pero no estábamos cansadas.

Kamma y Federica.—Nos fuimos á cantar al bosque.

Ana.—No hemos dormido en toda la noche.

Varias.—Ni nosotras tampoco.

Otras.—Y hoy hemos pasado la mañana juntas.

Federica.—Hemos visto el patache.

Ana y Kamma.—Nos embarcamos.

Todos.—Y bailamos á bordo.

Ana.—Nos hemos divertido muchísimo.

Federica.—Y mañana será más entretenido aún.

Todas.—¿Verdad, tía?

KAMMA.—Ahora estábamos ensayando el coro. ¿Verdad que es muy bonito el vals?

LA SEÑORA DE RIES.—Ya lo creo.

PEDRO.—De mucho os van á servir vuestros ensayos.

KAMMA.—Pedro está hoy de mal humor.

ANA.—Está impertinentísimo.

LAS DEMÁS.—Impertinentísimo.

KAMMA.—Cuando cantamos retrasa el compás para que resulte una marcha fúnebre.

VARIAS.—¡Qué chistoso!

ANA.—¡Qué tonto!

FEDERICA.—¿No veis que está cansado el pobrecito? Es muy dormilón y no puede pasarse una noche en vela.

TODAS.—Eso es, eso es.

PEDRO.—Puede que sea eso. Pero entonces os gustan mucho los hombres dormilones.

ANA.—¿Dónde está Svava, tía?

LA SEÑORA DE RIES.—Ha salido.

KAMMA.—¿Con su novio?

LA SEÑORA DE RIES.—No; sola.

VARIAS.—¡Sola!...

PEDRO.—¡Ja, ja, ja!

FEDERICA Y KAMMA.—¿Quieres callarte?

ANA.—Apuesto cualquier cosa á que adivino dónde está.

OTRA.—Yo también.

ANA.—Ha ido á ver á Helga Holm. ¿Verdad tía?

FEDERICA.—Mire usted qué horrible, tía. ¡Pobre Helga!

LA SEÑORA DE RIES.—Sí, hija, sí.

ANA.—Engañada de ese modo por su marido.

TODAS.—Atroz, tía, atroz.

LA SEÑORA DE RIES.—A mí no me sorprende.

FEDERICA.—Lo mismo era antes.

KAMMA.—¿Antes de estar casado?

LA SEÑORA DE RIES.—Sí, hija; y *qui boit, boira,* como dicen los franceses.

TODAS.—¿Lo oyes, Pedro, lo oyes?

PEDRO.—No me chilléis á mí: yo no soy Holm. Parece mentira que discurráis tan poco y creáis que todos los hombras son iguales.

LA SEÑORA DE RIES.—Claro que no son todos iguales. Hay excepciones.

PEDRO.—¿Lo oís, lo o...ís?

ALGUNAS.—Nosotras no hemos dicho que todos los hombres eran lo mismo.

PEDRO.—Pues si no habéis sido vosotras, fueron esas cotorras.

TODAS.—¡Insolente! ¡Nos llama cotorras!

LA SEÑORA DE RIES.—Yo creo que los hombres ó son fieles por sistema ó... no tienen el sistema de serlo.

ALGUNAS.—¿Oyes, Pedro, oyes?

ANA.—¿Verdad que tú serás siempre fiel?

PEDRO.—Pero ¿á quién demonios tengo que ser fiel, si aun no me he casado?

ANA.—Á ti mismo, necio.

PEDRO.—¡Á callar, charlatanas!

TODAS.—(*Menos Ana.*) ¡Tía, tía, nos llama charlatanas!

ESCENA III

LOS MISMOS y SVAVA

(*Svava entra rápidamente por la puerta que da al jardín; al ver á sus amigas se detiene y hace ademán de volver atrás.*)

PEDRO.—¡Ahí está Svava!

TODAS.—¡Ahí está! ¡Ahí está! (*Salen á su encuentro y entran con ella, hablando todas á un tiempo.*) Toma este ramo que traía para ti.—¡Qué guapísima estabas ayer!—No nos hemos acostado en toda la noche.—Hemos estado cantando en el

bosque.—Toda la mañana la pasamos juntas.—Ahora veníamos á ensayar.

ANA.—Pero Svava, ¿qué te pasa?

KAMMA.—¿Te ocurre algo?

LA SEÑORA DE RIES.—¡No veis que viene de casa de Helga Holm!

TODAS.—(*Menos Ana.*) ¡Ah, vamos!

LA SEÑORA DE RIES.—Es su mejor amiga.

VARIAS.—(*Entre dientes.*) ¡Es verdad!

SVAVA.—¡Qué hermosas son las flores! Gracias, muchas gracias. Mamá, vamos á ponerlas en seguida en agua.

LA SEÑORA DE RIES.—Yo cuidaré de eso. (*Llama y sale la criada, quien recibe una orden y vuelve á poco con floreros y jarrones. La señora de Ries se ocupa durante el resto de esta escena y la siguiente en colocar las flores y distribuir los floreros.*)

SVAVA.—¡Qué frescas son y qué aroma tienen! Las cuidaremos mucho, mucho, para que no se mueran ellas también... Acertasteis; vengo de casa de Helga Holm. ¡Á qué otro sitio podría haber ido!

KAMMA.—Es horrible: nadie habla de otra cosa.

SVAVA.—¿Se habla? ¿Se habla mucho de ello?

VARIAS.—Todo el mundo.

SVAVA.—Dentro de poco se ocuparán de algo parecido.

ANA.—¡Algo parecido!

VARIAS.—¡Más aún!

SVAVA.—Sí, y la ciudad entera tratará el asunto. Así debe ser; quiero yo que sea... Necesito salir, respirar el aire libre.

LA SEÑORA DE RIES.—(*Atando los ramilletes y colocándolos en los vasos.*) Pero, hija, quítate el sombrero.

SVAVA.—Sí, mamá. Tienes razón.

ANA.—Svava, á ti te ocurre algo.

TODAS.—Sí, sí.

SVAVA.—¡Á mí!... Es que acabo de pasar dos horas oyéndole contar á Helga sus tristezas, su martirio. Ya no podía resistir más.

La señora de Ries.—(*Acercándose á Svava.*) ¿Quieres venir á mi cuarto conmigo? Necesitas descansar.

Svava.—¡Descansar! Ahora no. Lo que necesito es llorar, gritar, gritar mucho. ¡Qué infamia! ¡Qué vileza!...

La señora de Ries.—(*Interrumpiéndola.*) ¡Cuánto habrá sufrido esa pobre Helga Holm!

Svava.—¿La pobre Helga Holm?... ¡Ah, sí! Es claro: Helga Holm, sí, sí... Necesito hablar. He callado durante dos horas. Necesito decirlo todo. ¡Dios mío!

La señora de Ries.—Ven conmigo. Vámonos de aquí.

Svava.—No; eso no. Podré callar lo que he oído; pero tengo que estar con éstas, tengo que hablarles. ¡Oíd! Nosotras, las mujeres, no escarmentamos nunca.

Ana.—¿Por qué lo dices?

Svava.—Nos engañamos una vez y otra, siempre lo mismo. No sabemos ser prudentes. Nos engañamos siempre, siempre.

Ana.—¿Nosotras?

Svava.—Sí, sí. Cuando alguien te abrace y te diga: «No puedo sufrir que ningún otro hombre se acerque á ti»; si clava sus ojos en los tuyos y murmura en tu oído: «al verte en el baile, por entre los grupos, al distinguir tu brazo, imagino que se enrosca á mi cuello y que eres mía, de nadie más que mía». (*Con emoción creciente.*) Si le oyes decir eso, piensa que abrazó á muchas mujeres antes que á ti... que... (*Rompe á llorar.*)

La señora de Ries.—¡Por Dios, Svava!

Svava.—No lo creas, te engaña; es un infame y te engaña. (*Retrocede algunos pasos.*)

La señora de Ries.—Cálmate, hija. Estás muy impresionada. No hables más del asunto.

Pedro.—¡Oíd! Mañana no hay fiesta en esta casa.

Varias.—¡Calla! ¡calla!

Pedro.—Os digo que no está el tiempo para fiestas.

Federica.—¡Pero Svava!... (*Retrocediendo hasta ella.*)

Ana.—(*A la señora de Ries.*) Tía, ¿es verdad?

Kamma.—(*Lo mismo.*) ¿Se suspende la fiesta?

VARIAS.—(*Acercándose.*) No, no.

LA SEÑORA DE RIES.—Espero que no se suspenda. (*Todas rodean á Svava.*)

ANA Y FEDERICA.—(*A Svava.*) ¿Y tú qué opinas?

SVAVA.—¡Eh!... ¿Qué decís?

PEDRO.—Te preguntan si estás en humor de celebrar mañana la fiesta.

SVAVA.—¡Ah!... La fiesta... ¿Aquí? (*Se acerca á la señora de Ries.*)

PEDRO.—¿Lo veis?

LA SEÑORA DE RIES.—Es claro: aquí habrá una fiesta mañana. Naturalmente.

SVAVA.—Sí, sí: naturalmente.

TODAS.—¡Hay fiesta! ¡Viva!

PEDRO.—¡Viva! No ha durado mucho el luto por Helga Holm. ¡Viva!

FEDERICA.—Pedro, eres muy malo.

TODAS.—¡Echarle! ¡echarle! (*Se precipitan hacia á él.*)

PEDRO.—No, no. Propongo una cosa.

ANA.—¿Y es?

PEDRO.—Que cantemos el vals delante de Svava para ponerla contenta.

TODAS.—Sí, sí.

LA SEÑORA DE RIES.—No, hijas, no. Dejadlo para luego. Mejor será que toméis un bote y os vayáis á ensayar al mar.

TODAS Y PEDRO.—Sí, eso es, eso es.

PEDRO.—Pero tenemos que comenzar aquí, para que vea Svava lo adelantados que estamos. (*Se sienta al piano, las muchachas le rodean y se reparten los papeles de música.*)

SVAVA.—(*A la señora de Ries, que ha vuelto á ocuparse de las flores.*) ¡Échalas! ¡échalas! ¡Que se vayan!

LA SEÑORA DE RIES.—Sí, hija.

SVAVA.—(*Lo mismo.*) No pienses en celebrar aquí mañana fiesta ninguna.

LA SEÑORA DE RIES.—Espera, espera aún.

(*Las muchachas desfilan de dos en dos, guiadas por Pedro y

á compás de vals, por delante de Svava y la señora de Ries. Ésta hace una seña á Pedro para que se las lleve, como lo hace. El canto va poco á poco perdiéndose á lo lejos.)

SVAVA.—¡Mi cabeza! ¡Mi pobre cabeza! Me duele como si hubiera estado gritando desde hace dos horas y casi no he desplegado los labios.

LA SEÑORA DE RIES.—Estás muy excitada. Sosiégate. No puedes resistir mucho tiempo esa tensión nerviosa.

SVAVA.—Tranquila no volveré á estar nunca.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Dónde fuiste?

SVAVA.—Ya te lo imaginas... ¡Una fiesta! Al oirte decir que habría fiesta, fué tal mi asombro, que me faltaron las fuerzas hasta para decir que no. De eso no se puede hablar. Además, ¿para qué?

LA SEÑORA DE RIES.—Pero, hija mía, ya comprendes tú, que no habría estado bien que fueran esas muchachas quienes esparciesen la noticia. Yo estaba sobre ascuas.

SVAVA.—¿Qué importa que sean ellas ú otras? Ya todo me es igual.

LA SEÑORA DE RIES.—No, todo no. Tenemos que mirar por nosotros mismos y por los Christensen. Ahí viene tu padre.

SVAVA.—¡También mi padre! Bueno, hablaremos. Pero no: estoy muy aturdida para poder luchar ahora, y ya supongo por qué viene y qué pretende.

ESCENA IV

LOS MISMOS y RIES, que entra por el foro

RIES.—(*A Svava.*) ¡Ah! Ya estás aquí. Pero vamos á ver, ¿qué ha ocurrido? (*Se acerca.*) No te vayas, no; óyeme. Christensen acaba de telefonearme al escritorio preguntando á qué

hora estaría en casa. (*Consultando el reloj.*) Vendrá de un momento á otro.

SVAVA.—No quiero hablar con él. (*Hace que se va.*)

RIES.—No, no hablarás con él; pero sí conmigo. Aguárdame un instante. Voy á dejar dentro el sombrero, que es nuevo, y á cepillarme un poco. (*Sale por la puerta que da á su cuarto.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Es natural que venga Christensen: lo esperaba. Tu ruptura con Alf, y por ese motivo, es un escándalo muy grave para la familia.

SVAVA.—De modo que soy yo la que da el escándalo.

LA SEÑORA DE RIES.—No eres tú, ni la causa de la ruptura tampoco. Es la ruptura misma comentada por la gente.

SVAVA.—Lo sé, lo sé.

LA SEÑORA DE RIES.—Y no debe extrañarte. Quizá algún día opines tú lo mismo. Créeme: es muy difícil reformar el mundo.

SVAVA.—Yo no lo intento; pero tengo derecho á defenderme, y me defenderé.

RIES.—(*Volviendo.*) Nada más natural, nada más justo. Es la única explicación de tu extraña conducta. Acabo de encontrarme en la calle á un señor que me habló del baile de anoche, un señor que es jefe de negociado... ¿cómo se llama? (*A Svava.*) El dueño de esa casa de campo que te gusta tanto. (*A la señora de Rives.*) La del palomar estilo árabe...

LA SEÑORA DE RIES.—¿Klinger?

RIES.—Klinger, eso es, Klinger. Me dijo que quería venderla. Me dijo también: «Estará usted satisfechísimo con la acogida que la familia de Christensen toda, *Dragón* inclusive, hizo anoche á su hija de usted»; éstas fueron literalmente sus palabras. Con esa boda honras á tus padres y te preparas á ti propia un brillantísimo porvenir. ¿Cómo es posible que lo eches todo á rodar? Y en definitiva, ¿crees que lograrás algo? Te dejarán caer, y antes de darte cuenta de nada estarás en el suelo. ¿Crees que hay en el mundo alguna familia de posición que vea impasible rodar en lenguas de las gentes la fama de su hijo? Sé razonable. Comprendo que tu primer movi-

miento fuera de indignación; pero luego, pensándolo fríamente... Mira que de tus actos no depende sólo tu bienestar, sino el nuestro. Acabo de ver desde el muelle al *Angel* á punto de zarpar, y venía pensando que si no lograba convencerte, quizá no me quedase otra solución que la de embarcarme para América.

SVAVA.—(*Que mientras habla Ries, y durante toda la escena, estará á ratos reclinada en el piano, á ratos paseando nerviosamente entre éste y el foro, ó de pie, apoyando los brazos en la mecedora.*) Prefiero ir á América.

RIES.—¡Prefieres, prefieres! Pero ven acá, veleta: ¿crees que todo se arregla con embarcarse y cruzar el Océano? Por graves que sean las ligerezas de Alf Christensen (yo no sé de ninguna), pero por graves que sean, no justificarán esa resolución. ¡Por Dios, Svava!

SVAVA.—La invocación á Dios es muy oportuna.

RIES.—¿Te parece que el asunto no tiene bastante importancia? ¿Pues no hay un mandamiento que dice: «Perdonaos los unos á los otros», ó cosa parecida, porque textualmente no lo recuerdo? Debemos perdonarnos mutuamente, porque así lo manda Dios. Tú debes ayudarle... sí, señor, ayudarle para que se enmiende poco á poco.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ejem! ¡Ejem!

RIES.—¡Qué! ¿Encuentras que no he nacido para predicador? Tienes razón: no acostumbro á sermonear. Pero eso no impide que sea verdad lo que estoy diciendo. La mujer debe atraerse al hombre con su amor, con su mansedumbre é indulgencia; y tú, Svava, tienes para ello excepcionales cualidades y muchos años de práctica, adquirida educando á los niños, que son hombres en pequeño. ¡He ahí la noble misión de la mujer!

SVAVA.—(*Apoyada otra vez en el piano.*) ¿Cuál?

RIES.—¡Que cuál! ¿No lo acabas de oir? La de... la de... pero si te lo estoy explicando hace un rato... la de mejorar al hombre en el matrimonio, purificándole; la de...

SVAVA.—...El jabón.

RIES.—¡El jabón! ¡Qué diablos tiene que ver el jabón con lo que estoy diciendo!

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ja, ja, ja!

RIES.—(*A la señora de Ries.*) ¿Te parece muy chistoso?

SVAVA.—Para ti el matrimonio es un gran establecimiento donde se lavan los hombres. Nosotras, las mujeres, esperamos, jabón en mano, que no esté muy sucio el que nos toque en suerte. ¿Es eso?

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ja, ja, ja!

RIES.—¡Qué risa más tonta!

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ja, ja, ja!

RIES.—Esas declamaciones contra el matrimonio son indignas de las mujeres, propias, si acaso, de los elementos más disolutos de la sociedad.

SVAVA.—De los hombres, entonces.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ja, ja, ja!

RIES.—¡Los hombres más disolutos que las mujeres! ¿Pero no las veis en los bailes, en los teatros, exhibiendo sus carnes escandalosamente? ¿Quiénes son los que tienen entre ellas más partido? Los más calaveras, los donjuanes. No habléis mal de los hombres. Eso es una vulgaridad en que sólo podéis incurrir desconociendo la realidad de la vida ú olvidando cómo sois vosotras mismas. (*A la señora de Ries.*) Todo esto es culpa tuya.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Mía!

SVAVA.—(*Que paseaba nerviosamente, deteniéndose.*) ¡Culpa de mamá!

RIES.—(*A la señora de Ries.*) Esas mismas sandeces predicaba ya tu madre, idénticas, y tú las has transmitido á Svava. «La tiranía masculina», «la ley del embudo». ¿Es posible que sean eternas esas majaderías?

LA SEÑORA DE RIES.—Abusas porque sabes que, pudiendo, no he de replicarte.

RIES.—¡Pues ayúdame entonces, qué diablos! Se trata de nuestra felicidad. Esta chiquilla nos deja en medio del arroyo.

LA SEÑORA DE RIES.—No será tanto, aunque yo reconozco que el asunto es grave, y así se lo he dicho á Svava.

RIES.—¿Sí? ¿Se lo has dicho?... ¿Pero qué voy á contestar yo á Christensen? Estoy temblando verle llegar. No hay en toda la ciudad un hombre más fino, más agradable, más vengativo ni más venenoso. Cuando muerde, es peor que el *Dragón;* no en balde son parientes. ¿Queréis que le diga: «Perdone usted, amigo, pero mi hija es tan susceptible, que no puede hacerse á la idea de que su hijo de usted tuviera la audacia de amar á otra mujer antes de que ella hubiese salido al mundo»? ¿Y qué le digo si no? ¡Pero, Dios mío! ¿Cómo me has hecho padre de este prototipo de la virtud femenina?

SVAVA.—¡Bravo! Sólo me permito rectificar una palabra.

RIES.—¿Y es?

SVAVA.—¿Has dicho *amar*, si no he entendido mal?

RIES.—Sí.

SVAVA.—Yo no reprocho á Alf que *amase* á otra.

RIES.—¡Ah, no!

SVAVA.—No, eso solo no.

RIES.—¡Ah!... Ya comprendo. Tuvo una *liaison*. ¡Infeliz! Tuvo una *liaison* antes de sospechar que algún día pudiera caberle el honor y la dicha de ser querido por ti.

SVAVA.—¿Una?

RIES.—Bueno: pues digamos dos,

SVAVA.—¿Dos?

RIES.—¡Demonio! ¿De modo que fueron más? En esta maldita ciudad se sabe todo.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ja, ja, ja!

RIES.—Sí, ríete. Pero yo hablo en serio, muy en serio (*á Svava*), y te digo que no reconocer á Alf el derecho de haber querido á otra, antes de que aparecieses tú en todo el esplendor de tu majestuosa pureza, es un acto de soberbia casi satánica.

SVAVA.—¡Soberbia! Yo exijo de él lo que él exige de mí.

LA SEÑORA DE RIES.—Eso es, eso es.

RIES.—Sí: eso es absurdo, completamente absurdo. ¡Equiparar las mujeres á los hombres! Hace ya muchos siglos que se educa á las mujeres para ser patrimonio de un solo hombre.

Podréis pedir que estemos agradecidos á vuestra sobriedad; pero querer corregir la historia y variar nuestra naturaleza, es, repito, una soberbia incalificable; lo que llaman los alemanes *hochmut*, los franceses *hauteur*, los ingleses *haughtines.*

LA SEÑORA DE RIES.—¿Cómo llaman los turcos al matrimonio?

RIES.—¿Los turcos?... Tiene mucha gracia el chiste; pero ¿crees que así me ayudas? Tú eres para mí la única responsable de todo esto.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Y si la hacemos desgraciada?

RIES.—¿Á quien? ¿Á Svava?

SVAVA.—(*Que se había sentado, levantándose.*) ¿Te gustaría que mi futuro hogar estuviese así organizado?

RIES.—¿Cómo? Explícate.

SVAVA.—Conozco el mundo mejor de lo que tú crees. En nuestro Asilo he visto llorar á muchas mujeres y he oído muchas historias tan tristes como interminables. Sé muy bien que cuando abra mi casa puede inundarla el fango que inundó tantas otras.

RIES.—Pero no seas niña. ¿No comprendes que todo eso termina con el matrimonio? No tienes derecho á dudar de la palabra de honor de un caballero.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ja, ja, ja!

RIES.—Puede suceder... puede suceder que sobrevenga alguna ligera recaída; pero esas pequeñas faltas se perdonan cuando se quieren bien... y tú le quieres aún, Svava. No me lo niegues. Dos personas que se aman á las doce, no se odian á las doce y diez minutos, no es posible. Le quieres, ¿verdad? Confiésalo á tus padres.

(*Svava sale precipitadamente por la izquierda. En el mismo instante llaman á la puerta de la calle.*)

LA SEÑORA DE RIES.—¡Ahí está Christensen! Me voy. (*Quiere seguir á Svava.*)

RIES.—No, no te vas. No os podéis ir las dos. Ó me voy yo también. (*Siguiéndola.*)

La señora de Ries.—(*Deteniéndole.*) Yo no tengo nada que decir á Christensen.

Ries.—¿Y yo? ¿Tengo yo algo que ver con vuestra virtud?

La señora de Ries.—Tú y Christensen, Christensen y tú, sois en ese punto *partie égale.* (*Vase.*)

Ries.—*De la haute morale.* (*Avanzando hacia el primer término.*) Así entienden la moral estas señoras: que desenreden los maridos lo que ellas enredaron. ¡Yo qué culpa tengo! Lo mejor es hacerme el tonto, y si muerde, morderé yo también, que dientes no me faltan... Yo no sé nada, no he oído una palabra. Es imposible que ocurra nada grave, cuando no me lo han dicho. (*Llaman otra vez.*) ¡Hola! ¿Estás aún á la puerta? ¡Por mí no entres!... Pues sí: esas cosas se arreglan solas, y las personas serias no deben intervenir en esas historias, que son chismes de mujerucas de mal humor. ¡Allá ellos!.. Creo que es lo más acertado, lo más diplomático... (*Se sienta al piano y toca un aire alegre.*)

ESCENA V

Ries y Christensen

Christensen.—(*Entra despacio por el foro y se detiene un instante.*) ¡Bravo, bravo!

Ries.—Perdone usted: no le había oído llamar.

Christensen.—No hay de qué. Celebro mucho encontrarle á usted tan divertido. De modo que no ocurre ninguna novedad...

Ries.—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir? ¡Novedad!... ¡Ah, vamos! Alude usted á lo de esta mañana, á la torpeza de ese idiota de Hoff. Son cosas de mujeres; ya sabe usted que á las mujeres no se las puede tomar en serio: obran por impulsión,

pero luego ni se acuerdan de lo que dijeron ó hicieron... Hágame usted el favor de sentarse.

CHRISTENSEN.—Muchas gracias: acepto en seguida. Hoy vuelvo á sentir un dolorcillo...

RIES.—¿Otra vez la gota?

CHRISTENSEN.—¡No la llame usted! Dicen que se presenta en el acto... De manera que no hay peligro ninguno, por ahora.

RIES.—Que yo sepa, no. Esa cuestión la arreglarán los muchachos entre sí; ellos solos.

CHRISTENSEN.—¿Dónde están las señoras?

RIES.—No sé.

CHRISTENSEN.—Pero ¡cómo! ¿No les dijo usted que yo iba á venir?

RIES.—Sí... sí. Creo que se lo dije, sí... ¿Quiere usted tomar algo? Tendrá usted sed después de la caminata.

CHRISTENSEN.—No; muchas gracias... ¿Y usted cree que el nublado pasó así, tan á prisa?

RIES.—¡El nublado! ¿Cuál?... ¡Ah! lo de esta mañana. No sé, yo no sé nada.

CHRISTENSEN.—Pues yo temí que tuviéramos un escándalo.

RIES.—¡Bah!

CHRISTENSEN.—Me alegraré mucho de que se confirmen esos optimismos. Pero, créame usted, estas cuestiones son peligrosas, muy peligrosas. Sobre todo la primera vez.

RIES.—Sí: entre casados.

CHRISTENSEN.—Más aún entre novios. Los casados, al fin, están sujetos y hacen por no separarse. Ahora, en cambio... ya me comprende usted. Y no es sólo Alff el que corre peligro.

RIES.—¡Ah, no!

CHRISTENSEN.—Al iluminar demasiado la historia de mi hijo, puede que caiga alguna luz sobre la mía. Esa luz... ¿cómo la llaman los artistas?

RIES.—Luz refleja.

CHRISTENSEN.—Refleja... exacto.

RIES.—¡Je, je!

CHRISTENSEN.—Usted siempre tan bromista. Y ahora, entre nosotros, explíqueme usted qué es lo que dice su hija.

RIES.—¿Con franqueza?

CHRISTENSEN.—Con entera franqueza.

RIES.—Dice que el hombre debe ser... debe ser también...

CHRISTENSEN.—¿Debe ser qué?

RIES.—Como una muchacha.

CHRISTENSEN.—El hombre debe ser como una muchacha... ¡el hombre!

RIES.—Precisamente.

CHRISTENSEN.—¿Tan tonto como ellas?

RIES.—Eso es.

CHRISTENSEN.—¡Je, je!

RIES.—¡Ja, ja!

CHRISTENSEN.—Insisto en que es usted muy bromista. Se está usted burlando de mí.

RIES.—No por cierto.

CHRISTENSEN.—Pero si las muchachas del día quieren... precisamente lo contrario.

RIES.—Y yo no me opongo.

CHRISTENSEN.—¡Ah, ni yo tampoco! Aunque yo no me casaría con una de ellas.

RIES.—¡Dios nos libre!

CHRISTENSEN.—¡Dios nos libre!... Pero su hija de usted, Ries, no es ninguna chiquilla. Ha ido al colegio, ¿no? Pues en los colegios se aprenden muchas cosas que allí no se enseñan. Yo ya sé que su casa es y ha sido siempre un modelo de buenas costumbres; pero habrá leído novelas, novelas francesas, conocerá nuestra literatura... luego, en ese Asilo de niños que ha fundado tiene que haber oído toda clase de historias. Ha viajado también, ¿no?

RIES.—Mucho.

CHRISTENSEN.—Pues entonces... ¿Ó es que llevaba los ojos cerrados? Ya está en edad de conocer la vida.

RIES.—Es claro. Y lo que aún no conociera, pudo aprender-

lo en estos últimos tiempos, desde que frecuenta su casa de usted.

CHRISTENSEN.—Porque puede comparar, ¿no es eso?

RIES.—Porque puede comparar la teoría con... la práctica. Al menos creo yo que no le habrá faltado ocasión.

CHRISTENSEN.—Supongo que no sería la primera... Pero esas reformas de su hija de usted tropezarían con grandes dificultades, si alguien intentara su implantación. Es como si quisiéramos obligar á las gentes á no comer ni beber.

RIES.—¡Ja, ja!

CHRISTENSEN.—Si todas las muchachas participaran de esa teoría, rechazarían á lo mejor, á lo más granado de nuestra juventud. Se exige hoy tanto á nombre de la moral, que llega uno á desear el triunfo de la inmoralidad en la tierra.

RIES.—Soy de la misma opinión.

CHRISTENSEN.—Pues es claro. Si tomara uno en serio todo... hasta el matrimonio, ¿que sería de nuestras grandes ciudades? Nos faltaría aire que respirar y nos asfixiaríamos... Si su hija de usted insiste en esas ideas y suscita dificultades, entonces...

RIES.—¿Entonces?

CHRISTENSEN.—Empiezo yo también.

RIES.—¡Usted! ¿Cómo?

CHRISTENSEN.—Con las represalias.

RIES.—¿Inventando otras teorías? No comprendo...

CHRISTENSEN.—Nada de teorías. Procurando que no caiga sólo sobre mí esa luz... ¿cómo dice usted que se llama?

RIES.—Refleja.

CHRISTENSEN.—Precisamente.

RIES.—¿Y sobre quién más había de caer?

CHRISTENSEN.—Eso no lo digo.

RIES.—También usted trae hoy muy buen humor.

CHRISTENSEN.—Los dos, por lo visto. Pero, en fin, si usted quiere, no pasará todo de una broma.

RIES.—Pero yo no tengo culpa ninguna en la conducta de... su hijo de usted. Si de mí dependiera, ya estaría todo arre-

glado, mejor dicho, no habría habido cuestión. Pero ya verá usted cómo se soluciona todo si nosotros no intervenimos.

CHRISTENSEN.—¿Cree usted?...

RIES.—Estoy seguro.

CHRISTENSEN.—¿Quiere usted ser mi garantía?

RIES.—¡Yo! ¿Cómo?

CHRISTENSEN.—Eso es cosa de usted; nadie más á propósito.

RIES.—Pero ¿por qué?

CHRISTENSEN.—Ya recuerda usted el refrán: el que algo quiere...

RIES.—¿Y la moraleja?

CHRISTENSEN.—La moraleja es que en este mundo miserable pagan muchas veces justos por pecadores... ¿Conoce usted á mistress North?

RIES.—¡Á mis... tres... s...s North!

CHRISTENSEN.—Tómese usted tiempo para recordar. Aquella viudita joven y guapa... inglesa, que iba con su madre... una señora muy pálida... ¡Cómo! ¿No se acuerda usted? Pero si yo les he visto á ustedes tocando á cuatro manos.

RIES.—¡Ah!... Sí, sí. Claro que la conozco, sí. Había olvidado el nombre... Pero no comprendo por qué se acuerda usted ahora de ella.

CHRISTENSEN.—Pues verá usted. No hace mucho se encontró en un apuro de dinero... eso le pasa á cualquiera. Ella es derrochadora, como usted sabe; se ha montado á lo grande. Y... tuvo la amabilidad de acudir á mí... Usted estaba fuera en esa época.

RIES.—¡Yo! Yo no he tenido nunca nada que ver con la situación monetaria de mistress North.

CHRISTENSEN.—Perdone usted. Quise únicamente decir que siendo proverbial y de todos conocida la galantería de usted, de no haber estado ausente, esa señora no habría acudido á mí, sino á usted, con quien tocaba á cuatro manos. Eso es todo lo que quise decir.

RIES.—Usted dirá lo que quiera. Á mí me importa un bledo la situación de mistress North.

CHRISTENSEN.—Se va.

RIES.—¡Ah, sí!

CHRISTENSEN.—Se marcha... y ahora va á venir á despedirse.

RIES.—(*Dando un salto.*) ¿Va á venir aquí?

CHRISTENSEN.—¿Y por qué no? Antes venía con muchísima frecuencia... cuando tocaban ustedes á cuatro manos.

RIES.—Pero últimamente no.

CHRISTENSEN.—¡Ah! Yo lo ignoraba. Ella no me dijo nada... y nos citamos aquí.

RIES.—¡Usted y mistress North! ¡Aquí! ¿Ahora?

CHRISTENSEN.—Se embarca esta tarde en el *Angel*, que va á zarpar de un momento á otro.

RIES.—Yo agradezco muchísimo á mistress North que venga á honrar esta casa; pero no veo por qué ha de recibirla mi mujer, si no lo desea, y... no lo desea, de eso estoy seguro. Mistress North no debe venir, y no vendrá.

CHRISTENSEN.—Pero su señora de usted no está en casa.

RIES.—Figúrese usted que vuelve. Es preciso evitar á todo trance que se encuentren ella y mistress North.

CHRISTENSEN.—¿Quiere usted que yo...?

RIES.—No, no; de ningún modo. Pero me permitirá usted que me retire cuando venga mistres North.

CHRISTENSEN.—Naturalmente. (*Levantándose.*) De manera que también es usted de los que temen la... luz refleja.

RIES.—¡Yo! ¿Por qué? Quiero sólo guardar á mi mujer ciertas consideraciones...

CHRISTENSEN.—Nada más justo, ni menos frecuente. (*Llaman á la puerta de la calle.*) Ahí está.

RIES.—¡Mistress North! No puede ser. (*Mirando por la ventana.*)

CHRISTENSEN.—He observado que es siempre muy puntual, como buena inglesa. (*Se acerca á la ventana.*)

RIES.—(*Desde la ventana.*) Sí: ella es.

CHRISTENSEN.—La dejarán pasar en seguida, es claro.

RIES.—¡Ah, no! Yo me encargo de impedirlo. (*Corre hacia la puerta de salida.*)

CHRISTENSEN.—(*Desde la ventana.*) ¡Pero su señora de usted está en casa!

RIES.—(*Deteniéndose.*) ¡Mi mujer! ¿Dónde?

CHRISTENSEN.—Allí. Sale á recibir á mistress North.

RIES.—¡Á recibir á mistress...!

CHRISTENSEN.—Sí, señor, y muy de prisa por cierto.

RIES.—Pues no sé... estaría en casa sin yo saberlo... (*Entre dientes.*) Yo soy el que no debía estar aquí, sino debajo de tierra.

CHRISTENSEN.—(*Como antes.*) ¡Toma! También su hija de usted está en casa.

RIES.—¡También mi hija! ¿Dónde?

CHRISTENSEN.—Allí, con su madre, aunque se ha quedado un poco detrás. Venga usted aquí y lo verá.

RIES.—No, no: muchas gracias. Vale más dejarlas. Yo me voy... me voy á un convento... ó al piano... (*Se sienta al piano y comienza á tocar furiosamente un vals.*)

ESCENA VII

LOS MISMOS y LA SEÑORA DE RIES, que entra precipitadamente por el foro.

CHRISTENSEN.—Aquí estamos, haciendo música, señora.

LA SEÑORA DE RIES.—Ahí está mistress North.

RIES.—(*Sin dejar de tocar.*) ¿Está ahí? (*Comienza á cantar.*)

CHRISTENSEN.—¡Qué pulsación tiene su marido de usted! ¡Y qué voz.

LA SEÑORA DE RIES.—¿No oyes? mistress North está ahí.

RIES.—¿Qué? ¿Quién?... ¡Ah! Mistres North. Voy al instante... Me extraña, me extraña mucho. ¿Á qué vendrá? (*Va á salir y vuelve.*) Mi sombrero... Perdone usted, Christensen.

(*Entra en su cuarto. Se oye á lo lejos el coro que se acerca cantando. Sale.*) ¿Oyen ustedes el coro? Hacen buen efecto las voces en el mar... Pero ¿qué me querrá esa señora? (*Vase por la puerta derecha del foro.*)

CHRISTENSEN.—(*A la señora de Ries.*) ¡Cuánto celebro tener el gusto de saludarla! Su marido de usted ignoraba que estuviese usted en casa.

LA SEÑORA DE RIES.—(*Acercándose á él.*) ¡Todo esto es obra de usted!

CHRISTENSEN.—¡Señora!... No comprendo...

LA SEÑORA DE RIES.—Esta visita de mistress North...

CHRISTENSEN.—Creo que viene á despedirse.

LA SEÑORA DE RIES.—Conoce usted el secreto de esta casa y quiere usted explotarte. (*Rompe á llorar.*)

(*Svava sale por la puerta derecha del foro, sorprendida y como viniendo á pedir una explicación; se detiene al observar que aun está allí Christensen, hace un gesto de asombro al ver llorar á su madre, y se retira silenciosamente por la segunda puerta de la izquierda.*)

CHRISTENSEN.—Señora, yo y todos los míos estamos dispuestos á aceptar cualquier solución amistosa. Pero yo no puedo tolerar que su hija de usted nos entregue á la pública maledicencia, que sea tal vez causa de una desgracia muy verosímil en el estado de ánimo de mi hijo, porque entonces...

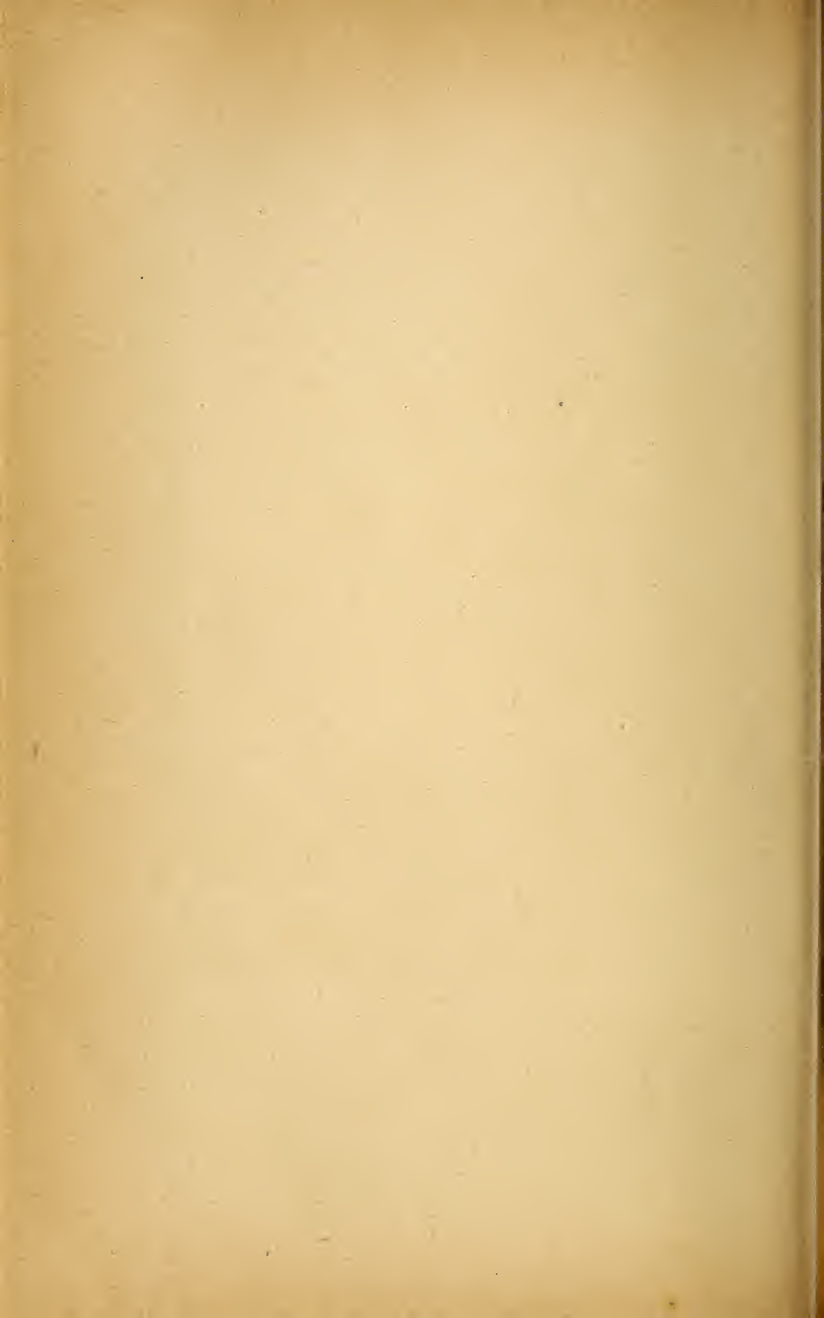
LA SEÑORA DE RIES.—Es usted un malvado.

CHRISTENSEN.—Y un santo. Hay en mí algo de las dos cosas. Pero téngalo usted entendido: si llega á conocer la gente el nombre de la querida de mi hijo, publico yo el de la de su marido de usted.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Qué insolencia! (*Svava deja escapar un grito.*) ¡Svava! (*Se deja caer sobre una silla.*)

CHRISTENSEN.—(*Después de una pausa.*) No era eso lo que yo quería... no era lo que yo pensaba... Pero... ¡Bah! (*Se encoge de hombros y sale por la puerta derecha del fondo.*)

TELÓN



ACTO TERCERO

Escena: la misma sala de los dos primeros actos, adornada con flores; hora, de la mañana siguiente. Sobre la mesa de la derecha estará servido el desayuno para dos personas.

ESCENA I

La señora de Ries y La señora de Christensen entran por el foro; la última lleva puesto un sombrero y un abrigo al brazo, que recoge La señora de Ries. Después María.

La señora de Christensen.—No sé cómo agradecer á usted esta atención; pero quizá no hago bien en venir á distraerla de sus muchas ocupaciones.

La señora de Ries.—Soy yo la que rogué á usted que viniera y la que debe estar agradecida. Tengo que hablar con usted.

La señora de Christensen.—Conque, por fin, á pesar de todo, hay fiesta. Creo que es lo mejor. Aunque haya de retrasarse la fecha de la boda, por lo menos que no sea de aquella manera.

La señora de Ries.—Lo mismo opino yo.

La señora de Christensen.—Figúrese usted lo que habría dado que hablar una ruptura dos días después de hacerse públicas las relaciones.

La señora de Ries.—Svava comprende que es muy violento...

La señora de Christensen.—Es claro. Basta con que ella diga que no se encuentra bien, que está delicada, que está enferma... Puedo dar á usted noticias de su marido: acabo de verle.

La señora de Ries.—¿Ha estado ya en casa de ustedes.

La señora de Christensen.—Fué á recoger á Alf. ¡Qué buen humor tiene siempre su marido de usted!

La señora de Ries.—¿Y Alf accedió á salir con él?

La señora de Christensen.—Naturalmente. Es preciso que los chicos se vean y se hablen antes de la fiesta.

La señora de Ries.—Eso pensábamos nosotros.

La señora de Christensen.—Claro... He oído decir que ella está hoy más razonable.

La señora de Ries.—Sí... en lo de la fiesta. Pero siéntese, hágame el favor.

La señora de Christensen.—(*Sentándose.*) ¿Qué dice?

La señora de Ries.—Yo no he hablado con ella. No me encuentro con ánimos, estoy abatidísima. Pero me lo ha dicho María, esa criada tan antigua que tenemos, y que para nosotros es insustituíble.

(*María entra con el chocolate.*)

La señora de Christensen.—Buenos días, María.

María.—Buenos días, señora Christensen.

La señora de Christensen.—¿Cómo está la señorita?

María.—Muy aplanada desde ayer, después de la visita del señor de Christensen.

La señora de Christensen.—¡Mi marido! ¿Estuvo ayer aquí?

María.—Ayer tarde.

La señora de Ries.—Sí: un momento, con mi marido.

La señora de Christensen.—No sabía una palabra.

María.—(*Llenando las tazas.*) Hoy está más tranquila. Llora mucho, es claro. Pero fué al baño, se desayunó, y ha salido después á dar un paseo.

LA SEÑORA DE RIES.—Sírvase usted, hágame el favor.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—(*Lo hace.*) Muchas gracias... ¿Y qué dice Svava, María?

MARÍA.—Poca cosa, señora. Pero se va haciendo á la idea.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—¿Á qué idea?

MARÍA.—Á la de no suspender la fiesta.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Eso era imposible.

MARÍA.—Ya lo comprende, y yo no ceso de repetírselo.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Quiere usted probar este bizcocho? Es especial.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—(*Sirviéndose.*) Muchas gracias. ¿Qué dice de Alf?

MARÍA.—Hoy me dijo que tal vez había sido injusta con él.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Y sí que lo ha sido. ¿De manera que ya lo reconoce?

MARÍA.—Empezó á llorar de tal modo, que no quise insistir en el tema.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Muchas gracias, María. (*María va hacia la puerta.*) Pues es bastante satisfactorio eso que nos cuenta María.

MARÍA.—(*Volviéndose.*) ¿Qué manda la señora?

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Nada, nada; no la llamaba.

MARÍA.—Perdone la señora; me lo había parecido. (*Vase.*)

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Está usted muy abatida, no lo puede usted disimular. Yo deseaba mucho hablar con usted; nosotras entendemos de esas cosas más que los hombres.

LA SEÑORA DE RIES.—Lo mismo me ocurría á mí.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—(*Señalando la bandeja.*) ¿Permite usted?

LA SEÑORA DE RIES.—(*Sirviéndola.*) Por Dios, perdóneme; estoy tan distraída...

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Es excelente este bizcocho... Pues, volviendo á lo de ayer, fué un verdadero contratiempo, desagradable, muy desagradable. Parece mentira que ese Hoff se atreviera á hacer lo que hizo. Voy á contarle á usted la verdad del caso. Maren Tang, á quien usted recordará sin duda,

vivió en casa algunos años y... es claro... pero en cuanto se enteró mi marido, en el acto puso las cosas en orden. Alf se fué á viajar, y ella se casó. Nadie supo nada, porque Alf es discretísimo en esas materias; un modelo de discreción, créamelo usted. Si Hoff no hubiese encontrado esas cartas, él mismo lo ignoraría aún. Pero mi marido lo arreglará todo, y la gente no se enterará de nada, que es lo principal, ¿verdad? Los hombres serán siempre hombres, y aunque lo intentemos no lograremos hacerles cambiar su naturaleza.

La señora de Ries.—Si no fuera más que lo de Hoff...

La señora de Christensen.—Y no hay más, que yo sepa.

La señora de Ries.—Sin embargo, Svava fué ayer á casa de Honoria Christensen y...

La señora de Christensen.—¡Á casa del *Dragón!* ¡Por Dios, señora!

La señora de Ries.—Y allí le dieron ciertos informes...

La señora de Christensen.—¿Pero quién no conoce al *Dragón?* ¿Quién le hace caso? La engañaron una vez, cuando era joven, y ha consagrado su vida á vengar el fracaso de su boda, haciendo fracasar las agenas. Es mala, muy mala.

La señora de Ries.—Puede ser; pero no miente nunca.

La señora de Christensen.—Eso es verdad: los Christensen no mienten nunca... Pero pueden haberla informado mal otras personas.

La señora de Ries.—Lo cierto es que alarmó á Svava.

La señora de Christensen.—¡Ese maldito *Dragón!* No puede usted imaginar el odio que tiene á Alf, un odio á muerte... ¿Y sabe usted por qué? Por su buena fama.

La señora de Ries.—Alf tiene, en efecto, buena fama.

La señora de Christensen.—Eso es innegable.

La señora de Ries.—Pero por grande que haya sido su discreción, su vida fué la de la mayoría de los solteros... y cuando se empieza así se llega muy lejos, porque la voluntad se enerva y no resiste las tentaciones.

La señora de Christensen.—Exacto: la triste realidad. (*Cogiendo la bandeja y sirviéndose.*) Perdone usted; pero como

tengo la mala costumbre de levantarme tarde, aun no me había desayunado.

La señora de Ries.—No haga usted cumplidos de ninguna especie... Por lo demás, ya sé yo que no es lícito exigir á su hijo de usted lo que á los demás no se exige.

La señora de Christensen.—Y la mayor parte de los jóvenes son como él. Pero eso no lo sabía yo cuando me casé.

La señora de Ries.—En nuestros tiempos ignorábamos muchas cosas, ó pensábamos menos en ellas. Por eso hemos tenido tanto que aprender después.

La señora de Christensen.—Le voy á contar á usted lo que me sucedió el otro día. Estaba yo hojeando el texto de Historia de mi hija, que, como usted sabe, es muy aficionada á libros, y leí que el traje blanco y el velo nupcial se usan en las bodas como recuerdo del vestido de las víctimas que antiguamente se inmolaban á los dioses. Y la corona lo mismo: también llevaban corona aquellas pobrecitas. Me eché á llorar como una tonta.

(*Entra María con media botella de Champagne.*)

La señora de Christensen.—Pero es usted atroz, señora Ries.

La señora de Ries.—Sé que acostumbra usted á beber Champagne con el desayuno.

La señora de Christensen.—Sí por cierto; pero no sabe usted cuánto me pesa haber venido á causar á usted todas estas molestias. El Champagne es muy bueno cuando se ha dormido poco, y creo que usted y yo estamos hoy en ese caso.

(*María ha servido mientras tanto y rellenado los vasos.*)

La señora de Ries.—(*Ofreciendo la copa á la señora Christensen.*) ¿Me hace usted el favor?

La señora de Christensen.—¿Quiere usted que bebamos por que todo se arregle otra vez?

La señora de Ries.—Yo no deseo otra cosa; pero...

La señora de Christensen.—Pierda usted cuidado. Alf es buenísimo.

La señora de Ries.—¿Y fiel?

La señora de Christensen.—Como el oro. *(Bebe.)* Apure usted la copa: dicen que trae buena suerte.

La señora de Ries.—Sí, eso dicen. (*Bebe y vuelve á llenar el vaso de la señora de Christensen.)*

La señora de Christensen.—Y no hay que ser injustos. No se puede negar que los hombres... los hombres así son los mejores maridos.

La señora de Ries.—Los más cómodos, quiere usted decir.

La señora de Christensen.—Y los que tratan más decorosamente á su mujer. En conjunto, claro está.

La señora de Ries.—Se amoldan á todo fácilmente.

La señora de Christensen.—Son más atentos que los otros.

La señora de Ries.—Pero no parece bien que nosotras, estando en el secreto, nos dejemos engañar.

La señora de Christensen.—Sí: no parece bien, ni es regular. Pero ¿qué le vamos á hacer?... ¿Me permite usted que tome otro pedacito de bizcocho? (*Se sirve.*) Realmente está riquísimo.

La señora de Ries.—¿No quiere usted beber un poco más?

La señora de Christensen.—Una gotita: muchas gracias. Las mujeres tenemos que soportar tantas cosas que, en realidad, ningún reconstituyente sobra. (*Bebe.*) En cambio, la vida nos proporciona también muchas alegrías, porque aun cuando un hombre tenga gravísimos defectos, en ciertas ocasiones es un ángel, y desde cierto punto de vista una perla. ¿No es verdad?

La señora de Ries.—Sí... pero yo le oí decir muchas veces á mi madre... no me lo decía á mí, sino á una amiga mía, hace ya mucho tiempo: le oí decir que el mejor partido del mundo, si no era un hombre fiel, no haría nunca feliz á su mujer.

La señora de Christensen.—Está usted muy nerviosa: se le conoce á usted en la voz. Beba usted un poco: es un remedio eficacísimo. ¿Permite usted? (*Sirve el resto de la botella, parte en el vaso de la señora de Ries, parte en el suyo propio.)* Á

estas horas suele venir á mi casa algunas mañanas el predicador de Palacio, y nos estamos charlando mucho rato, como ahora usted y yo. (*Levantando el vaso.*) ¡Que sea todo para bien! (*Beben.*)

La señora de Ries.—No puedo apurar el vaso.

La señora de Christensen.—No importa; yo sí, y me permitirá usted que lo haga. Da gusto estar con usted: se encuentra una en seguida como en su casa. Tiene usted que visitarme ahora más á menudo, y, si es posible, á estas horas. Así oirá usted al predicador, aunque supongo que lo hace usted con frecuencia.

La señora de Ries.—He ido muy poco á la iglesia en esta última temporada.

La señora de Christensen.—Hace usted mal. Si no tuviéramos el consuelo de la religión, ¿qué sería de nosotras? Crea usted que yo muchas veces no encuentro adónde volver los ojos.

ESCENA II

Los mismos y Ries

Ries.—*(Sale por el foro can una bandera enfundada que coloca á la derecha; después avanza hacia el primer término.)* ¡Aquí me tienen ustedes!

La señora de Christensen.—¿Ya de vuelta?

Ries.—Sí, señora. Y Alf viene conmigo; está acabándose de mudar. Quería yo que se anticipase á la vuelta de Svava para que se encuentren en la calle: así, aunque Svava lo intente, no podrá evitar la entrevista.

La señora de Christensen.—Tiene usted razón, como de costumbre.

Ries.—Muchísimas gracias. *(A la señora de Ries.)* Aprende, mujer, aprende.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Es, en efecto, necesario que los muchachos vuelvan á verse.

RIES.—Necesario y decisivo... ¿Estorbo?

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—¡De ningún modo! Yo he venido sólo á charlar un rato con su señora de usted, porque las madres tenemos desgraciadamente la experiencia de que tanto han menester los hijos.

RIES.—Sí por cierto.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Estaba yo diciendo que para el matrimonio no basta con el amor; hacen falta muchas otras cosas. ¿No le parece á usted?

RIES.—Me ha parecido siempre, y más cuando se trata de una persona como su hijo de usted.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Eso no lo he dicho yo.

RIES.—¿Y por qué no lo ha de decir usted? Yo lo he repetido muchas veces, ayer, aquí mismo, sin ir más lejos: por eso lo digo ahora sin que pueda parecer adulación.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Realmente es absurdo, pudiendo evitarlo, condenarse á morir soltera, y á vivir como el *Dragón,* por ejemplo. ¡Qué horror!

RIES.—Mi teoría, esa es mi teoría. Para que la virtud no se pudra, hay que conservarla en el matrimonio. Si no, es como la fruta que no se coge á tiempo y...

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—¡Ja, ja, ja! No creí yo podría reirme hoy con tantas ganas. Lo que hace falta es que dure y nos reunamos muy á menudo. Me voy á casa. Debe estar esperándome allí toda la familia.

RIES.—He oído que pensaban ustedes venir juntos.

LA SEÑORA DE CHRISTENSEN.—Sí: llegaremos en varios botes y con mucho estrépito, porque traeremos toda una orquesta... Háganme ustedes el favor de no molestarse en acompañarme; no salgan ustedes. (*Ries y la señora de Ries salen con ella.*)

RIES.—(*Volviendo en seguida.*) Estoy rendido como si hubiera pasado la mañana y la noche dando vueltas á una noria.

(*La señora de Ries cruza por delante de Ries sin mirarle.*)

RIES.—(*Queda un instante pensativo, luego va hacia su cuarto, y se detiene en el dintel.*) He comprado una bandera nueva y la he traído yo mismo. Aquí está. (*La recoge. Pausa.*) ¿No te parece que ya es hora de que nos vistamos?

LA SEÑORA DE RIES.—Yo lo tengo todo preparado, y en diez minutos estoy lista.

RIES.—Yo también; sin embargo... (*Vuelve á ir hacia su cuarto y se detiene otra vez.*) ¿Te conté que Klinger quiere vender su finca?

LA SEÑORA DE RIES.—Sí, me lo contaste.

RIES.—Hoy le he preguntado por teléfono cuánto pedía... ya recuerdas que tiene jardín y un poco de bosque. ¿Cuánto dirás? Treinta mil coronas. No es caro, ¿verdad?

LA SEÑORA DE RIES.—Para quien tenga ese dinero de sobra, no es nada caro.

RIES.—El dinero le tenemos.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Nosotros! ¿Y qué vamos á hacer nosotros con una finca en ese sitio?

RIES.—Sería para Svava.

LA SEÑORA DE RIES.—¡Para Svava!

RIES.—Ya sabes que á ella le gusta mucho; la vista le entusiasma. Si te parece, pasaremos hoy por allí... Ya han venido mis maletas. ¿Quieres ver ahora lo que os he traído... ¿No? Pues entonces voy á mudarme. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA III

LA SEÑORA DE RIES y SVAVA, que entra por la puerta izquierda del foro

LA SEÑORA DE RIES.—(*Sorprendida.*) ¡Estás ahí! Me dijeron que habías salido: ¿no has encontrado á nadie?

SVAVA.—¿Á quién había de encontrar?

(*La señora de Ries no responde.*)

Svava.—(*Se quita el sombrero y lo deja sobre el piano; después se sienta en una silla baja, á la izquierda, y comienza á sacarse los guantes.*) No me encuentro con fuerzas para tener ahora una explicación contigo... pero si tú no tienes inconveniente...

La señora de Ries.—Yo, ninguno. (*Pausa.*)

Svava.—No sé por dónde empezar... son tantas las cosas que... Dime, ¿desde cuándo lo sabes?

(*La señora de Ries calla.*)

Svava.—(*Bajando mucho la voz.*) Perdona si mi pregunta fué indiscreta. Pero lo que más me asombra de todo cuanto ha ocurrido en mi ceguera, tan larga y tan continua, es pensar cómo he podido engañarme tantas veces con tantas personas. No lo digo en son de reproche, sino de disculpa: yo no lo he podido remediar; pero ¡qué crueles debían ser aquellas frases mías tan duras! ¿Cómo me permitiste pronunciarlas? ¿Cómo fuiste tú más cruel aún que yo?

La señora de Ries.—Muchas veces intenté abrirte los ojos con insinuaciones, con reticencias; pero en vez de calmarte te excitaba. Ayer mismo...

Svava.—Desde ayer he pensado mucho, no he tenido un solo instante de reposo en esta casa; todo me hastía, y ni la música logra distraerme. (*Pausa.*) Sí: ahora comprendo por qué me reprendías mi orgullo y me aconsejabas que me rindiese. ¿Hay que rendirse, hay que humillarse tanto para poder vivir en este mundo?

La señora de Ries.—¡Svava!

Svava.—¡Ah, no! También podemos imitarlos, quitándonos así á nosotras mismas el pretexto de la queja.

La señora de Ries.—¡Por Dios, Svava!

Svava.—(*Como antes.*) Parece mentira que no lo comprendiera. Era yo una chiquilla que, al tropezar con una montaña, quería apartarla con las manos.

La señora de Ries.—Eso eras.

Svava.—Pero si la montaña no se aparta, se puede al menos buscar otro camino, huir. ¿Por qué no huiste? Ahora me

explico cuánto has sufrido, pero voluntariamente, porque pudiste abandonarlo todo... la primera vez, al primer desengaño, que debió ser el más doloroso.

LA SEÑORA DE RIES.—No digas esas cosas, hija mía.

SVAVA.—Repito que no lo comprendo. ¿Qué te detenía? ¿Papá? Tan amable, tan generoso... No, no puedo hablar de él. (*Llora.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Esas cosas no se comprenden hasta que se sufren. Cuando la tranquilidad doméstica depende de un secreto, se tolera todo, antes que su revelación. Se agota el ingenio, se inventan mil recursos para ocultarle, y todos los deberes del matrimonio se reducen á sufrir en silencio.

SVAVA.—No me lo explico. No reprocho á nadie, pero yo no lo toleraría nunca, y menos que de ninguno del mejor de los hombres, porque entonces el engaño sería más inexplicable y mayor la traición.

LA SEÑORA DE RIES.—¿Y si no fuera por él, sino por tu hija? (*Pausa.*)

SVAVA.—(*Precipitándose en brazos de la señora de Ries.*) ¡Madre! yo...

LA SEÑORA DE RIES.—¡Calla! Tú eras entonces muy pequeña; yo sola no habría podido...

SVAVA.—¡Calla, calla tú!

(La señora de Ries se deja caer sobre una butaca. Svava se arrodilla ante ella y esconde su cabeza en la falda de su madre.)

ESCENA IV

LOS MISMOS y RIES

RIES.—(*Sale de su cuarto en traje de etiqueta y se acerca al grupo andando de medio lado.*) ¿Sabes que este frac no me acaba de sentar bien? Aquí en la cadera no ajusta, ¿verdad? Pero puede que sea en la espalda: ¿tú qué crees? ¿Cierran bien

los faldones? Parece mentira que á una notabilidad parisién le ocurran estas cosas. Ya no hay sastres. Ya está relajada toda la sociedad. Yo, claro está, fié en él por completo: ¿cómo había de pensar?... *(Apercibiendo á Svava, que se ha levantado é ido hacia la izquierda.)* ¡Cómo! ¿Tú aquí? Creía que habías salido, tanto que envié á Alf en tu busca. Me dijeron que fuiste hacia el muelle. ¿Sabes una cosa, Svava? Acabo de hablar con tu madre de aquella casa de campo que á ti te gusta tanto, la de Klinger. Hoy pasaremos por ella al ir á paseo. Pero este es un asunto que trataremos después; ahora voy á aprovechar este ratito libre que aun tenemos para enseñaros mis regalos de París. *(Yendo hacia su cuarto.)* Ya están fuera, y en un abrir y cerrar de ojos los traigo todos de una vez. *(Sale.)*

SVAVA.—Me voy.

LA SEÑORA DE RIES.—No, no te vas.

SVAVA.—Pero si no puedo sufrirlo...

LA SEÑORA DE RIES.—Acuérdate de lo que yo he sufrido.

RIES.—*(Desde su cuarto.)* Á la una, á las dos... *(Sale con un gran sombrero de paja sobre la cabeza, dos chales colgando de los hombros, dos abanicos sujetos por grandes lazos al ojal del frac; bajo los brazos varias cajas, otras en las manos y encima de ellas cortes y telas.)* No podréis decir que cuando viajo me olvido de la familia. Si hay alguien que crea que todas estas cosas se encuentran y pueden comprarse en una sola tienda, decidle de mi parte que no sabe lo que se pesca, que no tiene noción de lo que es un equipo de señora. Para llegar á reunir todo esto, ¡cuántas pesquisas inútiles! ¡cuántas cavilaciones!... ¿Qué opináis de este sombrero de jardín? Aéreo, ligero... *(Se lo quita.)* Es bonito, ¿eh? *(Lo deja á un lado.)* Preparaos, porque voy á descubrir el tesoro que en estas cajas se oculta. *(Las abre.)* Defended vuestro corazón, que el demonio da vueltas á vuestro alrededor y podría seduciros con sus vanidades. Mirad qué dos joyas. *(Enseñando un par de sombreros de visita.)* Madre é hija. La madre es ésta. *(Muestra uno.)* Tonos suaves, tímidos, como el capullo de una rosa silvestre. Ved la

hija: radiante, fresca, un tanto despreocupada... Figuraos el efecto que harían juntos en un teatro: sensación durante todo un entreacto... ¿Y estos dos abanicos? Discretos intérpretes de los pensamientos femeninos. Éste, de color y compás majestuoso, habla del orgulle materno... por ejemplo. (*Se abanica.*) Este otro es más vehemente, más provocativo: parece que está desafiando á alguien para que se atreva á despreciarle por otro. (*Se abanica.*) Figuraos un día de calor, una tarde de verano; uno de estos abanicos equivale á una guitarra: con ellos se puede decir todo... ¡Ah! pero ¿y las telas? (*A la señora de Ries.*) Cuando este corte se convierta en traje, vas á parecer un primero de Septiembre, el más hermoso, el más tibio de todos los días del año... (*Svava no puede contener más tiempo su emoción; Ries lo observa, y, recogiendo todo apresuradamente, vuelve á su cuarto.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Por Dios, sosiégate; mira que voy á rendirme yo también. (*Llora.*)

SVAVA.—Sí, lo intentaré, lo intentaré. Pero... (*Torna á emocionarse.*)

LA SEÑORA DE RIES.—¿Cómo nos vamos á arreglar?

SVAVA.—Te aseguro que lograré dominarme.

LA SEÑORA DE RIES.—Vale más si no suspender la fiesta.

SVAVA.—No, no; prefiero acabar de una vez... Confía en mí.

RIES.—(*Saliendo de su cuarto.*) Ahí viene Alf. (*Mirando de reojo á Svava.*) Voy á rogarle que se marche.

LA SEÑORA DE RIES.—No veo la necesidad.

RIES.—¿Puede venir? (*Svava afirma con la cabeza.*) ¡Gracias! ¡Gracias, hija!...

(*Da dos pasos hacia Svava, pero se detiene; luego sale por la puerta derecha del foro.*)

LA SEÑORA DE RIES.—Te lo prepararé todo y te enviaré después á María para que te ayude. ¿Quieres? (*Svava la abraza.*) Procura dominarte. (*Vase por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA V

Svava y Alf, que entra, vestido de etiqueta, por la derecha del foro; luego Ries

(*Svava se ha retirado hacia la izquierda.*)

Alf.—(*Dando dos pasos hacia ella.*) Supongo que no te sorprenderá mi visita; si me hubiera sido posible evitártela, lo habría hecho. Pero vamos á encontrarnos en la fiesta, y es preciso que antes nos pongamos de acuerdo. ¿No te parece?

Svava.—Sí.

Alf.—He pensado... y lo someto á tu aprobación, que yo ayudaré á tu padre á recibir, haré los honores con él, que está conforme, y así no tendremos apenas ocasión de estar juntos. ¿Tienes algo que oponer?

Svava.—No.

Alf.—Si por casualidad nos encontrásemos solos, yo inventaría un pretexto para librarte de mi presencia. Pero el primer baile no puedes negármelo.

Svava.—No es tan natural como tú crees.

Alf.—Procuraré abreviarlo... discurriré algo que te haga reir...

Svava.—Sí: creo que debes estar alegre, muy alegre, por ti y por mí.

Alf.—Cuando hay necesidad de ello, se intenta y se logra. Pero es preciso que tú me ayudes.

Svava.—Eso es otra cosa.

Alf.—La fiesta debe ser la comedia; dejaremos la tragedia para después.

Svava.—¡Ah! ¿De modo que habrá algo después?

ALF.—¡Es claro! Yo tengo aún que defenderme, tienes que oirme.

SVAVA.—Creo que he oído lo bastante; pero es igual, porque no pienso oir más.

ALF.—Aunque no lo pienses, quieras ó no, tendrás que oirme: no puedes tratarme peor que al más perverso de los criminales; tendrás que oirme antes de juzgarme.

SVAVA.—No necesito juzgar á nadie.

ALF.—Has juzgado ya, por lo visto.

SVAVA.—En ese caso no fué muy dura la pena, cuando te presentas ante mí como si nada hubiera ocurrido.

ALF.—¡Pero qué! ¿Pensabas acaso que iba yo á prosternarme ante ti, mísero pecador arrepentido, implorando tu perdón con lágrimas en los ojos? Lamento no poder complacerte. Eso sería reconocer que soy indigno de tu amor; eso sería un insulto á ti primero, y á mí propio después. Yo no me juzgo indigno de ti, porque si tal creyera no habría pisado jamás esta casa.

SVAVA.—¿De modo que no tienes nada que reprocharte?

ALF.—Yo no he dicho tanto. Sostengo sólo que estoy purificado.

SVAVA.—¡Ah, sí! ¿Desde cuándo?

ALF.—Eso importa poco. Para mí no hay más que un día señalado, entre todos los de mi vida: el en que te encontré.

SVAVA.—Lo cual es muy halagador... ¿De manera que no tienes nada que reprocharte, nada tampoco que explicar?

ALF.—Bastante que explicar; pero ya dije antes que aguardaba la oportunidad.

SVAVA.—Eso es: aguardaremos la oportunidad.

ALF.—Aguardaré á que quieras comprender la cuestión tal como ella es.

SVAVA.—Creí que el plazo sería má breve.

ALF.—Porque no la comprendes. Tú no tienes derecho á juzgar á todos los hombres, mucho menos á castigar en mí las culpas de todos, porque sería la más inicua de las injusticias. Es preciso que te inclines ante los hechos, y cuando lo

hayas logrado (tu deber, por lo menos, es intentarlo), te contaré mi historia, si entonces quieres oirla. Yo sé de antemano que entonces no te importará poco ni mucho.

SVAVA.—¿Crees que ahora me importa algo? ¿Crees que me mueve la curiosidad? Siento vergüenza sólo de pensar que pudiste interpretar así mis palabras.

ALF.—Perdona si las mías te molestaron; pero no olvides que yo tengo razón para estar ofendido.

SVAVA.—¿Porque no te trato como mereces?

ALF.—No es eso. Ya te he dicho que si algo manchase mi pasado, no estaría yo aquí.

SVAVA.—Pero ya sabes que yo no veo las cosas del mismo modo; lo sabes hace mucho tiempo.

ALF.—¡Ah! Te he engañado, ¿no es eso? Me he reído de ti...

SVAVA.—¿Crees que así me contestas?

ALF.—Te mezclaste en mis secretos, y me ofendiste... desconfiaste de mí, y me ofendiste otra vez. Ofensas que yo quiero olvidar.

SVAVA.—¿Y si se tratase de mí? ¿Si yo contestase á tus preguntas, á tus reproches: «Son secretos de mi vida.» «Mezclándote en ellos me ofendes.» «Desconfiando de mí, me ofendes otra vez?» Confiesa que si yo hubiera vivido como tú...

RIES.—(*Al paño.*) ¡Ya vienen los botes! En un instante estarán aquí. (*Entra.*) ¿Qué tal va ese asunto, muchachos?

SVAVA.—Como debe ir.

RIES.—¿Os entendéis?

SVAVA.—Perfectamente.

RIES.—¡Cuánto me alegro! Estabais tan excitados, que... pero ya sabía yo que hablando os entenderíais. ¿Cómo dudar de la palabra de un caballero? (*Se sienta al piano y comienza á tocar una marcha triunfal; después se precipita hacia su cuarto.*)

ALF.—¡Eso ya es demasiado! Sabes muy bien que yo desconocía estas ideas tuyas, que ni tú ni yo recordamos para nada nuestro pasado cuando, al conocernos á fondo, nos entregamos el uno al otro. ¿Qué importa mi pasado? No puede haber dejado

en mí rastros profundos, cuando no los apreció tu instinto. Porque tú sabes muy bien que no me rechazaste, que te sentiste atraída por mí como no te atrajo jamás hombre ninguno. Eso lo he oído yo en tus labios. Nuestra actitud de hoy es artificial, de ella están ahora mismo protestando nuestros corazones, y si me permitieras que te hablase como tengo derecho á hacerlo, te convencería en el acto.

SVAVA.—¿Crees tú?...

ALF.—No lo creo: estoy cierto de ello, lo estuve siempre. Quizá confié en ti con exceso; esa es una falta que tú me perdonarás fácilmente. Pero no: te conozco muy bien, aunque han sido muy breves nuestras relaciones; te conozco mejor que nadie en el mundo. También me lo has confesado tú misma. (*Svava muestra su emoción.*) Veo que lo recuerdas... ¿Qué te pasa?

SVAVA.—Todavía no has contestado á mi pregunta... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ALF.—¡Ah! Huyes, tienes miedo... Contesta tú primero. ¿Crees que quien te conoce como yo es capaz de engañarte, de burlarse de ti? Has debido tener más fe en tu Alf, Svava.

SVAVA.—¡Cómo abusas! Si hubiese sido yo la que... ¿habrías creído en mí?

ALF.—No lo sé, porque entonces no serías tú, serías otra.

SVAVA.—Eso digo yo. Tampoco tú eres el mismo.

ALF.—Paciencia: yo te demostraré lo contrario. Pero si es verdad lo que dices, si yo fuese otro, ¿por qué sentir esa emoción? (*Se oye á lo lejos la orquesta que ejecuta la marcha nupcial de Mendelssohn.*)

RIES.—(*Asomando á la puerta de su cuarto, bajando mucho la voz.*) La orquesta. ¿No la oís?... Había olvidado la bandera. (*La recoge y vuelve en seguida hacia su cuarto.*) Sólo falta que tarde una hora en desdoblarse. (*Vase.*)

(*Svava recoge su sombrero y sus guantes.*)

ALF.—¡Te vas! Ahora que la música viene á recordarnos nuestra situación... No: nos juntó un error; nuestros propósitos, nuestras conversaciones, nuestro pasado no pueden bo-

rrarse de pronto y caer en el olvido. Nos marcan nuestro porvenir...

SVAVA.—No, no es posible. Un hombre no puede ser doble. Eso es absurdo.

ALF.—Pero ¿no tenemos dos naturalezas?

SVAVA.—¡Dos!

ALF.—Tú lo mismo que yo. No me mires asombrada; sé muy bien lo que digo. ¿No eran contrarias nuestras ideas? ¿No vivían separadas nuestras inteligencias? Y sin embargo, el parentesco de nuestras naturalezas se impuso y tú no me aborreciste, sino que te entregaste. Ahora mismo, al intentar ocultarlo, te vendes. No es de mí, sino de tus absurdas teorías, de lo que tienes que guardarte.

SVAVA.—Aunque fuese verdad, tú no tienes derecho á emplear contra mí esas armas. Yo no soy doble ni quiero pertenecer á nadie que lo sea. (*Ambos habrán ido avanzando hacia el primer término.*)

ALF.—¿Crees que no recuerdo que cuantas veces te abracé sentí que te estremecías? Un hombre sabe siempre el poder que tiene sobre una mujer.

SVAVA.—¡Ni una palabra!

ALF.—Confiésalo, porque si reniegas de tu naturaleza cometes un pecado tan grande como el mayor de los que yo haya podido cometer.

SVAVA.—¡Es intolerable!

ALF.—¿Lo ves? Con una sola palabra puedo provocar tu indignación. Porque eres mía, y tú misma tienes que reconocerlo contra tu voluntad. Ayer mismo...

SVAVA.—¿Te atreverás aún á hablarme de ayer?

ALF.—¡Atreverme! ¿Por qué no? Ayer mismo, en este salón, mostraste que tienes como yo dos naturalezas. Te vi cambiar de color, te vi temblorosa y agitada cuando te dije que imaginaba cómo tu brazo se enroscaba á mi cuello, al mío solo, porque yo era tu elegido entre todos los hombres del mundo.

SVAVA.—Y yo una de esas cien á quienes tú habías abrazado

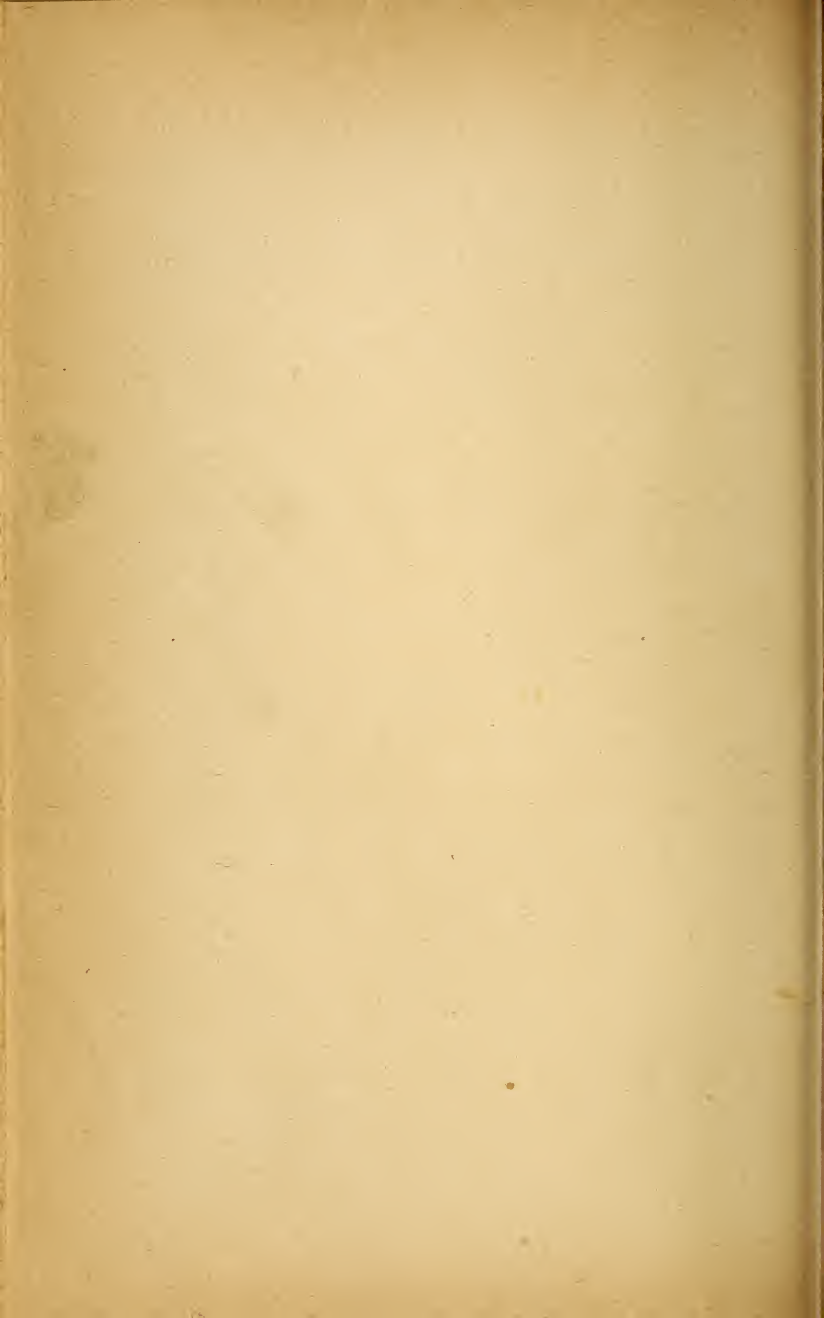
en tu vida. (*Le arroja al rostro uno de sus guantes y huye por la izquierda.*)

(*Alf queda un instante como aturdido, y después se precipita por la puerta derecha del foro.*

RIES.—(*Saliendo de su cuarto.*) ¡Bien venidos, bien venidos! (*Se detiene asombrado y mira á todas partes, dando vueltas por la escena.*)

TELÓN

FIN DE «EL GUANTE»



MAS ALLA DE LAS FUERZAS HUMANAS [1]

(Primera parte)

(1) Esta obra está basada en las *Lecciones sobre el sistema nervioso* de Mr. Charcot, y en los *Estudios clínicos sobre la histeri-epilepsia ó gran histeria* del doctor Richer.—*(N. del A.)*

PERSONAJES

ADOLFO SANG, pastor evangélico.
CLARA SANG, su mujer.
ELÍAS, hijo de los anteriores.
RAQUEL, ídem.
ANA ROBERTS, hermana de Clara.
EL DESCONOCIDO (el pastor Bratt).
KROJER, BLANK, JENSEN, BREJ, FALK, pastores.
LA VIUDA DEL PASTOR.
AGATA FLORVAGEN.
GRUPO DE PASTORES.

La acción ocurre en las regiones boreales de un pueblecito de Noruega, durante la primavera

ACTO PRIMERO

La escena representa una habitación con las paredes de madera. Á la derecha dos ventanas; á la izquierda una puerta; en el fondo una cama. Cerca de la cama una mesita con botellas y copas. Una cómoda, sillas, etc., etc.

ESCENA I

En la cama, cubierta con una colcha blanca, hállase acostada CLARA SANG. Cerca de una de las ventanas, su hermana ANA ROBERTS.

ANA ROBERTS.—¡Cómo brilla el sol en el bosque de abedules, y qué hermoso es su follaje!

CLARA SANG.—¡Aquí se aspira el olor del cerezo!

A.—Pero, querida, si no hay ningún cerezo...

C.—Tú no los ves, pero los hay; la brisa de la mañana trae su perfume.

A.—Yo no percibo nada.

C.—Cuando llueve, ningún aroma pasa para mí inadvertido.

A.—¿Y tú notas el olor á cerezo?

C.—Perfectamente; ponte en esta ventana y te convencerás.

A.—Como quieras. (*Cambia de ventana.*)

C.—¿Quién había dicho que era inminente el derrumbamiento de la roca?

A.—El anciano aquel que vino á buscarnos. Llovía á torren-

tes, y nos dijo que cuando llueve con fuerza, se corre el peligro de que el agua desprenda las rocas.

C.—Lo he estado pensando toda la noche, pues ya sabes que sucede eso con frecuencia. Una vez, hace ya mucho tiempo, quedó sepultada la iglesia.

A.—¿La iglesia?

C.—No esa, sino otra que estaba mucho más allá.

A.—¿Entonces por eso se ha edificado cerca del muro del jardín?

C.—Sí, y en verano, cuando se abren las ventanas del templo, oigo desde aquí cantar á Adolfo en los oficios. Mas para ello es menester que aquella puerta y las dos del salón estén abiertas... ¡Qué bien canta! Con las puertas abiertas veo la iglesia desde aquí. Mira, por eso han cambiado la cama.

A.—(*Va hacia ella.*) ¡Pobre Clara! ¡Quién hubiera imaginado volver á encontrarte así!

C.—¡Ana!

A.—Pero dime, ¿por qué no escribías?

C.—Porque está muy lejos América, y después... después... ya te lo diré en otra ocasión.

A.—Por cierto que no comprendí lo que ayer me dijiste cuando te hablé del doctor...

C.—Estaba allí Adolfo, y en su presencia no quería yo... porque nosotros no tenemos médico.

A.—¡Cómo! ¿No tenéis médico?

C.—¡Bah! viene de vez en cuando; pero vive tan lejos... Además, ¡para lo que sirve!... yo he estado un mes entero sin dormir...

A.—¿Un mes entero sin dormir? ¡Estás loca!

C.—¡Loca! Hace más de seis meses que no duermo; tú lo comprendes, pero el doctor no... mi marido le preguntó qué es lo que yo tenía; él no me dijo lo que le había contestado, pero yo sé que dió á mi enfermedad un nombre raro... En fin, después de eso ya no le hemos vuelto á llamar.

A.—¿No hablas demasiado?

C.—Hay días en que no hablo una palabra, y otros en que

hablo sin cesar; es como una necesidad... Pero Adolfo volverá muy pronto de su paseo y me traerá flores, como de costumbre.

A.—¿Quieres que yo te las coja?

C.—No. Hay algunas que no puedo resistirlas, y él sabe escogerlas. Pero no me has dicho cómo reconociste á los niños en el barco. Anda, cuéntamelo.

A.—¡Estábamos ayer tan preocupados...!

C.—Sí, ¡y además estabas tan fatigada! ¡Mira, los niños duermen todavía! ¡Doce horas sin despertar! ¡Qué hermosa es la niñez!

A.—¡Pobrecitos! ¡Estaban necesitados de reposo! ¡Yo no me canso nunca!

C.—Es lo que sucede siempre que se viene á estas regiones boreales... Pero volvamos á los niños; ¿no son buenos?

A.—¡Verdaderos ángeles! Es extraño que no se parezcan ni á ti ni á Sang... únicamente en los ojos.

C.—Explícame eso.

A.—Si se pareciesen á vosotros yo les habría reconocido en seguida, á pesar de todo el tiempo transcurrido. Es más: les vi muchas veces á bordo durante la travesía, aunque viajaban en una clase inferior.

C.—¡Los pobres tenían tan poco dinero!

A.—Yo no les conocía; pero una mañana que me encontraba sobre el puente les vi correr. Como el viento era fuerte y el frío muy grande, las criaturas corrían sobre cubierta para calentarse, y me parecieron dos encantadores diablejos. Cada vez que volvían hacia mí les miraba á los ojos, y te aseguro que una voz interior parecía decirme: «¿No has visto tú unos ojos iguales á los de estos niños?» Después, unas aves marinas vinieron á posarse sobre cubierta, volando alrededor de Raquel, que, asustada, las rechazó con sus manecitas. ¡El movimiento de sus brazos era completamente tuyo!... Luego vi que los ojos de los chicos eran como los vuestros.

C.—¿Y les hablaste entonces?

A.—¿Tú te llamas Sang?—pregunté á uno de ellos, pero

antes de que me contestara dije:—Yo soy vuestra tía Ana, la de América. ¡Ah, si nos hubieras visto!... ¡Llorábamos todos!.. (*Ana y Clara callan emocionadas.*)

C.—¿Pero Raquel no te había escrito diciéndote que vinieras?

A.—Sí, y se lo agradezco mucho. ¡Ha sido tan buena! Yo, como era natural, la hice pasar á primera clase conmigo, y la envolví en un chal, porque vi que la pobrecita tiritaba de frío. Á Elías me apresuré á arroparlo con mi abrigo escocés.

C.—¡Querida Ana!

A.—Precisamente ese día reinaba un viento Norte terrible... Al pasar el barco cerca de una cantil, una bandada de gaviotas levantó el vuelo graznando y rozando el puente con sus alas... ¡Qué frío hacía! Á lo lejos, cerca de la playa, distinguíanse tan sólo algunas casas de aspecto miserable, las únicas que habíamos columbrado desde hacía varias horas; lo demás, rocas y montañas. «¡Esta es la Nordlandia—pensé yo, —y ahí donde habitan estas pobres criaturas!...» ¡Jamás olvidaré la tristísima impresión que me causó el paisaje!

C.—Pues el panorama no es tan sombrío como dices...

A.—Clara... contémplate ahora, y acuérdate de lo alegre que eras en otro tiempo.

C.—¡Sí... sí!... No sé como explicártelo todo... ¡Oh, Dios!

A.—¿Por qué no me escribías? ¡Yo que tan dichosa me sentía allí!... Hubiera podido ahorrarte muchos trabajos. ¿Por qué no me decías la verdad? Todo me lo has ocultado. Si Raquel no hubiese escrito, yo no sabría nada...

C.—Sí, sí, lo comprendo; pero no podía obrar de otro modo.

A.—¿Por qué?

C.—Porque de haberte revelado en mis cartas lo que acontecía, todos vosotros estaríais aquí... Además, nunca me creí con derecho para solicitar vuestro auxilio, comprendiendo que nada podíais hacer.

A.—¿Mentiste, entonces?

C.—Sí, mentí; he mentido siempre á todo el mundo. Tú en mi caso hubieras hecho lo propio.

A.—No te comprendo.

C.—Decías hace un instante que mis padecimientos podrías evitarlos. ¿Crees acaso que es justo pedir protección cuando se confía en los propios esfuerzos?

A.—Ciertamente; comprendo eso después, pero antes...

C.—Veo que desvarías, mi querida Ana.

A.—Pues bien; explícate si puedes.

C.—¡Ah, imposible revelarte toda la verdad, así, de pronto! Quizás más tarde pueda hacerlo.

A.—Ya ves si procuro complacerte, que accedo á que me cuentes esa historia poco á poco. Mas, para comenzar, dime: ¿te ama él? ¿Acaso por eso es por lo que...?

C.—Te engañas. Lo que hay es que Sang y yo somos de distinta naturaleza. Si mi esposo fuese como la generalidad de los hombres, si hubiera pretendido imponerme su voluntad, seguramente á estas fechas no seríamos el uno del otro. Pero desde mucho tiempo antes de conocernos, toda su energía—y es mucha—habíala puesto al servicio del trabajo, del amor y del sacrificio. ¡Y eso es tan hermoso! ¡Es tan sublime!... ¡Considéralo, mi querida Ana! Mira si seremos felices, que cumpliéronse ya veinticinco años desde nuestro matrimonio, y en este tiempo ni la más leve de las contrariedades turbó nuestra dicha... Él se muestra siempre contento y dichoso; para él son todos los días de adorable regocijo.

A.—¡Dios mío! ¡Cuánto le amas!

C.—Amarle fuera poco. ¡Él es toda mi vida! ¿Cómo oponer resistencia? Y, sin embargo, debiera hacerlo alguna vez, porque suele ir demasiado lejos...

A.—¿Qué quieres decir?

C.—Te lo explicaré á su tiempo. Ahora repito lo que antes te dije: que nada hay que resista á un corazón como el suyo, siempre pronto á sacrificarse por sus semejantes. Jamás nubló su carácter una sombra de pena, y puedo afirmarte que es tal la fe que inspira su bondad y tanto su poder sobrenatural, que atrae y arrastra tras de sí á cuantos seres escuchan la magia de su voz.

A.—¿Su poder sobrenatural, has dicho?

C.—¡Cómo! ¿Acaso lo ignoras tú? ¿Nada te han revelado los niños?

A.—¿Qué?

C.—Pues oye, hermana mía: Sang obtiene de Dios cuanto le pide.

A.—Á juzgar por lo que dices, ¿hace milagros?

C.—¡Oh, sí!

A.—¿Sang?

C.—Pero ¿es cierto que de nada de esto te han hablado los niños?

A.—Te aseguro que no.

C.—¿No?... Pues me extraña.

A.—Nunca hemos hablado de eso.

C.—¡Oh! es indudable que los niños creyeron que lo sabías, y por esto nada te dijeron de la rara virtud que posee Adolfo. Á tal extremo llega su celebridad, que en el país conocen á Sang por «El Pastor de los milagros».

A.—Pero ¿es verdad que los hace?

C.—No lo dudes. Cuando le has visto, ¿no has experimentado una impresión de... algo... sobrenatural?

A.—¡Dios mío!... ¿Sobrenatural?... No; no he notado nada... pero ahora que me dices eso, sí, efectivamente: sentí algo extraño en mi alma, algo así... ¿cómo te diría yo? como si me hallase en presencia de un sér que pertenece á un mundo distinto del nuestro.

C.—(*Con viveza.*) ¿De verdad?

A.—¡Oh, sí!

C.—Tú no sabes que yo estoy días y días con los brazos y las piernas rígidos... contraídos sobre el pecho... mira así... no me atrevo á hacerlo, por miedo que vuelva el mal tan temido... Algunas veces paso días enteros, cuando él está ausente, sin poder estirar los miembros. ¡Si tú supieras! ¡Es un verdadero suplicio! Una vez se fué á la montaña y estuve ocho días así. Cuando volvió, apenas puso el pie en el umbral de la puerta y se acercó á mí y me tocó, en seguida cesó todo

y pude moverme como ahora. Siempre pasa lo mismo; siempre que sus manos se posan sobre mi cuerpo, cede el mal que me atormenta.

A.—¡Qué extraño es lo qne dices!

A.—Pues cuando están enfermos los verdaderos creyentes, basta sólo que entre él y que rece para que se pongan buenos.

A.—¿Pero se curan de verdad?

C.—Por completo. Y eso no ha sucedido una sola vez, sino diez, ciento. Pero hay más. Por efecto de la enorme distancia á que están los hogares de muchos desgraciados, no puede visitarlos. Pues bien; con sólo escribirles, diciendo que recen con el pensamiento puesto en él á tal día y á tal hora, y que él rezará por ellos á la propia hora y en el propio instante, la enfermedad cesa. Y esto es evidente; te digo que podía citar mil casos.

A.—Es extraño. Pero tú no me has escrito nunca nada de eso.

C.—Porque os conozco .demasiado. ¿Crees tú que voy á exponer á Adolfo á ser juguete de vuestras dudas? ¡Eso nunca! Es preciso que veas á la viuda de un pastor que vive cerca de aquí. Es la mujer más respetable que conozco... Cuando Sang llegó á estas regiones, y la fecha se remonta á más de veinticinco años, la desgraciada sufría una parálisis desde hacía quince. Pues ahora va todos los domingos á la iglesia, y eso que pronto cumplirá los cien años.

A.—¿Y es tu marido el que ha curado á esa mujer?

C.—Sí. Rezando por ella y haciéndola rezar. Además, te referiré la historia de Ágata Florvagen: es la más asombrosa, porque á nuestro juicio estaba la desgraciada mujer absolutamente muerta. Verás: él tomó una de las manos de ella, la entrelazó con una de las suyas, púsole otra mano sobre el corazón, é instantáneamente la mujer comenzó á reanimarse y tornó en pocos momentos á la vida. Y ahí está ahora con la viuda del pastor de que antes te hablé... Podría continuar hasta mañana contándote casos. En fin, todo el país profesa á Sang una adoración rayana en idolatría. Se ve rodeado de

miles de fieles, y su fama ha crecido de tal modo, que no pasamos tranquilos ni un solo día.

A.—Oye. ¿Podré yo ver esas cosas que me cuentas durante el tiempo que permanezca con vosotros?...

C.—Yo estoy postrada y no puedo moverme.

A.—Pero si hace milagros, ¿por qué no los obra contigo? ¿Por qué no ha logrado ponerte buena después de tanto tiempo?

C.—¡Hay una razón!

A.—¿Puede saberse?

C.—No; ahora, no... En fin... quizá más tarde... Hazme el favor de abrir la ventana. Se ahoga una aquí. ¡Aire! ¡Aire!

A.—Voy. (*Abre la primera ventana.*)

C.—Ya debía estar Adolfo de vuelta. Hoy tarda más que otros días. ¡Oh! ¡Si yo pudiera aspirar el aroma de las flores! ¡Pobrecillo! ¡Acaso sufre en el campo el aguacero! Darán pronto los siete, ¿verdad? ¡Ya no puede tardar!

A.—(*Consultando su reloj.*) Sí, ya son las siete.

C.—Desde que estoy en cama siempre sé la hora que es. ¡Oh! ¡Si el aire fresco de afuera pudiera llegar hasta mí! El viento ha cesado. ¿No me respondes?

A.—No; no oigo lo que me dices. Estoy aún asombrada de lo que me has contado.

C.—La verdad es que Adolfo es el sér más admirable que ha existido en nuestro país... quizá en nuestro tiempo.

A.—Y dime, ¿qué es lo que dice la gente de Sang? ¿Cómo le miran los aldeanos?

C.—Yo creo que en otro país, Adolfo causaría una sensación sin límites. Aquí, ¡Dios mío! le miran casi con indiferencia.

A.—Sí, pero... un milagro es un milagro.

C.—Para nosotros sí. Aquí la Naturaleza misma parece rebasar todas las leyes y las formas todas, ¿y qué mucho, Ana, que nosotros tengamos que ser los que imperiosamente experimentemos las consecuencias? Durante el invierno vivimos casi en perpetua noche. El verano es aquí una inmensa luminosidad auroral. ¿Viste alguna vez brillar el sol en medio de

la noche? ¿Ignoras que tras de las brumas del mar aparece más grande y súbitamente se hace enorme? ¿Has contemplado los efectos de luz, en el cielo, en el mar y en las montañas? Con esta luz boreal aparecen más suaves los tintes todos que matizan el arco iris, durante las noches invernales, poniendo en sus irisaciones una variedad encantadora, infinita. ¿Ves esas rocas que, cortadas á hachazos geológicos, se adelantan hacia el mar? No se parecen á las demás. ¡Todo el Atlántico viene á estrellarse contra ellas! Por eso también los hombres de aquí, en fuerza de vivir rodeados de tanta grandiosidad, se desemejan de los demás, sienten sobre sus ideas la influencia del medio en que viven y giran infinitas, sin orden, amontonando tradiciones y leyendas, en cuentos fantásticos de gigantes y gnomos. Sí, ríe cuando quieras, pero escucha alguna de nuestras leyendas, y cuando hables con nuestros aldeanos, comprenderás que Sang, el pastor, es el hombre que necesitan. Su fe les conforta; vino aquí con una fortuna, y ya no tiene casi nada. En medio de furiosas tempestades, va en su barca buscando siempre miserias que consolar, dolores que combatir, penas que mitigar, lágrimas que enjugar. Sin embargo, á los hombres les parece poco siempre el bien recibido... Si yo no hubiera pasado muchas noches en vela, á estas horas faltaría en esta casa el pan cotidiano. No tendrían ¡ni aun lo preciso para vivir!... él ni mis pobres hijos. De mí no quiero hablar; ¡hace mucho tiempo ya que he terminado!

A.—¿Y por qué no has tratado de impedirlo?

C.—Imaginas que trato de combatir sus ideas. No, pero necesito inventar algo nuevo para disuadirlo, porque si no él comprendería... y en ese caso... ¡Oh, es para volverse loca!

A.—¿Has dicho inventar?

C.—Le falta el sentido de la realidad, y no vé más que lo que quiere ver. Juzga á todos como á sí mismo, prescindiendo de las riquezas humanas. «No me ocupo más que del bien que sale á mi camino»—dice, y á todos los encuentra sanos de alma. De este modo ha logrado exceder el límite de las cosas

humanas, de las grandes como de las pequeñas. Te digo que á poder, Adolfo, ¡hasta el sustento diario de su familia hubiera dado á los que carecen de pan!... «Dios nos lo devolverá —suele decir, y añade:—«Debemos obrar así.» Cuando el vendaval azota las humildes cabañas de los pastores y el mar gime las cóleras de su fondo amargo, marcha en su barca, sin temor, como un alma pura por entre los limosos charcos de la concupiscencia. Ha pasado noches enteras en la montaña, en medio de la niebla, sin comer ni beber. Íbamos á buscarlo, tornaba al hogar; pero al amanecer volvía de nuevo á la montaña, al valle, en busca de los tristes, de los desvalidos, de los enfermos.

A.—¿Cómo puede soportar todo eso?

C.—¡Lo soporta todo! Á veces vuelve fatigado como un niño, sin poder sustraerse al influjo del sueño. Entonces duerme horas y horas; pero en cuanto se despierta, torna incansable á la faena cotidiana, á la labor de todos los días.

A.—¡Cuánto le amas!

C.—Mucho; es la única cosa que sobrevive todavía en mí, ¡su amor! Lo que más tristeza me causa es considerar que nuestros hijos fueron, y aun son, las únicas víctimas.

A.—¿Vuestros hijos?

C.—Sí, Ana; ellos han sufrido las consecuencias de todo. Aquí jamás hubo arreglo, siempre vivimos al día. La instrucción de los niños ha corrido la misma suerte que todo lo demás. Bastaba que una cosa pareciese buena á Sang para que la permitiese. Elías y Raquel han crecido así, en el abandono. ¡No sabes lo que he tenido que luchar para conseguir alejarles de nosotros!... ¡Estuve luchando por espacio de cinco años, hasta conseguir que los niños marcharan á educarse lejos de aquí! Eso ha agotado mis últimas fuerzas.

A.—¡Pobre Clara mía!

C.—No me compadezcas... Paso mi vida con el mejor hombre que hay en el mundo, con la voluntad más pura. Sí, estoy segura que se muere más pronto así; pero ¡no todo puede alcanzarse!

A.—Habéis sufrido mucho; os ha impuesto privaciones á todos, ¿verdad?

C.—Sí; es decir, á todos no, porque no tenía derecho á tanto; pero ten por seguro, hermana querida, que si Adolfo hubiese obrado de modo distinto, alejaría lo que de sobrenatural anida en su alma.

A.—¿De sobrenatural?... ¿Pero hace milagros verdaderos?...

C.—No es precisamente lo que tiene de sobrenatural la base del milagro.

A.—¡Me asustas! ¿Qué quieres decir?

C.—Lo que quiero decir es que los profetas judíos ó paganos debían ser así. Esta es mi opinión.

A.—¿Luego tú no crees?

C.—¿Creer? ¿Qué entiendes por eso? Pertenecemos á una raza vieja y nerviosa de escépticos, inteligentes, si quieres. Yo admiro á Sang porque en nada se parece á los demás; es el hombre mejor, le admiro porque le amo. No es por su fe, es por algo que se alberga en su alma hermosa y pura. Hasta qué punto participo de esta fe, lo ignoro.

A.—¡Cómo! Pero ¿tú no lo sabes?

C.—Mis ocupaciones no me han dejado tiempo para reflexionar en cosas tan hondas, y siempre creí que para meditar sobre eso es necesario mucho tiempo. ¡Harto tenía con pensar en mis hijos para ocuparme de estas cuestiones!... Apenas si sé distinguir lo bueno de lo malo, así á bulto; pero cuando se trata de la conciencia, es preciso esforzarse algo más. Con la fe me sucede lo mismo. No me preocupa nada.

A.—¿Y él lo sabe?

C.—Sí. ¡Para Sang no tengo secretos!

A.—¿Y no trata de obligarte á creer en lo que él cree?

C.—¡De ningún modo! La fe dice que es cosa de Dios; que nuestro deber es ser sinceros; que llegaremos á creer en este mundo ó en el otro.

A.—Sin embargo, trabaja para sembrar la fe entre estas gentes sencillas.

C.—Á su manera, jamás por la fuerza. Nos ama á todos por

igual, ¡á todos! ¿me entiendes? Te digo que no existen dos hombres como él.

A.—Tú le miras todavía como en los primeros años de matrimonio, y sin embargo, Clara, tus ojos han envejecido.

C.—¡Oh, sí; mis ojos han envejecido!

A.—¿Cómo puedes acordar eso con sus milagros? Porque en el fondo, tú no crees en ellos.

C.—¿Qué dices? ¡Sí, creo en ellos más que en todo lo del mundo!

A.—Sin embargo, si no te atreves á dejarle marchar durante la tormenta, porque temes perderle, ó si no crees que Dios os pueda devolver lo que él distribuye á los pobres, es porque no crees en él.

C.—Pero si eso precisamente es lo que constituye mi fuerza.

A.—Convengamos, sin embargo, en que esa no es la fuerza de la fe.

C.—No, no. Aunque haya contradicción, ¿qué importa? Nosotros podemos contradecirnos, él no. Por otra parte, te diré que desafiar al mar enfurecido es más que creer; ¡eso es tentar á Dios!

A.—Bien; pero puesto que existe el milagro, ¿por qué no hace él para sí lo que intenta conseguir para los demás?

C.—¡Escucha! No hablemos más de eso. Yo no puedo más. Todo lo que yo sé es que el día que él se proponga coger el pan de sus hijos para darlo á otros seres ingratos y malvados; el día que él quiera volver á la montaña y en medio de la bruma desafiar el poder de las tinieblas, ese día será necesario que se lo impida... Yo hago cuanto puedo; recurro á mil medios para impedírselo; pero si él lo quiere... No me levanto de la cama hace ya algunos meses. ¿No es cierto? Pues bien; me levantaría... estoy segura. Yo también realizaría un milagro, porque amo á Sang y amo á mis hijos. (*Pausa prolongada.*)

A.—Vamos, cálmate... ¿Quieres tomar algo?

C.—Trae un poco de agua de Colonia y rocía con ella mis sienes... Dame el frasco, quiero aspirarla... sí... aquella que tú me diste ayer. Date prisa. ¿No puedes destapar el frasco?

El sacacorchos está allí... ¡Allí... allí!... ¡Abre la ventana!... la otra también. ¡Pronto, pronto!

A.—Sí, sí. (*Abre la ventana.*)

C.—¡Gracias! ¡Oh! ¡Si la tierra no estuviese mojada podría dar un paseo! ¿No has abierto el frasco aún?

A.—Sí; en seguida... en seguida.

C.—Tráelo, tráelo ya. ¡Ah! ¡Cómo huele á jazmines!

A.—¡Á jazmines! ¡Si no los hay!

C.—¡Qué grato perfume! ¡Así huelen los jazmines!... Es él... le oigo... es él... ¡Gracias, Dios mío! ¡Qué tranquila estoy ahora!... es una bendición, es... él... (*Sang entra.*)

ESCENA II

Las mismas y Sang

Sang.—¡Buenos días! ¡Buenos días, Ana! Cuando te contemplo aquí, me parece mentira. ¿Oh, qué hermosa mañana llena de cánticos y de aromas! ¡No las hay semejantes en América!

Clara—¿Y mis flores?

Sang.—¿Sabes lo que me ha sucedido hoy?

Clara.—¿Las regalaste?

Sang.—¡Oh! no; esta vez no... ¡Qué mal pensada eres!... ¡No hemos clamado contra estas lluvias terribles que nos amenazan y ahora, mira, la lluvia ha sembrado beneficios por todas partes! Te aseguro que jamás caminé entre una irradiación tan espléndida de aromas y colores... Me parecía un atentado contra la belleza el que mis pies hollasen todas las plantas que delante de mí se levantaban en su encanto floral. ¡Eran tantas las flores y tenían todas tal deseo de vivir!... ¡Las más pequeñas miraban hacia el sol, como queriendo reci-

bir un beso de la luz genitor y amante! He visto también flores de lúpulos. No sabían qué hacer entre aquel desbordamiento de perfumes, y todas por igual embalsamaban el ambiente exhalando sus aromas infinitos. Cada una parecía tener su olor peculiar, algo así como una especie de individualidad que la distinguía de las otras. ¡Me costaba tanta pena elegir, que no tuve valor para coger una! Pero te he traído otra cosa mejor.

Clara.—(*Que durante el parlamento de Sang ha hecho señas á Ana.*) ¿Sí? ¡Dime qué es!

Sang.—Un secreto. ¿Creías que no podía yo tener también un secreto?

Clara.—¡Hace mucho tiempo que vengo observando algo!

Sang.—¿Tú, verdad?... Pues esta vez nada te he dicho. Pero sabes muy bien que nunca me ha asustado tu enfermedad; es porque tenía mis razones. Constantemente me dicen que curo á los demás y que no me acuerdo de curarla á ella (*por Clara*); pues bien; es que ella no quiere rezar conmigo (*A Clara*). Y tú sabes que mi poder está en que mis enfermos recen conmigo. También se me ha ocurrido una idea. He escrito á los niños. Han venido; anoche les encargué que durmiesen mucho y que vinieran hoy á las siete para rezar conmigo al lado de la cama de su madre.

Clara.—¡Oh qué bueno, qué bueno eres!

Sang.—¡Ya verás! Nos pondremos alrededor de su cama formando una cadena de oraciones. Uno á tu cabecera, el otro allí (*señala la cabecera del lecho de Clara*) y yo en medio (*se inclina sobre la cama*), y continuaremos siempre, sin tregua, hasta que puedas levantarte y acompañarnos... ¡ya verás!

Ana.—Y los niños, ¿qué han dicho?

Sang.—¡Oh, si los hubieras visto! Se hablaban conmovidos mirándose con asombro infinito... Entonces comprendí que lo mejor era dejarlos solos y salí... (*A Clara.*) Observo que estás conmovida; ¿cierras los ojos? ¿Quieres que te dejemos? Te advierto, Clara de mi vida, que Elías y Raquel llegarán muy pronto y es necesario prepararse... (*A Ana.*) ¿Qué hora es?

ANA.—Hace un momento eran las siete.

SANG.—Si fuera esa hora estarían aquí los niños.

ANA.—Te repito que dieron yo las siete.

SANG.—Tu reloj no marcha bien. ¡Dormirse unos niños de su edad, cuando tienen la obligación de venir á rezar al lado de su madre!... ¡Imposible!

ANA.—Voy á subir....

SANG.—No, no; es preciso dejarlos solos estos últimos instantes.

ANA.—Te aseguro que entraré de puntillas, sin que me oigan. Quiero verlos tan solo. (*Sale.*)

SANG.—¡Sí, te lo ruego; no turbes su calma, entra callandito!

ESCENA III

SANG y CLARA

SANG.—(*A Clara.*) ¡Qué buena es Ana! ¡Y cuánto se interesa por nosotros!

CLARA.—¡Tú si que eres bueno!

SANG.—(*Amoroso.*) Noto que tiemblas al hablarme... ¡Cálmate y espera!... Yo te digo que jamás, como ahora, me sentí tan seguro de vencer. Y tú sabes como yo el nombre de «Aquel» que pone este presentimiento en mi alma. (*Aproximándose.*) ¡Oh, Clara, amada Clara! (*Se arrodilla cerca del lecho en que se halla su esposa.*) En medio del encanto infinito de esta primavera, de la inmensa paz que aquí reina, mi voz de agradecimiento se ha elevado hasta Dios. Se han reconcentrado hoy en mi mente todos los recuerdos de nuestra vida pasada, y al reconstruirla parecíame que te amaba más que nunca, porque tú no participabas de mi fe. Sí; puedo asegu-

rarte que mi pensamiento más constante te sigue. Tú me amas con toda la fuerza de tu voluntad y de tu ser, y yo me conceptúo dichoso al considerar que á mi lado acertaste á permanecer independiente en lo que tú crees la verdad. ¡Cuando imagino que tú no posees, como yo, la fe para fortalecerte, y has tenido el valor de dar tu vida por mí!...

CLARA.—¡Adolfo!

SANG.—(*Poniendo una mano con dulzura sobre la boca de Clara.*) ¡Calla, calla, déjame decirte que tu sacrificio ha sido heroico! Nosotros damos tan sólo la fe. ¡Tú has dado la vida! Tú tuviste en mí una confianza sin límites. ¡Cuánto te amo!... Mi alma entera se desborda, en este instante, al considerar lo sublime de tu abnegación; ¡sí, Clara mía; cada vez que mis ideas me llevaban demasiado lejos, admiraba más tu martirio! Mil veces la angustia dominó tu espíritu; temblabas por mi vida, por el porvenir de nuestros hijos, y te sacrificabas siempre, ¡quizás sin tener conciencia de tu sacrificio, hasta que tus fuerzas se rindieron; ya no podías resistir más!

CLARA.—Tienes razón, Adolfo mío, ¡no he podido más!

SANG.—¡Y pensar que yo fuí el culpable! ¡Yo que no te he comprendido!...

CLARA.—¡Adolfo!

SANG.—Sí; yo sé que tú te has entregado al sacrificio. No por fe, no por esperanza de una recompensa en este ó en otro mundo. Lo que tú has hecho lo has hecho por amor, nada más que por amor... ¡Te amo, te amo! Hoy era preciso que te confesara mi cariño. El de hoy será un día señalado para ti. Pero... los niños no tardarán en venir y... ¡Deja que pueda estrecharte como en el primer día de nuestro amor! (*Abraza á Clara con efusión.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS y ANA

SANG.—(*A Ana, que entra.*) ¿Qué hora es, por fin?

ANA.—Son más de las siete.

CLARA.—Ya lo sabía.

SANG.—¿Más de las siete?... ¿Y los niños?

ANA.—Duermen.

SANG.—¿Duermen?

ANA.—Elías estaba vestido, sobre el lecho; como si hubiera querido descansar solo un momento y le hubiese rendido el sueño. Raquel dormía profundamente. No me oyeron.

SANG.—¡He pedido demasiado á los pobrecitos! No había pensado en ello.

ANA.—Considera que llevan dos días sin descansar: desde nuestro encuentro en el barco.

SANG.—(*Como ensimismado.*) ¡Dios mío! ¿Por qué me creía tan seguro? ¡Es preciso que yo sepa! (*Hace ademán de salir.*) Perdóname un instante... ¿Pero por qué hoy?... (*Sale.*)

ESCENA V

CLARA y ANA

CLARA.—¿Les has despertado?

ANA.—Sí... ¿y sabes lo que creo?...

CLARA.—Lo he adivinado y tengo miedo.

ANA.—¿Pero qué hacer?

CLARA.—Nada. Cuando recuerdo sus miradas de ayer, comprendo ahora...

ANA.—Ellos no tienen confianza en su padre; han perdido la fe.

CLARA.—¡Cuánto han debido combatir y luchar los desgraciados! ¡Ellos que tanto le aman y le respetan!

ANA.—Por eso ayer estaban tan tristes.

CLARA.—Y tan conmovidos...

ANA.—Ahora comprendo lo mucho que han debido sufrir las pobrecitas criaturas.

CLARA.—¡Desgraciados!

ANA.—Elías viene.

CLARA.—(*Asustada.*) ¡Él!

ESCENA VI

LAS MISMAS y ELIAS

ELIAS.—(*Que al entrar se coloca cerca del lecho de Clara, cubriéndose la cara con las manos.*) ¡Oh, madre! ¡Madre mía!

CLARA.—¡Sí, lo sé todo, hijo mío!

ELIAS.—¡Dios mío, qué desgracia!

CLARA.—Sí, una gran desgracia.

ELIAS.—Cuando mi padre me dijo ayer que esta mañana á las siete...

CLARA.—(*Suplicante.*) ¡Calla! ¡Por favor! ¡no puedo más!

ANA.—Tu pobre madre está rendida, no puede más, ya lo ves.

ELIAS.—¡Oh, no, no... sabía demasiado que fatalmente esto tenía que suceder! Era preciso que sucediese.

ANA.—¿Sufres mucho?

CLARA.—(*Desfallecida.*) Es necesario soportarlo todo... pero dime...

ANA.—¿Qué?

CLARA.—(*Acostada y con los ojos cerrados.*) Elías... ¿estás ahí?

ELIAS.—Aquí estoy ¡madre mía!

CLARA.—¿Raquel? ¿Dónde está Raquel?

ELIAS.—Acaba de levantarse; se está vistiendo. Se había despertado al mismo tiempo que yo, á media noche, pero se volvió á dormir.

CLARA.—(*Incorporándose.*) Dime ¿cómo... cómo ha sucedido eso?

ELIAS.—¿Que nosotros hayamos perdido la fe?

CLARA.—Sí. ¡Que vosotros no creáis ya en vuestro padre! ¡Que hayáis perdido la fe!

ESCENA VII

LOS MISMOS y SANG

SANG.—(*Que ha escuchado las últimas palabras.*) ¿Perdida la fe?...

ANA.—(*Asustada.*) ¡Mira á Clara! ¡Clara!... (*Clara sentada en la cama, con los ojos extraviados y como presa de un ataque de histerismo.*)

SANG.—(*Se dirige á Clara, extiende sus manos sobre ella y espera. Pausa.*) ¡Esto toca á su fin! ¡Dios sea loado!

CLARA.—Sostenme...

SANG.—Apóyate en mí.

CLARA.—¡Oh! No me deja llorar, no me deja...

SANG.—¡Cálmate, vida mía, no llores! (*Se inclina hacia ella y la abraza.*) ¿Por qué tienes presentimientos tan tristes?

Mira... hazlo por nuestros hijos... ya que ellos han hecho cuanto humanamente les fué posible para evitarnos un dolor, justo es que correspondamos á su sacrificio.

Clara.—Sí; tienes razón.

Sang.—Ya ves, para eso has experimentado esta crisis, para que pensemos en ellos. ¿Quién sabe? Podríamos haber sido injustos con ellos, sobre todo yo... Pero ¿dónde está Raquel?

Ana.—Vendrá en seguida; se ha despertado al mismo tiempo que Elías, á media noche.

Sang.—¡Hijos míos! ¿Cómo habéis podido?... Pero no, no quiero saber; tú siempre fuiste bueno, Elías; si has hecho eso, fatalmente tenía que suceder así.

Elias.—Debía suceder. ¡Si tú supieras cuánto he sufrido!

Sang.—Aprendiste á creer con demasiada facilidad aquí en el hogar: yo no soy más que un hombre como los otros; quizá este presente se encamine hacia una fe que no perderás en lo sucesivo.

Elias.—¡Ah, padre mío! Mi ser experimenta ahora algo así como si hubiera cometido un crimen, y sin embargo...

Sang.—¿Crees que dudé de ti alguna vez, hijo mío? Tranquilízate, todo vendrá á su tiempo y antes de que... pero no, perdóname, Elías; no es tuya la culpa; tú no puedes nada.

ESCENA VIII

Los mismos y Raquel

(*Raquel entra y da algunos pasos hacia el fondo de la escena; Sang la ve.*)

Sang.—¡Raquel! ¡Al fin! (*Raquel se arrodilla ante él.*) Tú eres quien desde muy pequeña me ha enseñado á creer mejor que todos mis libros... ¿Cómo han podido separarte de mí?

RAQUEL.—(*Con los ojos anegados en lágrimas.*) ¿Separarme de ti, padre mío?

SANG.—¡Perdón!... Yo no quería cargar tu alma con esta desventura... ¡ven! (*Raquel se arroja en sus brazos.*) Te prometo no volver á hablarte de eso; pero ¡deseaba tanto saber!...

ELIAS.—Ni hablando años y años agotaremos el tema.

SANG.—Tened presente que yo no sirvo para hacer conversiones.

ELIAS.—No obstante, es preciso que me escuches.

SANG.—Tú sabes muy bien que lo que tú quieres lo quiero yo, pero cuéntame eso en pocas palabras... ¿Qué razón es la que... en fin, qué es lo que os ha impulsado á perder la fe?...

ELIAS.—Para satisfacer tu deseo me bastan pocas palabras. Raquel y yo hemos visto que los cristianos son muy distintos de lo que tú nos habías dicho...

SANG.—¡Elías!

ELIAS.—Tú nos enviaste á vivir entre los mejores que conocías; pero á Raquel y á mí nos ha costado mucho trabajo reconocerlos; nosotros no conocimos más que uno solo digno de ese nombre, y ese... ¡eres tú!

SANG.—¡Elías!

ELIAS.—Si hubiéramos encontrado en ellos una pequeñísima parte de tu doctrina, quizá la desilusión habría sido menos dolorosa; ¡tal vez la creencia alimentara nuestros corazones!... pero nada, nada.

SANG.—¿Qué quieres decir?

ELIAS.—Quiero decir que esa religión no es más que puro convencionalismo, y á despecho de todos sus principios subordinan su fe á las leyes del país en que viven. Instituciones, costumbres, relaciones económicas, han encontrado el medio de acomodarse á todo, de soportarlo todo, de ajustarse á todas estas reglas.

SANG.—Elías, eres demasiado severo.

ELIAS.—Tú buscas el Ideal por la senda del altruísmo, sin ocuparte de los demás... ¡Ahí estriba toda la diferencia!

SANG.—Y esta diferencia...

Elias.—Es la que nos ha obligado á reflexionar.

Sang.—Reflexionar... ¡bueno, lo admito! Pero juzgar, acusar á los otros.

Raquel.—De ningún modo, no hubo tal acusación. Su religión nos parecía tan de ellos como la tuya de ti.

Sang.—¿Entonces?

Elias.—Entonces... ¿dónde está la verdadera? Seguramente no es la suya.

Sang.—Admito lo que dices. Pero ¿qué mal hay en ello? Practican lo que juzgan un deber practicar.

Raquel.—La verdadera religión es una cosa que sólo uno entre mil puede conocer...

Elias.—Y todos los demás son unos charlatanes.

Sang.—¿Á qué llamas tú cristiano?

Elias.—¿Yo?... Yo llamo cristiano á aquel que ha recibido de Jesús el secreto de la perfección y la pone en práctica.

Sang.—Hablas de perfección; ¡pues bien! ¿No tenemos todos la obligación de trabajar para alcanzarla? Y si alguno no llega al fin apetecido, al logro de sus afanes, ¿puede por esto motejársele de charlatán? La fe salva; vale más la fe de un solo hombre que el error de millones de hombres.

Elias.—Sí; estamos conformes. Cuando hacemos todo lo posible para llegar á la perfección, la fe salva...

Sang.—¿Pues entonces?...

Elias —¿Cuántos hay que la practiquen así? ¡Uno solo, y ese eres tú! ¡los otros... no creas que es por el placer de acusarlos! ¡No tengo derecho á tal! Pero la verdad es esta, y creo que es un deber sagrado revelarla... Los unos siguen la inclinación de su carácter y están poseídos de la indiferencia más absoluta; los otros tienen en ocasiones buena voluntad, se esfuerzan, trabajan y al fin caen agotados, vencidos.

Raquel.—Sí, es verdad. Yo he sacado la conclusión de que este ideal que se nos propone es tan poco accesible á las fuerzas y á las inteligencias humanas, que no es Dios, seguramente, quien nos lo ha otorgado.

Elias.—Y esa duda que Raquel ha suscitado no hemos po-

dido abandonarla después. Cuanto más pretendamos inquirir en la historia del mundo, encontraremos más las mismas tendencias ideales y las mismas decepciones...

RAQUEL.—Antes de la Era cristiana ya...

SANG.—Sí... ya sé.

ELIAS.—Los mismos visionarios...

SANG.—Sí; los visionarios griegos y orientales lo han comprobado; no se me oculta que en una época de desesperación, en que los mejores, en medio de este nuevo diluvio, se desesperaban... sí; lo sé. ¿Y eso es lo que os ha detenido?... ¡Ah, Señor!... Yo creí un día que el cristianismo se derrumbaba para siempre y para siempre se sumía en los charcos pantanosos de la indiferencia, y me preguntaba entonces si era la religión la que resultaba impracticable. Pero no, es que los hombres son cobardes, es que tienen miedo. ¡Oh! si alguno se atreviera á luchar con toda su alma, todos lo seguirían. Y entonces tuve la conciencia de esta fuerza y me sentí con el valor de esta audacia, y los demás hombres pueden ser lo que yo soy, pueden creer, ser capaces de todo por la fe. No supongas que es el orgullo el que me dicta lo que digo, no, porque á pesar de lo que he hecho, á pesar de los esfuerzos realizados uno y otro día, dudo todavía en ocasiones. Es que yo no tengo plena confianza en mi esfuerzo. Si la tuviese creería en la posibilidad de curar á vuestra madre. Por esta debilidad de la fe Él me arrebató toda la fuerza que en mi espíritu residía. Pero estad tranquilos; Dios preparaba su hora, y en este momento va á demostrarnos lo que Él puede hacer. Yo seré quien realice el milagro, porque ahora puedo realizarlo. Me lo dice este presentimiento secreto que se alberga en lo más profundo de mi ser... Clara, ¿me oyes? No soy yo quien te habla; es Dios que alienta por mi boca (*Se arrodilla cerca de la cama en que se halla Clara.*) ¡Clara, amada mía!... Dios te ama tanto como á aquellos que creen en El. El amor de Dios no es el privilegio de los creyentes; el privilegio de los que creen es comprender su amor, gozar de Él, y en su nombre realizar lo imposible... Por última vez, voy á probar tu paciencia; te dejo

para probar á Dios (*Se levanta.*) Sí; para probarlo me voy á la Iglesia; es necesario que esté solo. Hijos míos, yo no puedo creer que Dios no devuelva el sueño y la salud á vuestra madre; tengo la firme convicción de que ha de levantarse del lecho y permanecer entre nosotros. No temáis, hijos míos; que os fortalezca la fe como me fortalece á mí; tengo esperanza y esperaré hasta el fin. ¡Adiós! (*Se arrodilla al pie del lecho de Clara y parece hacer una corta oracion.*) ¡Adiós! (*Abraza á Clara; ésta permanece sin movimiento; él se levanta.*) ¡Gracias, hijos míos! ¡Gracias! El auxilio que me habéis prestado en esta ocasión es superior á todo lo que yo pedía. Voy al templo para elevar á Dios mis preces; al sonar la primera campanada, habré comenzado la oración por vuestra madre. La paz sea con vosotros. (*Se va.*)

ESCENA IX

Los mismos menos Sang

Ana.—¡Oh!... ¡Oh! (*Solloza.*)

Elias.—Es necesario, es preciso que yo le vea entrar (*Sale.*)

Raquel.—¡Madre!

Ana.—¡Silencio! ¡No turbes su reposo! ¡Ella te ve!... ¡Pero no le hables!

Raquel.—¡Tengo miedo!

Ana.—Nada temas... ¡Mira! (*Observando por la ventana desde el lugar en que se halla.*) Veo á tu padre desde aquí. Ahora penetra en el templo. ¡Mírale, mírale!

Raquel.—¡No! No me atrevo, ¡tengo miedo! ¡Madre! Me mira y no me responde... ¡Mamá!

Ana.—Calla, Raquel. (*Se oye la campana de la iglesia. Raquel cae de rodillas pálida, asustada. Después llamando á su tía.*) ¡Ana!... ¡Ana!

ANA.—¿Qué tienes?

RAQUEL.—(*Lentamente.*) ¡Mi madre duerme!

ANA.—(*Lo mismo.*) ¿Duerme?

RAQUEL.—¡Imposible!...

RAQUEL.—(*Levantándose.*) Es preciso que vea á Elías; es preciso que yo le diga... (*Sale corriendo.*)

ANA.—(*Mirando á Clara y asustada.*) Duerme como un niño... ¡Oh, cielos!... (*Cae de rodillas. Se oye de repente un ruido espantoso, prolongado, que el eco repite á lo lejos. Después un grito; la casa tiembla; el ruido continúa.*)

RAQUEL.—(*Desde fuera.*) ¡La roca se derrumba! (*Da un grito y entra corriendo en el cuarto.*) ¡La roca cae sobre la iglesia! ¡sobre nosotros! ¡sobre mi padre! ¡Dios mío! todo rueda, todo se precipita. (*Se arroja de rodillas cerca del lecho de su madre con la cabeza entre las manos.*)

ELIAS.—(*Desde fuera.*) ¡Padre! ¡Padre! ¡oh!

ANA.—(*Cerca del lecho de su hermana.*) ¡La muerte! (*El ruido aumenta siempre; después disminuye poco á poco; se oye de nuevo la campana de la iglesia.*)

ANA.—(*Levantándose sobresaltada.*) ¡Toca todavía! ¡Vive!

RAQUEL.—¡Vive, sí! ¡Vive aún!

ELIAS.—(*Desde fuera. La voz se acerca.*) La iglesia está en pie. (*Entra.*) La roca rodó perdiéndose en el valle. Aun toca la campana. (*Se arroja de rodillas cerca del lecho de su madre.*)

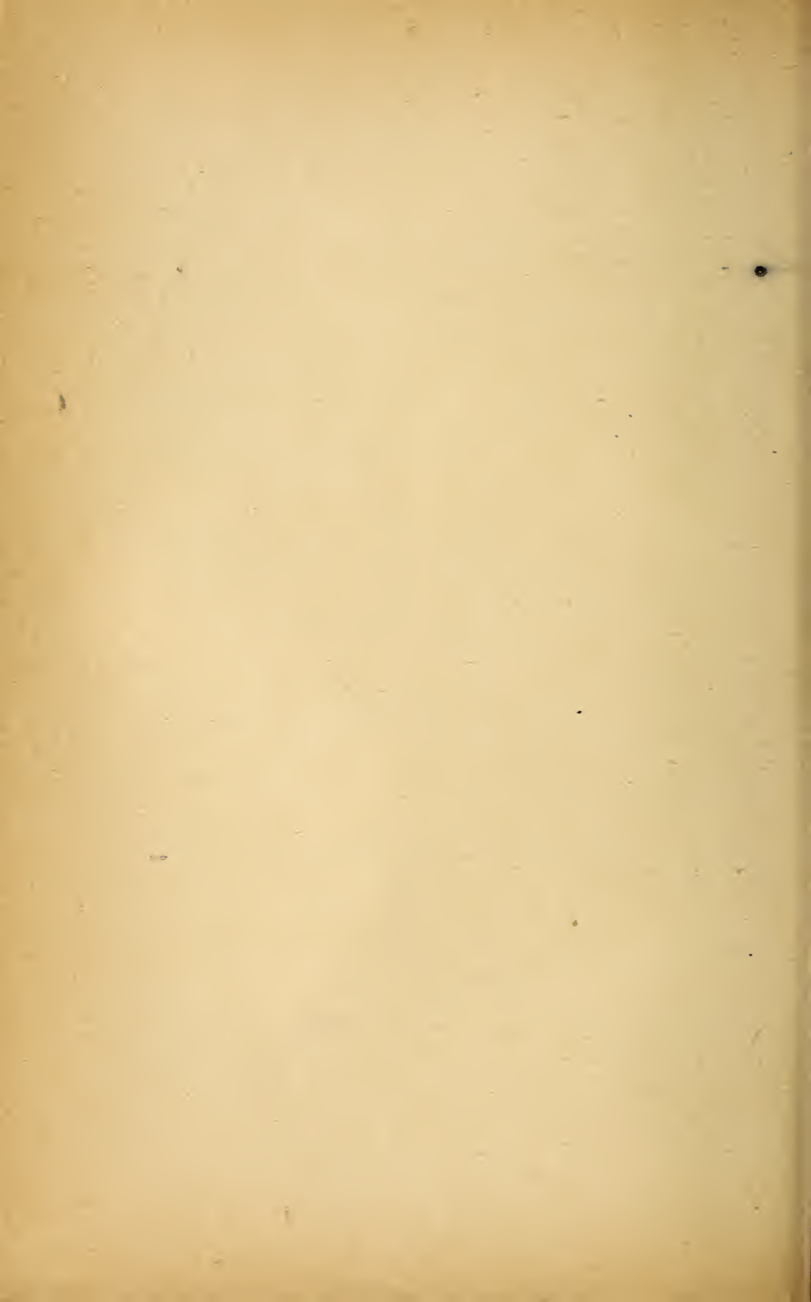
RAQUEL.—¡Elías! ¡Madre!

ANA.—(*Lentamente.*) Duerme.

ELIAS.—¿Duerme?

RAQUEL.—Sí, mira... duerme. (*Continúa oyéndose la campana.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Una habitación pequeña con paredes de madera. En el fondo, la puerta abierta, deja ver un paisaje triste, cuyo horizonte hállase limitado por una roca de gran tamaño. Á la derecha, una puerta: á la izquierda una ventana grande. Encima de la puerta del fondo, un crucifijo con un fanal. Á la izquierda, en primer término, un canapé y delante de él una mesa con libros. Á lo largo de las paredes, sillas.

ESCENA I

ELIAS entra por el fondo; parece inquieto. Está en mangas de camisa, con la cabeza descubierta. Se detiene un instante, va hacia la ventana, y escucha. Se oye distintamente, si bien pareciendo venir desde muy lejos, un psalmo cantado por una voz masculina. ELIAS está conmovido. RAQUEL entra sigilosamente por la puerta de la derecha, cerrándola tras sí. ELIAS le hace señas para que se detenga y escuche.

RAQUEL.—(*Muy conmovida y en voz baja.*) ¿Me dejas abrir la puerta del cuarto de mamá?

ELIAS.—¿Se ha despertado?

RAQUEL.—No; pero papá la escucha. Tranquilízate... (*Desaparece por la derecha, y transcurridos unos instantes vuelve á entrar, andando de puntillas y dejando la puerta abierta. Luego exclama con dulzura:*) Sonríe.

ELIAS.—(*En voz baja.*) ¡Raquel!

RAQUEL.—(*En el mismo tono.*) Elías, ya no puedo más.

ELIAS.—Ven aquí, Raquel (*la llama á la ventana*): ¿puedes soñar algo más delicioso que esto? ¡Mira... esa muchedumbre rodeando la iglesia! Y él permanece allí, y reza y canta, sin preocuparse de la gente que le espera... ¿Ves?... las ventanas están abiertas... pero están demasiado altas para que él pueda distinguir... ¡Y pensar que todo eso lo hace á expensas de su vida!... ¿Te acuerdas?... Hablaba de una cadena de plegarias alrededor de nuestra madre. Pues esa es la cadena.

RAQUEL.—(*Pensativa.*) Sí... (*Óyese cantar; ambos escuchan.*) ¡Cuántas veces canta hoy!

ELIAS.—¿Quieres cerrar las puertas?... ¡Tengo tantas cosas que decirte! Vine á buscarte dos veces.

RAQUEL.—(*Sale con sigilo por la derecha y vuelve á entrar, cerrando tras sí la puerta. Después habla más alto.*) ¡Si tú supieras cuánta gente ha venido esta tarde!

ELIAS.—No se puede distinguir bien á todos desde aquí, porque hay mucha gente escuchando, al aire libre, los sermones que se pronuncian en este instante; allí, por lo menos, no molestarán á nuestro padre... á intervalos aparecen algunos entre el bosque y la iglesia... míralos allí, abajo, cerca de la ladera.

RAQUEL.—¡Oh! ¿Qué ocurrirá?... mira... hay centenares. Todo está cubierto de gente; ¿qué es eso?

ELIAS.—Es el barco de la misión que ha llegado.

RAQUEL.—¿El barco de la misión?... ¿Qué misión?

ELIAS.—¿Cómo? ¿Ignoras que se ha organizado una misión en Bergen y en Trondjhem... y que han alquilado un barco los que la constituyen?... Pues acaba de llegar y está anclado en el *fjhord*.

RAQUEL.—¿Aquí?

ELIAS.—Sí.

RAQUEL.—¿Para qué desembarcan?

ELIAS.—¡Para presenciar el milagro!... En este momento acaban de pasar el pastor Krojer y otros.

RAQUEL.—¡Ah!

ELIAS.—Les contaron, sin duda, lo que ha ocurrido, y que nuestro padre estaba en la iglesia rezando.

RAQUEL.—¡Ya comprendo!

ELIAS.—No hubo ni uno solo que consintiese en proseguir su camino, todos quisieron detenerse aquí. Por más que les rogaron el obispo y los pastores, no pudieron vencer su deseo de quedarse. Allí están todos ahora.

RAQUEL.—¿También los pastores?

ELIAS.—No sólo los pastores, sino el propio obispo.

RAQUEL.—Supongo que no vendrán... Te digo esto porque si vienen tendrás que vestirte...

ELIAS.—No puedo soportarlos.

RAQUEL.—¿Los vestidos, no puedes soportarlos?

ELIAS.—No; ¡si tú supieras!... Me abrasan las carnes cuando me los pongo... y después me parece... que siento una necesidad de volar... No puedo darte cuenta exacta de lo que siento, pero... no obstante, á veces me parece que podría hacerlo.

RAQUEL.—Pero Elías...

ELIAS.—(*En la ventana.*) ¡Es él, es él!

RAQUEL.—(*Asombrada.*) ¡Él! ¿Quién es él?

ELIAS.—Sí; es él... ¡mira, mira! Lo han dejado allí esta mañana, enfermo, agotado... ¡Si le hubieras visto!... Y ahora anda como los otros. ¿Lo ves allá abajo?... Ayer nadie esperaba eso. Nuestro padre es más grande y más fuerte que nosotros. Obrará el milagro con nuestra madre también.

RAQUEL.—Lo sé; se va á levantar. La espero de un momento á otro. ¡Y si tú supieras qué miedo tengo! ¿Por qué me miras así, Elías?

ELIAS.—Te miro así porque de vez en cuando, al oirte hablar... me parece que las frases salen de tu boca impregnadas de poesía; imagino que es un cántico lo que escucho... y cuando otros hablan...

RAQUEL.—¡Elías!

ELIAS.—Muchas veces, por ejemplo, no oigo más que una dulcísima armonía, cuyas notas se me escapan. Y al mismo

tiempo me parece percibir también otra cosa que no se compone de palabras...

RAQUEL.—¿Sin palabras?

ELIAS.—Como si nuestro padre me llamara por mi nombre... ¡Elías! ¡Elías!... Cuando le oigo paréceme que me dirige un reproche... Veces hay que esto se convierte en un verdadero suplicio y siento en mi ser algo así como una fuerza invencible, que me impulsa á precipitarme en medio de los peligros, con la absoluta certidumbre de que saldré de ellos sano y salvo... No tengas miedo, hermana mía, no hay nadie.

RAQUEL.—Elías, ¿quieres venir á sentarte conmigo en el cuarto de nuestra madre? ¡Allí todo está tan tranquilo!

ELIAS.—No puedo... Respóndeme, Raquel. Delante de Dios, ¿qué es lo que crees tú? ¿Es verdaderamente milagroso lo que nuestro padre ha hecho?

RAQUEL.—¡Oh, Dios! ¡Elías! ¿Por qué me haces siempre esa pregunta?

ELIAS.—Y ¿no te parece horrible que los solos seres que quizás dudan de él todavía sean precisamente sus hijos? Daría con gusto mi vida por cerciorarme de ello.

RAQUEL.—Elías... ¡calla, te lo suplico!

ELÍAS.—¡Hermana mía, quiero conocer tu opinión! ¿El haberse apartado la roca no te parece demasiado grandioso para ser efecto de la casualidad? ¿Y el sueño de nuestra madre?... Nuestra madre, en el instante mismo que comenzaba á tocar la campana... durmió; desde que él ruega ella duerme. ¿No será eso un milagro?

RAQUEL.—Sí, hermano mío; yo casi creo que esto es un milagro!

ELIAS.—¿Verdad?

RAQUEL.—Sin embargo, tengo miedo aún.

ELIAS.—¿Miedo?... Entonces ¿es que tú no crees en la existencia del milagro?

RAQUEL.—¡Oh, sí!

ELIAS.—Ni la fuerza magnética, ni la sola fuerza de voluntad... pueden crear eso. Hay algo inexplicable que excede á

toda fuerza humana y que no sé qué nombre darle... ¿Será el milagro? (*Pausa.*) ¿En qué piensas?

RAQUEL.—¡Pienso en lo porvenir! ¿Qué sucederá cuando nuestra madre abandone el lecho? Porque levantarse no basta... Después...

ELIAS.—¿Cómo después?

RAQUEL.—¡Sí! Después es necesario que viva. (*Rompe en fuertes sollozos.*)

ELIAS.—¡Raquel!

RAQUEL.—Nuestra madre no tendrá fuerza para resistir. Estoy segura de ello. Y él quiere ir más allá, aun cuando...

ELIAS.—Pero ¿con qué?

RAQUEL.—¿Con qué? Pues con... con... lo que hace ahora...

ELIAS.—Pero ¿crees que será un milagro, Raquel? Entonces ¿por qué sientes miedo?

RAQUEL.—No sé. En el fondo... me importa poco lo que pueda suceder; pero ya verás como al fin nos mata á todos.

ELIAS.—¿El milagro?

RAQUEL.—Sí, el milagro... porque no es Dios quien lo ha hecho, sino el diablo... ¡Elías!... (*Atrae á Elías hacia sí.*)

ELIAS.—¿Qué?

RAQUEL.—Elías, mira... allí... hay un hombre... tiene un aspecto extraño... está muy pálido.

ELIAS.—Lleva abotonada de arriba abajo la levita.

RAQUEL.—Sí; ¿tú le ves?... ¡allí! (*Da un grito de terror.*) ¡Allí! ¡allí! ¡está allí!... á la entrada. ¡Elías! ¡allí! (*Se retira espantada.*)

ELIAS.—¿Á la entrada?... ¿él? (*Un desconocido se adelanta hacia el umbral de la puerta y mira en torno suyo.*)

ESCENA II

ELIAS y el DESCONOCIDO

ELIAS.—(*En el instante que aparece el desconocido.*) Es él...

EL DESCONOCIDO.—¿Se puede pasar?

ELIAS.—¿Quién es usted?

EL DESCONOCIDO.—¿Le importa saberlo?

ELIAS.—Me parece que le vi aquí ayer.

EL DESCONOCIDO.—Efectivamente; vine desde la montaña.

ELIAS.—¿Desde la montaña?

EL DESCONOCIDO.—Estaba en la cumbre cuando se desprendió la roca, y he visto...

ELIAS.—¿Usted?

EL DESCONOCIDO.—¡Y escuché la campana de la iglesia! Y he visto levantarse á la enferma en cuanto vuestro padre comenzó á rezar... y ahora estoy aquí para preguntaros si vuestra madre sigue durmiendo.

ELIAS.—Sí.

EL DESCONOCIDO.—Si se levanta, pasará por aquí, ¿verdad? Irá á la iglesia á buscar á su esposo.

ELIAS.—No entiendo lo que quiere usted decir.

EL DESCONOCIDO.—Les suplico que me dejen ustedes esperarla aquí... ¡déjenme verla! ¡Sería tan dichoso!... ¡tan dichoso!... No tengan ustedes miedo. Siento incomodarles, y no hubiera venido si una fuerza superior no me obligase. Pero era necesario que viniese. No he podido resistir al deseo de verla... ¿Me dejan ustedes?

ELIAS.—¡Sí!

EL DESCONOCIDO.—¡Oh! ¡gracias!... ¡Les aseguro que este día será el más feliz de mi existencia! (*Sale.*)

ESCENA III

ELIAS y KROJER

ELIAS.—(*Repitiendo maquinalmente.*) ¡Este día será el más feliz de mi existencia!... ¿Qué quiere decir ese hombre? (*El pastor Krojer entra.*) Krojer... ¿tú, tú le has visto salir... por allí, por la derecha?...

KROJER.—¡Sí!... ¿Quién es ese?

ELIAS.—¿No le conoces?

KROJER.—¡No!

ELIAS.—¡Qué hombre tan extraño!... (*Hablando consigo.*) ¡Este día será el más feliz de mi existencia!... ¡Sí... ¡eso es!... ¡eso ha dicho! ¡Dios!...

KROJER.—¡Yo sabía muy bien que este día sería para ti un gran día, Elías! Para convencerse de ello basta ver esa muchedumbre que espera, rezando alrededor de la iglesia... Y él, que lo ignora, rezando en su interior...

ELÍAS.—Es verdad... Quiero tener calma y no sentir dudas ni angustias; ¡este día debe ser para mí muy grande!... ¡Si tú supieras lo que he sufrido y cuánto he luchado para alcanzar la fe!... y ¡nada! ¡nada! Y después, repentinamente, sin que yo pueda explicármelo... ¡qué paz tan profunda siento en mi corazón!... Ven, hablaremos un rato.

KROJER.—No, ahora no. Tengo que hacerte un encargo.

ELIAS.—¿Un encargo para mí? ¿De parte de quién?

KROJER.—Yo he vuelto en el barco de la misión.

ELIAS.—Lo sé.

KROJER.—Y el obispo y los pastores me han rogado que te pregunte si podrías cederles esta sala...

ELIAS.—¡Esta sala! ¿para qué?

Krojer.—Quieren... reflexionar. Y no hallo lugar más á propósito ni más tranquilo que este.

Elias.—Sí, pero... ¿no te parece que esta... especie de... tribunal en medio de...?

Krojer.—Al contrario, nuestra presencia imprime al acto valor de consagración... ¿Quién se atreverá á negar el milagro?

Elias.—De todos modos, me parece que eso es mezclarse en asuntos ajenos.

Krojer.—Tranquilízate; yo me encargo de todo... Las dos puertas de la habitación de tu madre, ¿están cerradas?

Elias.—Sí. Voy á reunirme con ellos; todos esperan que suceda hoy... algo extraordinario, y tienen razón... porque ¡sucederá! (*Sale.*)

Krojer.—(*Siguiéndole.*) Roguemos á Dios, Elías.

ESCENA IV

Krojer, El obispo y Los pastores

Krojer.—(*Entrando por la izquierda.*) ¡Entrad! (*El obispo y los pastores entran.*)

Blake.—Señores, si hay alguna persona entre nosotros que conozca la casa, debe traernos algo que comer.

El obispo.—Tenemos muy mal semblante... ¡Después del mareo!

Brej.—¡Todo se lo hemos echado á los peces!

El obispo.—Precisamente en el momento en que nos disponíamos á comer...

Brej.—Llegó á nuestros oídos la noticia del milagro.

Falk.—¡Qué hambre tengo!

Krojer.—Temo no encontrar nada que satisfaga nuestro apetito... En fin, ¡voy á ver! (*Sale.*)

JENSEN.—(*Sentado.*) Por el momento... no vendrían mal unas perdices...

FALK.—(*Dolorosamente.*) Perdices...

BLANK.—¡Perdices!

OTROS PASTORES.—(*Admirados.*) ¿Vamos á tener perdices?

KROJER.—(*Volviendo á entrar, responde en el mismo instante:*) ¡Ay de mí! He recorrido la cocina y el comedor y... ¡nada!

FALK.—¡Dios mío, qué hambre tengo!

OBISPO.—Vaya, amigos míos, nada de poner cara compungida. Puesto que no hay perdices, pasaremos sin ellas. Y volvamos á nuestro asunto... Servíos tomar asiento. ¡Señores!... Os recomiendo desde luego la mayor circunspección, pues, como sabéis, en esta casa hay una enferma. Por mi parte estimo que, en casos difíciles como el en que nos encontramos, debemos los pastores mantenernos, en general, dentro de una prudente neutralidad. Ni aprobación oficial, ni desaprobación de ninguna especie... hasta que los hechos hayan sido establecidos y exactamente comprobados. Por esta razón mostraba yo esta mañana empeño decidido en que la misión continuara su camino. Pero como eso no dependía de mí, hubo que hacer alto en este lugar.

LOS PASTORES.—(*Murmurando entre ellos.*) Sí, hemos tenido que detenernos aquí.

OBISPO.—Aquí era donde se había efectuado el milagro. ¡Yo á nadie reprocho por ello! Pero seguramente se nos pedirá nuestra opinión acerca de este milagro. ¡Y yo quiero conocer la vuestra!

KROJER.—Si su excelencia me permite, diré que... no tenemos más que dos: ó creemos verdaderamento en el milagro y obramos según nuestra opinión ó... no creemos en el milagro y obramos lo mismo, según nuestra opinión.

OBISPO.—¡Yo creo que hay una tercera, amigo mío!

LOS PASTORES.—(*Murmurando entre ellos.*) Sí, sí, es verdad; hay una tercera.

OBISPO.—Vosotros sabéis que, cuanto más se avanza por el

camino de la vida, más difícil es formar una opinión... sobre todo si se trata de cosas sobrenaturales. Por otra parte, carecemos también de tiempo y medios para informarnos. Suponed el efecto que produciría, en los tiempos de duda que atravésamos, una pública disénsión entre nosotros, para saber si efectivamente han ocurrido milagros en una apartada aldea de Nordlandia... (*Pausa.*) Me parece que Blank ha pedido la palabra...

Blank.—Si no he comprendido mal á vuecencia, no se trata actualmente de saber con certeza si hubo ó no milagro. Eso interesa á Dios, y no á nosotros.

Obispo.—¡Eso interesa á Dios! ¡Tú has encontrado la palabra exacta!

Blank.—Yo, por mi parte, creo que los milagros obedecen á una ley real, aunque nosotros no la veamos claramente. Esta es la opinión que ha emitido el profesor Petersen...

Falk.—¡Ah, sí! en un libro inédito...

Blank.—Pero que ha de publicar pasados que sean algunos años. Y si esto es así, ¿qué bien nos puede reportar que veamos los milagros ó no?... Si nuestros feligreses creen verlos, nosotros debemos con ellos dar gracias al Señor...

Obispo.—¿De modo que, en tu opinión, es absolutamente preciso reconocer el milagro?

Blank.—¡De ninguna manera! Ni lo uno ni lo otro. Basta con dar gracias al Señor.

Obispo.—No, no, Blank; no podemos resolver cuestión tan ardua cantando salmos.

Jensen.—Todos los milagros deben examinarse minuciosamente, y para hacerlo así es preciso reunir pruebas de un técnico; por ejemplo, de un médico. Sólo después podremos emitir nuestro juicio intelectual con toda certidumbre. Debemos tener sobre ellos una opinión clara. Quizá entonces se verá que nunca los milagros se presentan suscitados por la curiosidad general, sino que, muy al contrario, hacen su aparición en ambientes tranquilos, sosegados, silenciosos y no se revelan sino á las gentes sencillas y melancólicas.

KROJER.—Permitidme una observación. No hay personas más dadas á supersticiones que las recogidas, las sencillas. Rehusan frecuentemente, y por desconfianza, creer en cosas cuya evidencia á nadie escapa, y caen en temores inexplicables, emanados, según ellas, de fuerzas absolutamente invisibles.

FALK.—Lo que yo desearía saber es por qué estamos aquí divagando en torno de una idea como aves nocturnas. (*Algunos pastores prorrumpen en risas.*)

OBISPO.—Recordad que hay una enferma al lado.

FALK.—Todo milagro no reconocido por la autoridad eclesiástica, ni consagrado por los obispos en presencia del rey, no es más que la obra de un impostor, de un funámbulo ó de un bandido (*El obispo y los pastores ríen.*) Es muy hermosa la sencillez. Yo también he sido sencillo, pero cuando se es pastor en una gran ciudad y se necesita adoptar aire dolorido á la una, cara alegre para un matrimonio á las tres, se aprende á desconfiar de las personas y á no tener confianza más que en las instituciones, y toda institución milagrosa perece forzosamente. Mirad la Iglesia católica, que ha hecho del milagro una institución: está hoy abandonada de todas las personas sensatas, sin más prosélitos que los imbéciles y los egoístas. Encontrábame yo cierta vez en una reunión en que sólo había señoras; de repente á una de ellas le da un ataque convulsivo, y luego á otra, y más tarde á otra, hasta seis. Pues ¿sabéis lo que hice? Tomé un vaso de agua y con ella les rocié la frente; á unas para curarlas, á otras para preservarlas del mal. (*Explosión de risas.*)

OBISPO.—Callad, Falk, callad.

FALK.—Os aseguro que el agua en estos casos es de resultados excelentes (*Nuevas risas.*)

KROJER.—Yo estoy seguro de que si Falk hubiese visto á esta anciana, terminaría por creer en milagro tan indisputable... Estaba ya muerta en brazos de Ágata Florbajen. Vino Sang, se puso á rezar, cogió una mano á la anciana y la anciana se levantó. Creedme, porque yo lo he visto. Hablar con

Ágata, eso es mucho más práctico que nuestras discusiones. Nos falta espíritu para hacer milagros y fuerza para pedírselos á Dios, y es necesario que obremos como si pudiéramos prescindir de ellos ó como si los hiciéramos verdaderamente. Este es uno de esos milagros á los que pueden aplicarse las palabras de la Escritura: «Todos los que veían creían». Yo estoy seguro que publicaréis este milagro por todas partes. (*Los pastores, sobre todo los más ancianos, parecen conmovidos.*) Porque, ¿qué es de nuestra religión sin milagros?

ELIAS.—(*Entrando por el fondo.*) Perdón, señores; la viuda del pastor desea ver á mi madre. (*Todos se levantan; la anciana y Ágata aparecen en la puerta; los pastores se retiran hacia el fondo.*)

LA VIUDA DEL PASTOR.—(*En la puerta.*) Déjame, Ágata; necesito estar sola, porque donde el Señor pisa es tierra sagrada. Voy á verla, y para eso es necesario que me quede sola. (*Se adelanta hablando hasta la habitación de Clara; se inclina, y después levanta las manos al cielo transportada.*) Está muy blanca; está resplandeciente. Así es como yo me la imaginaba, muy resplandeciente. Ahora que la he visto, siento como si una luz celestial llegase á mí. (*Á Ágata.*) Gracias, Ágata, por haberme dejado sola (*Salen.*)

KROJER.—(*Dirigiéndose á los pastores.*) Vuestras caras también están llenas de luz, como si recibieran el reflejo de esos seres milagrosos.

JENSEN.—¿Consideráis la conversión como un milagro?

KROJER.—De ningún modo. Porque lo que nosotros llamamos «conversión milagrosa» tiene sus causas directas en el alma. Además, se la encuentra en todas las religiones y aun en el simple orden moral, aunque entonces permanece oculta. Una religión que, como el cristianismo, descansa sobre el milagro, y que con el tiempo ha ido perdiendo la fuerza para creerlos y para realizarlos, ¿qué es esencialmente? Un conjunto de preceptos morales.

FALK.—El fundamento del cristianismo no es el milagro, es la creencia en la resurrección.

KROJER.—Esa creencia es común á todas las religiones.

FALK.—Sí, pero sin fe, sin abnegación...

KROJER.—¿Sin abnegación? El cristianismo no inventó los mártires. Esa necesidad de vivir y morir por lo que se ama, existía antes y existe ahora en nuestros días, manifestándose de mil maneras.

OBISPO.—Entonces ¿cómo entendéis nuestra religión?

KROJER.—Para mí la religión cristiana es algo más que una doctrina moral. Porque doctrinas morales las hay más bellas y más perfectas... La religión cristiana es algo más que una abnegación. Es una vida en Dios más allá de este mundo... Algo más excelso que la adhesión á una causa ó que el sacrificio á una idea cualquiera. Si no fuese así, ya no existiría...

EL DESCONOCIDO.—(*Entrando por la puerta del fondo.*) Pido la palabra. (*Todos los pastores se vuelven hacia él; algunos se levantan.*)

OBISPO.—¡Es Bratt!

ALGUNOS PASTORES.—Es el pastor Bratt.

BRATT.—Sí; he venido á presenciar el milagro. ¿Puedo hablar?

OBISPO.—Habla.

BRATT.—Yo hace ya tiempo que me pregunto dónde están esos milagros que Dios ha prometido á los que creen en él. Después de mil ochocientos años de luchas y de plegarias, no hay sobre la tierra un solo hombre capaz de hacer un milagro, algo que exceda á las fuerzas de los demás hombres. Y la promesa de Dios se ha perdido ya para siempre. Ni los deseos ni las tristezas de todos los que creen, pueden engendrar un sér capaz de hacer válidas las palabras de la Escritura: «Todos los que veían creían.» En cambio, miles y miles de almas caen en el pecado, que á pesar de la promesa, el milagro no llega. Los hombres de nuestros días no se acomodan con la fe ciega de nuestros antepasados. No es que la creencia se haya debilitado; es que se ha esclarecido. (*Los pastores están conmovidos.*) La religión no es el único ideal de los hombres; si debe

serlo, tiempo es ya de que Tú se lo muestres con un milagro que al superar á las demás ideas, patria, familia, por las que todavía el hombre sacrifica su vida, le dejes entrever esa vida que está más allá de todas las ideas y de todas las creencias.

FALK.—Recordad las palabras de la Escritura, con motivo de los que rehusan creer si no ven nada.

BRATT.—No; si no pedimos más que una prueba, la que Dios ha prometido á los que creen. Venga el milagro prometido, el milagro del que se puede decir que todos los que lo vieron creyeron, y os convenceréis de que no es la fe lo que falta, sino el milagro. La gente se encuentra demasiado inclinada á creer sin pruebas. Todo el que haya estudiado medianamente la sociedad, sabe demasiado que en la duda más desesperada está el fundamento más firme de la fe. El pueblo cae en la superstición porque carece de milagros en que apoyar su certidumbre.

ALGUNOS PASTORES.—Eso es verdad.

BRATT.—¡Ah, si un milagro se mostrase entre nosotros! Un milagro tal, que todos los que lo vieran creyesen... ¡Ya veríais como los que sufren, los que han hambre y sed de justicia, los miserables, los menesterosos, los tristes, al ver que el reino de Dios, el verdadero, el único, volvía sobre la tierra, vendrían á millares desde las ciudades y desde los campos, sanos ó enfermos, anhelantes de acudir al llamamiento del Eterno. Y con estos miserables se mezclarían también los que buscan la verdad aquí en la tierra, pensadores, filósofos; todos vendrían á reavivar su fe. Y entonces veríamos como no es ni el amor á la verdad ni la fe lo que falta, sino el milagro anunciado. Y aun los que hasta aquí hubieran considerado el milagro como imposible, todos esos espíritus frívolos é indiferentes creerían. Pero lo que nos falta es la prueba, esa prueba que Dios ha prometido al que tiene fe. Mis fuerzas están ya agotadas, no puedo más. Yo renuncio al sacerdocio, á la Iglesia, á la fe. Sí, sí... (*Solloza.*)

OBISPO.—Hijo mío, no debes...

BRATT.—No me habléis, os lo suplico. Ayudadme á rezar,

porque si el milagro no se hace aquí es que no existe, es que es imposible. El hombre en cuya casa estamos es el más noble y el más santo que ha pisado la tierra. Nadie vió fe como la suya y jamás las gentes creyeron en un hombre tanto como en este.

TODOS.—Es verdad.

BRATT.—Y en el fondo, lo que acontece es muy lógico. Cuando Sang vino aquí era muy rico y ya no tiene nada. Mil veces ha sacrificado su existencia para salvar las de sus semejantes; por millares cuentan sus milagros estas gentes sencillas. Tantas maravillas decían de él, que yo no creía ninguna.

ALGUNOS PASTORES.—(*En voz baja.*) Ni nosotros tampoco.

BRATT.—Y en realidad, nada nos autorizaba á desconfiar, como yo al menos lo hice, y por cuya desconfianza le pido perdón desde lo más profundo de mi alma. (*En este momento un rayo de sol poniente ilumina el crucifijo colocado sobre la puerta del fondo.*)

JENSEN.—(*A media voz.*) Mirad la cruz. ¿Es el sol ó qué?

BRATT.—Yo no sé lo que es; pero estad seguros que si el milagro se opera, habrá millones de seres que lo vean. Acaso todo el mundo lo vea menos nosotros. ¿Es posible que nosotros no lo veamos? ¿Tendremos los corazones tan endurecidos y el fervor tan apagado y el espíritu tan lleno de nieblas?

TODOS.—Tenemos ojos y no vemos.

BRATT.—Miro á mi alrededor y contemplo esta aldea desolada, perdida en el fondo de un valle noruego, donde á las tardes rompen el silencio los graznidos de las gaviotas, y pienso cuán maravilloso no sería que el reino de Dios que se abrió un día á los hombres en el país del Sol resucitase de nuevo en todo su esplendor en un rincón ignorado en medio de nieves perpetuas. (*Pausa.*) Y yo creo que este es un momento sagrado... Que el milagro debe venir... (*Todos se levantan.*)

OBISPO.—(*A media voz.*) ¡Oh, si yo lo pudiese ver!

BLANK.—¡Oh, si Dios quisiera reservarnos esta gracia! No la merecemos, no, pero... (*Blank cae de rodillas.*)

Bratt.—Todos ansiamos el milagro que existe, y que se manifestará, porque la fe lo puede todo. (*Todos caen de rodillas.*)

Los pastores.—¡La fe lo puede todo!

Bratt.—Y si ella no lo puede, es que todo es mentira, es que el mundo es una mentira y que más allá de todas las cosas comienza una inmensidad desconocida, sin límites...

ESCENA V

Los mismos, Raquel, Elias, Clara y Sang

Raquel.—(*Llamando con voz muy angustiada.*) ¡Elías, Elías! (*Entra corriendo por la derecha, abre la ventana y grita con todas sus fuerzas.*) ¡Elías, Elías! (*Va á arrojarse por la ventana y Krojer la detiene.*) ¡Allí, allí! ¡Mirad allí! (*Todos se levantan; Elías aparece por el fondo y Raquel se precipita en sus brazos.*)

Elías.—¿Se ha levantado?

Raquel.—Sí... sí.

Elías.—¿Anda?

Raquel.—¡Sí! Pero no está sola.

Elias.—Es preciso que todo el mundo lo sepa. Iré á la iglesia; subiré á la torre y desde allí lo anunciaré al mundo entero. (*Sale.*)

Obispo.—Escuchad. (*Se oye un cántico que viene de la iglesia.*)

¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Los pastores.—(*Caen de rodillas elevando los brazos al cielo. Al mismo tiempo entra Clara vestida de blanco mirando hacia la iglesia. A media voz los pastores cantan.*)

¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Aleluya! ¡Aleluya!

(*Se oye la voz de Sang cantar.*)

¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Aleluya! ¡Aleluya!

(*Suena la campana de la iglesia. En todos los cánticos vibra una alegría delirante, hay un clamor como de millares de voces confundidas. Los campesinos de los alrededores acuden en tropel. Sang aparece en la puerta del fondo, los rayos del sol poniente ponen un nimbo en la calma de su rostro apostólico. Todos se levantan. Sang tiende los brazos á Clara, que le abraza. Los cánticos siguen. Muchos curiosos penetran en la sala por las ventanas. Van cesando poco á poco los cánticos; sólo la campana de la iglesia sigue sonando. Clara hace un esfuerzo por desasirse de los brazos de Sang, pero no puede; su cabeza se inclina de nuevo en un desfallecimiento mortal.*)

CLARA.—¡Cómo resplandecías cuando has llegado, amado mío!...

SANG.—(*Que la tiene en los brazos, pone su mano sobre el corazón, después levanta los ojos al cielo.*) No era eso lo que yo... (*Pone una rodilla en tierra y acuesta lentamente el cadáver de Clara en el suelo y sigue diciendo como abstraído:*) No era eso lo que yo... (*Lleva su mano al corazón y cae. Raquel, que ha permanecido con la vista fija en él, da un grito y se arrodilla ante los cadáveres de Sang y Clara.*)

KROJER.—¿Qué quería decir con el «no era eso lo que yo?...»

BRATT.—Yo no lo sé... Pero él también ha muerto.

RAQUEL.—(*Como despertándose.*) ¿Muerto?... ¡Imposible! (*Sigue sonando la campana.*)

TELÓN

FIN DE LA PRIMERA PARTE



MAS ALLA DE LAS FUERZAS HUMANAS

(Segunda parte)

DRAMA SOCIAL EN CUATRO ACTOS

Al actor Tallavi dedica esta traducción

P. G. B.

PERSONAJES

BRATT.
ELIAS SANG.
HOLGER.
EL PASTOR FALK.
OTTO HERRE.
ANDRÉS KOLL (*Ratón*).
HALDEN.

Obreros:
HANS BRAA.
HANS HOLSEN.
PEER STUA.
ENRIQUE SEM.
ASPELUND.

Industriales:
MÓ.
ANKER.
JUAN SVERD.
KETIL.
BLOM.

ANDRÉS HŒL, el viejo.
UNA VOZ DE HOMBRE.
UN HOMBRE VESTIDO DE NEGRO.
RAQUEL.
ELSA.
SPERA.
CREDO.
UNA MUJER VIEJA.
UNA VOZ DE MUJER.

ACTO PRIMERO

La escena en una aldea de obreros llamada *El Infierno* por su situación en las vertientes escarpadas de una montaña cortada á pico. Á lo lejos, hacia la derecha, el mar. Por la montaña chozas de pescadores, algunas casas con escalera exterior y otras de corte ciudadano. Hacia la playa lanchones arrumbados. Un puente del ferrocarril une las dos vertientes. Abajo la plaza de la aldea, especie de mercado con una fuente en medio En el primer plano, á la derecha, una casa en ruinas con los cristales rotos y la puerta medio arrancada. Una muestra con el rótulo «El Infierno» ha quedado suspendida en el aire de un brazo ya doblado. Se oye el ruido continuo de máquinas, silbidos de locomotoras, trenes que cruzan pesadamente el puente y rumores confusos de carruajes y caballos.

ESCENA I

RATÓN, OTTO HERRE, ELSA, EL PASTOR FALK, UNA VOZ DE MUJER, UN GRUPO DE OBREROS

(*Antes de levantar el telón se oye un canto fúnebre; en el momento de alzarse, la plaza está llena de obreros, mujeres y niños. De una de las casas de la izquierda salen cuatro hombres con un féretro; después otros con otro féretro de niño; por fin otros con un féretro como de reciennacido. Los hombres se descubren; algunos, y las mujeres sobre todo, lloran y se lamentan. El cortejo se pone en marcha con el pastor Falk revestido de sacerdote, que lleva de la mano á un anciano ciego á la cabeza; avanza lentamente; todo el mundo se une al cortejo.*

Desparecen por la derecha, se supone que suben hacia la montaña. Durante algún tiempo se oye la salmodia fúnebre con un tono apagado, lejano. De la casa ruinosa, que está en el primer plano, sale un hombre viejo vestido con un abrigo largo; vacila como quien ignorase qué rumbo tomar; contempla las ruinas algunos instantes y por fin se sienta en los escalones que hay á la puerta de la casa. Por donde acaba de desaparecer el cortejo llega un hombre con un traje usado, grasiento, casi haraposo; tiene la cara roja y tumefacta y los cabellos cortos y obscuros. Descubre al hombre que está sentado en los escalones, se detiene y después se sienta lentamente junto á él.)

RATÓN.—(*Entre dientes.*) Ya lo han soltado.

OTTO HERRE.—¡Pobre *Ratón,* bien arreglado te dejaron tu agujero!

RATÓN.—(*En voz baja.*) Lo sabe todo.

OTTO.—(*Mirándole con una sonrisa irónica.*) Las ventanas así sin cristales hacen muy bien; el rótulo parece un vaso quebrado que se fuera vaciando gota á gota; la escalera arrebatada por el huracán, que ha trastornado tu destino, y tú mismo, ¡pobre náufrago! agarrándote desesperadamente á la última tabla del navío de tu vida. (*Andrés Koll suspira sin contestar.*) ¿Y la puerta? (*Con un gesto de admiración declamatoria.*) Esta magnífica puerta de taberna, que ha visto entrar á tantos miserables y salir á tantos reyes. Tiene un cierto aire de borracho á quien se arroja de la taberna. (*Señalando á la casa.*) Ahí está la obra de los hombres de bien cuando se mezclan en estas cosas.

RATÓN.—Pero ¿se sabe esto ya en la cárcel?

OTTO.—(*Sin contestar, mirando por la ventana.*) ¡Bueno te han dejado también el mobiliario! Las botellas y los vasos parece que han bailado una zarabanda desordenada.

RATÓN.—Ten cuidado con los pies, que todavía está el suelo sembrado de pedazos de vidrio.

OTTO.—¿Y las barricas? (*Ratón suspira.*) Sin duda, el celo eclesiástico ha hecho de ellas cascadas de aguardiente.

RATÓN.—Desde ahí soliviantaban á los otros.

Otto.—Aquí no hay autoridad; este Infierno es una anarquía. ¿Y no te habías quejado?

Ratón.—¿Para qué? Si me hubiese quejado, á estas horas acaso no estaría aquí. Los hombres en huelga son como fieras, como locos furiosos que todo lo derriban, que todo lo destrozan. Además, Bratt estaba de su parte.

Otto.—Todo porque Margen se volvió loca.

Ratón.—De lo cual yo no tengo maldita la culpa.

Otto.—¿Recuerdas á sus dos hijas? ¡Cuántas veces las he visto jugar aquí, en esta plaza, con los vestidos desgarrados y el cabello rubio ondeando al viento de la tarde!

Ratón.—Margen mató primero á sus hijas.

Otto.—Primero á sus hijas. Después murió ella. Como Medea.

Ratón.—Bueno. ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

Otto.—En tu casa compró el aguardiente con el que se preparaba á bien morir.

Ratón.—Si yo hubiese presumido... (*Con aire de desconsuelo.*)

Otto.—No te apures. Los hombres jamás deben apurarse por lo que les pasa á los demás. Lo que me extraña es que el pueblo no haya recobrado la razón viendo correr el aguardiente.

Ratón.—Corría de tal modo que la calle se convirtió en un charco. El pastor Bratt, ese dios de este Infierno, se regocijaba de verlo correr entre sus pies.

Otto.—Bratt y yo somos antiguos camaradas. No lo vi en el entierro de Margen.

Ratón.—Ahora apenas sale de la oficina. Él es quien ha organizado la huelga y quien la sostiene. (*Entra Elsa, una hermosa muchacha de cabellos rojos.*) Ya está aquí Elsa.

Otto.—¡Salud, hermosa! ¿Qué buscas por aquí?

Elsa.—Lo que á ti no te importa, hambriento. ¿Te soltaron ya?

Otto.—Ya lo ves. ¿Y cómo no has asistido al entierro de Margen?

Elsa.—Acaso por los mismos motivos por que tú te has quedado aquí.

Otto.—Tienes razón. No hubiera podido contenerme y hubiera dicho lo que hace tiempo callan mi corazón y mi lengua. Porque no es esa Margen tan buena, tan apacible, la que asesinó á sus hijas para después suprimirse ella. Los asesinos son todos los que formaban el cortejo. La huelga la volvió loca. Veía claro el porvenir y presintió que le faltarían fuerzas para salvar á sus dos hijas de la vergüenza y del hambre en medio de todas estas fieras. La muerte las ha redimido.

Elsa.—Pienso lo mismo que tú.

Otto.—Cuando la sinceridad anida en los espíritus se entienden siempre los corazones.

Elsa.—Esto no se acabará hasta que nos hayan comido.

Una voz de hombre.—(*Por la izquierda*) Ó hasta que seamos nosotros los que los devoremos.

Ratón.—¿Quién ha dicho eso?

Otto.—Un espíritu que profetiza el porvenir. Uno que desde su choza desafía á los palacios.

Elsa.—(*Bajo á Ratón.*) Vengo á decirte que tengas cuidado. Dicen que vendes el aguardiente de contrabando.

Ratón.—Eso no es verdad.

Otto.—Sin embargo, en la chaqueta llevas una botella.

Ratón.—(*Sacando la botella del bolsillo.*) Es un encargo que me hicieron.

Otto.—Lo cual no impedirá que nosotros bebamos.

Elsa.—(*Después de echar un trago.*) Maravilloso aguardiente...

Otto.—Ya saben lo que hacen los que prohiben que nos deleitemos con este sueño de dioses.

Elsa.—(*Bajo á Otto.*) ¿Sabes tú lo que pienso? (*Aproximándose á él.*) Que debiéramos prender fuego á este pueblo en una noche de tempestad.

Otto.—Esta canalla encontraría medios de salvarse. Hay un procedimiento mejor. Debajo del pueblo, que, como tú sabes, está edificado sobre el lecho de un río, hay unas minas

que son las que necesitamos encontrar para llenarlas de dinamita y hacer que estalle este cadáver podrido.

RATÓN.—Y nosotros, ¿volaríamos también?

OTTO.—¡Qué importa! No podríamos escoger muerte más bella. Eso es penetrar en el sueño por las puertas áureas de la inmortalidad, rodeado de un cortejo triunfal de esclavos transfigurados. Después de una vida de trabajo, la muerte es un destino glorioso.

UNA VOZ DE MUJER.—(*Desde una altura.*) ¡Ya vuelven, ya están aquí!

OTTO.—¿Quiénes?

ELSA.—¿De quién hablas?

UNA VOZ DE MUJER.—De los del entierro. Miradlos allá abajo.

RATÓN.—(*Bajo.*) Esos subterráneos nadie los conoce. Parece ser que unos están llenos de agua y otros cegados...

ELSA.—Eso es lo que yo he oído decir.

OTTO.—(*Dirigiéndose al cortejo que vuelve.*) ¿Ya estáis ahí, raza ciega y cobarde?

UNA VOZ DE MUJER.—¡El pastor va con ellos!

OTTO.—¿Quién? ¿El pastor Bratt?

UNA VOZ DE MUJER.—No, el otro, el verdadero pastor.

RATÓN.—¿El pastor Falk?

OTTO.—Un charlatán como los demás. Nos conocimos de estudiantes.

ELSA.—Yo me marcho.

OTTO.—(*Bajo.*) Y yo voy contigo.

RATÓN.—(*A Otto.*) ¿Te atreverías á decirle eso al pastor Falk?

OTTO.—¿Eso? ¿Qué?

RATÓN.—Pues... eso que acabas de llamarle.

OTTO.—¿Charlatán?

RATÓN.—Sí; si se lo dices te doy una corona. ¡Palabra de honor!

OTTO.—(*Tendiendo la mano.*) Se lo diré ahora mismo. ¡Dámela!

RATÓN.—No; ahora no. ¿Y si después no se lo dices?

OTTO.—Ahora mismo voy á decírselo.

RATÓN.—Toma la mitad. Ya te daré después el resto. (*El cortejo llega y poco á poco los obreros van llenando la plaza. Un tren atraviesa el puente. El pastor Falk, en traje de seglar, viene separado de los demás. Cuando llega, Otto se acerca á él.*)

FALK.—¿Eres tú, Otto Herre, nuestro *magister bibendi?*

OTTO.—Yo mismo, reverendo padre... es decir, lo que de mí queda.

FALK.—(*Aparte.*) ¡Pobre hombre! (*Registrándose las bolsillos.*)

OTTO.—Los tiempos, reverendo, son muy malos.

FALK.—¡Fatales!... Pasa por mi casa cuando necesites algo. En este instante siento no llevar más que media corona... En fin... por si te puede aliviar algo, tómala.

OTTO.—¡Mil gracias! Siempre tuvisteis un corazón de oro. (*Sale.*)

RATÓN.—(*Que se había ocultado, entra en el momento que Otto se dispone á salir.*) ¿Y es eso todo lo que le has dicho?

OTTO.—¿Querías que lo insultase por media corona?

ESCENA II

EL PASTOR FALK, HANS BRAA, ANDRÉS KOLL, HANS ELSEN, ASPELUNT, BRATT, UNA VOZ DE HOMBRE, UNA VOZ DE MUJER y OBREROS.

FALK.—(*A Hans Braa.*) Este hombre cuando no bebe está siempre triste. ¡Ha sufrido tan rudas pruebas en su vida! Quizás yo no las hubiera podido resistir como él sin ahogarlas en alcohol.

BRAA.—Ya lo hemos observado algunas veces, señor pastor.

FALK.—(*Aparte.*) ¡Pobre hombre! rosa de Jericó mustia en la templada atmósfera de las estufas, brillante y olorosa en las mañanas primaverales... (*Se vuelve á los obreros.*) ¡Amigos míos! (*Se aproxima á él.*) Cuando os hablé ante el sepulcro abierto de la pobre Margen, añadí que necesitaba deciros al regreso algo que allí no convenía. Pues bien; ya estamos aquí. (*Sube la escalera. Los obreros se colocan en derredor.*) Mi primera y última palabra en el cementerio fué «no juzguemos á esta pobre mujer», el derecho de juzgar no sólo debe usarlo el que ha penetrado hasta lo más recóndito de nuestro pensamiento. ¡Dejemos en la paz de la muerte á esa pobre mártir! ¡Respetemos su memoria! ¡Dios la juzgará! Porque, creedme, el mayor peligro que ofrecen estas huelgas es que casi siempre se llega á la locura de la desesperación. Y no penséis que los que sucumben son los débiles y los cobardes, no; las verdaderas víctimas son, por regla general, las mejores, las que más profundamente sienten su miseria y más plena conciencia tienen de la responsabilidad en que incurren. (*Muestras de asentimiento en los obreros.*) No acuso á nadie. ¡Dios me libre! Vosotros conocéis, como yo, este tremendo corolario de las huelgas... ¡el hambre! Todos los que me escucháis habéis visto á vuestros hijos tender sus tiernas manos hacia su madre, exclamando: «¡mamá, pan! ¡mamá, pan!» (*Emoción general.*) Sabéis que diariamente entrego mi óbolo en la caja de la huelga.

UN OBRERO.—¡Eres la bondad misma!

OTROS.—¡Eres un hombre bueno!

FALK.—No hago más que cumplir con mi deber. Si así no lo hiciere no tendría ahora derecho á deciros lo que pienso. Una huelga de la importancia de ésta no puede, no debe durar mucho tiempo. Á pesar de los socorros recibidos, no es posible alimentar á todos los obreros sin trabajo. El pan empieza á escasear y el número de hambrientos crece de día en día. Bien reciente está el caso de Margen, caso que se repetirá, porque nada se contagia con tanta rapidez como la desesperación. Y

tal vez un día no muy lejano nadie podrá contener las fuerzas desencadenadas por la huelga. Oigo hablar aquí y allá de violencias, de asesinatos...

El anciano Andrés.—¡Sí, violencias y asesinatos!

Falk.—¿Qué dices, anciano?

Braa.—¡Siempre está con la misma cantinela!

Falk.—¡Dejadle hablar!

El anciano Andrés.—¡Mi pobre hija!...

Falk.—Duerme ya bajo la paz del cementerio.

El anciano Andrés.—No, no me refiero á Margen; hablo de mi otra hija, de la que estando sirviendo en casa de un burgués de la ciudad... fué violada...

Falk.—Dejemos eso, Andrés.

El anciano Andrés.—Pues ¿qué es eso más que un crimen?

Falk.—Sí, sí, Andres, un crimen. (*Queda silencioso un instante.*) Volviendo á lo que nos preocupa en este momento, repito que la desesperación es una compañera peligrosa. Habéis visto cómo comienza su obra, y no es justo que haya más víctimas, pues vosotros seríais los responsables.

Braa.—¡Los responsables son los patronos de la ciudad!

Falk.—Culpables somos todos.

Braa.—No, no; ¡ellos sólo son los culpables!

Falk.—No todos, Hans Braa.

Varios obreros.—No, no.

Falk.—Y vosotros, ¿sois inocentes?

Todos.—Sí, sí.

Falk.—(*Después de una pausa.*) Está bien; no hablemos más. El sufrimiento os hace injustos. Pero si estáis dispuestos á escuchar palabras de concordia, no debéis tratar á vuestros patronos como á ladrones...

Braa.—Todos lo son...

Varios obreros.—¡Ladrones!

Falk.—¡Los ladrones pueden arrepentirse!

Aspelund.—Estos no, ¡son unas fieras!

Falk.—¿Por qué tenéis siempre en la boca la injuria y la amenaza? Dejad que hagan eso los ricos... los que están acos-

tumbrados á dominar por la fuerza. No imitéis sus vicios. La pobreza tiene sus ventajas. No las malgastéis.

BRAA.—¿Has pasado tú por ella?

FALK.—Conozco á ricos y pobres, y sé que estos últimos disfrutan de satisfacciones que los hartos no alcanzarán jamás...

OLSEN.—¡Sí; las que proporcionan los piojos y los andrajos!

FALK.—No; las que dan el ser buenos, serviciales y caritativos, el sufrir en paciencia y el perdonar las injurias.

UNA VOZ DE HOMBRE.—(*Desde la izquierda.*) En la ciudad es donde debes predicar eso, no aquí. (*Todos miran hacia donde suena la voz.*)

FALK.—¡Ya lo hice! Yo no adulo ni á ricos ni á pobres.

UNA VOZ DE HOMBRE.—Es posible, pero nosotros no tenemos nada que ver con tus sermones.

UNA VOZ DE MUJER.—(*Desde la derecha.*) Más te valía escuchar con atención. ¡Piojoso!

UNA VOZ DE HOMBRE.—Cállate, ¡sabandija!

FALK.—No esperéis á que se apodere de vosotros la desesperación. Hay muchos que desean volver al trabajo.

OLSEN.—¡Que se atrevan!

ASPELUND.—No es verdad.

FALK.—A mi casa han venido á decírmelo.

CASI TODOS.—¿Quiénes son? Dinos sus nombres.

FALK.—(*Hace un signo con la mano y se restablece el silencio.*) ¡No os diré sus nombres porque serían víctimas de vuestras violencias! (*Profundo silencio.*) Pensad en el mañana... en vuestras mujeres y en vuestros hijos.

BRAA.—¡Qué nos importa el mañana! No seremos nosotros los responsables de lo que ocurra.

FALK.—Pero ¿tenéis lo necesario para vivir hasta que llegue ese día? ¿No? ¡Pues es preciso que toméis la vida tal como es! El Señor, que enciende el sol lo mismo para los buenos que para los malos, quiere poner á prueba vuestra paciencia, hasta que la hora de su justicia llegue.

UNA VOZ DE HOMBRE.—¡Déjanos de pamplinas!

Una voz de mujer.—¡Bratt viene!

Varios.—¿Es verdad?

Braa.—Sí, había prometido venir hoy.

Un obrero.—(*En el fondo.*) ¡Él es! (*Todos van en busca de Bratt. Quedan rodeando á Falk tres viejas.*)

Falk.—¿Cómo no vais á recibirle?

Una de las tres mujeres.—No podemos abandonarte. Eres la bondad.

Braa.—¡Viva Bratt!

Todos.—¡Viva! (*Aparece Bratt por la derecha. Llega á la escalera en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.*)

ESCENA III

Bratt, Hans Braa, Falk, Andrés Koll, Una voz de hombre, Varios obreros

Bratt.—(*Sube los escalones. Pausa.*) Desde la altura, donde hace un momento me encontraba, he oído al pastor terminar su plática asegurando que Dios enciende el sol lo mismo para los buenos que para los malos. Y yo necesito haceros observar que eso no es verdad, puesto que en este infierno ¡el sol no luce jamás! Hay muchos entre vosotros que ni se dan cuenta de dónde viven. En otro tiempo había aquí un río. El agua, desgastando las rocas, formó el abismo en que habitamos. Un día, al descubrirse la riqueza mineral escondida en el seno de la montaña, desvióse el curso de las aguas para explotar las minas. Arriba, la ciudad comenzó á prosperar y á engrandecerse; se hicieron fortunas colosales, y los terrenos alcanzaron precios exorbitantes. En recompensa de los tesoros conquistados, se encerró á los obreros en este infierno

siniestro y sombrío, donde jamás alumbra el sol, donde se trabaja sin alegría y sin esperanzas y de donde vuestros hijos huyen espantados hacia el mar, en busca de aire respirable y de calor vivificante.

BRAA.—(*A media voz.*) ¡Es verdad!

BRATT.—Y ni ese aire ni ese sol los alimentan mucho tiempo, porque en cuanto pueden trabajar, y aun antes, se hunden en este infierno, de donde no se sale nunca. Expusimos ante los ricos nuestras quejas y nos respondieron que el sol era propiedad exclusiva de ellos. Esta misma noche se reunen en el castillo que Holger ha construído en la cumbre de la montaña los delegados de los sindicatos industriales para tratar de buscar los medios que de un modo definitivo los afirmen y mantengan aquí.

UNA VOZ DE HOMBRE.—¡Que lo intenten!

VARIOS OBREROS.—¡Sí, que lo intenten!

BRATT.—¡Hay que dejarles! Cuando se abusa de la fuerza, la fuerza se extingue. Acaban de decirme que esta noche habrá iluminación... (*Murmullos.*) Esta noche, sí, sin importarles que por la mañana hayamos enterrado á Margen y á sus hijas...

EL ANCIANO ANDRES.—¡Pobre hija mía!

BRATT.—Retan cobardemente á nuestra miseria y á nuestro duelo. Esta vez defienden nuestra causa. Todo el mundo se pondrá de nuestro lado. ¿Quieren iluminación? Pues que la enciendan; así brotará la luz de los mismos que nos privaron de la del sol. (*Murmullos.*) ¡Ya llorarán las consecuencias! Olvidan que las tinieblas son las consejeras del mal y el único medio eficaz de propagarlo. Nosotros vivimos sin el sol, que es la vida del cuerpo y del alma, la fuerza, la actividad, la alegría, la esperanza, la fe. En la ciudad saben esto, y sin embargo nos abandonan en el mal, en el sufrimiento, en la pena, en este infierno donde los niños mueren y los pensamientos se ensombrecen. Tienen sacerdotes é iglesias, cánticos y plegarias, y acaso en el fondo de su corazón un vago anhelo de caridad... pero no tienen Dios. (*Emoción creciente en el audi-*

torio.) ¿Queréis esperar á que lo encuentren? ¿Queréis sufrir eternamente? Dicen que aguardemos. Pero ¿hasta cuándo? Acordaos de los cadáveres de ayer y de las víctimas de esta mañana. ¿Qué es la vida en medio de la común y universal miseria? No hay ley alguna que autorice á robar el sol y la alegría á los desgraciados. (*Emoción y agitación en la muchedumbre.*) Quédanos ahora por averiguar si tendremos el valor de llegar alguna vez á imponer la ley. (*Bravos y aplausos.*) ¡Bastaría que una sola generación tuviera este valor para que las sucesivas entrasen en la vida bañadas de sol!

TODOS.—¡Sí! ¡Sí! ¡Bravo! ¡Bravo!

BRATT.—Las generaciones que nos precedieron han declinado esta tarea. Nosotros estamos resueltos á llevar nuestra obra de redención hasta el sacrificio y prontos á afrontar la muerte si fuese preciso. Uno de los vuestros ha muerto ya. Su muerte ha sido fecunda, porque ante tanta miseria se enternecieron los corazones más duros, y hace dos días que el dinero afluye á la caja de la huelga. Esta misma mañana se ha recibido un donativo anónimo de dos mil francos. (*Muestras de alegría entre los obreros.*) Todo esto, sin embargo, no basta. La huelga puede durar mucho tiempo todavía, y es preciso que contribuya cada uno con lo que pueda, sacrificándonos todos por la causa común. Por mi parte declaro que desde este momento deposito en la caja la mitad de mi sueldo. Varios amigos se han comprometido á seguir mi ejemplo y he recibido la adhesión de muchos más. Cumplimos una misión santa y no desmayaremos. Una inmensa alegría que proporciona la conciencia del sacrificio, transfigura nuestra alma, exalta nuestras facultades y todo en nuestro ser parece vibrar en un arrebato de caridad y de amor. Tened confianza, porque el fin de nuestras miserias está próximo. Nada de discordias, no más luchas, aprended á sacrificar ante el altar del interés común la ofrenda de vuestros odios personales. ¡Sed dueños de vosotros mismos para serlo también de los demás! ¡Pensad y meditad si es nuestra generación la llamada á sacar á las demás del abismo de sombras y de sufrimientos. (*Emo-*

ción general.) (*Pausa.*) Ahora id á la oficina; la caja está dispuesta á pagar... Ya sabéis que hoy debemos dar la respuesta á los delegados. (*Aprobación general. Algunos estrechan la mano de Bratt.*)

ESCENA IV

ELIAS, BRATT y UN HOMBRE VESTIDO DE NEGRO

(*En el momento en que Bratt se prepara para salir con los otros, entra Elías.*)

ELIAS.—(*Desciende de una de las casas de la derecha.*) ¡Bratt!

BRATT.—¡Elías! (*Corre á su encuentro.*) ¡Al fin has venido! Desapareciste precisamente en el momento en que más te necesitábamos.

ELIAS.—Tenía que cumplir con un deber.

BRATT.—Nunca he dudado de ti.

ELIAS.—Y... ¿qué me queríais?

BRATT.—Desde el primer momento pensé que esos dos mil francos procedían de ti... ó por lo menos la mayor parte. Pero quería recomendarte que procedieses con mucha cautela.

ELIAS.—¡Gracias, Bratt! ¿Tú sabes quién fué la última persona que habló con Margen?

BRATT.—¿Tú?

ELIAS.—Sí.

BRATT.—¿Qué te ha dicho? Según aseguran se suicidó desesperada.

ELIAS.—«Es preciso que muera alguien», fué lo único que me dijo.

BRATT.—¿Te dijo eso?... ¡Entonces es una mártir consciente de su sacrificio! ¿No lo crees así?

ELIAS.—Puedo afirmarlo.

BRATT.—En estos últimos tiempos bebía, según aseguran.

ELIAS.—Si; bebía para tener el valor de suprimirse; es una prueba más.

BRATT.—Pero ¿por qué no pidió socorros en la caja? Se los hubiéramos dado.

ELIAS.—Yo se los ofrecí, y ella los rehusó.

BRATT.—¿Por qué?

ELIAS.—«Eso pertenece á los demás»—me contestaba.

BRATT.—¡Qué valor! ¡Hay entre los humildes almas verdaderamente grandes! ¿De modo que es cierto que no ha vacilado en sacrificarse por los demás?

ELIAS.—Muy cierto.

BRATT.—Ahora comprendo la impresión que ha debido causarte esta muerte. (*Elías asiente con la cabeza.*) ¿Hace mucho tiempo que no has visto á tu hermana?

ELIAS.—Hace algunos días. Á propósito; ¿te acuerdas de los dos hijos del señor Sommer que estaban confiados á ella?

BRATT.—Sí, mucho.

ELIAS.—Pues ya no están con ella.

BRATT.—¿Cómo es eso?

ELIAS.—Su tío se ha empeñado en llevárselos á su lado.

BRATT.—Sin embargo, el último deseo del señor Sommer fué que su hermana los educase.

ELIAS.—Me consta; pero el tío ha hecho valer sus derechos. Como los padres han muerto y él es el único pariente que les queda, quiere educarlos.

BRATT.—Para verdugos.

ELIAS.—Estas gentes nos lo arrebatan todo... ¡hasta el porvenir! ¡Ah! ¡Si tú supieras! ¡Yo pienso noche y día en algo más que en Margen!... pienso en algo muy trascendental... Pienso... en el futuro.

BRATT.—¡Es preciso hacer algo, Elías!

ELIAS.—¡Tranquilízate! No tardaré en satisfacerte.

BRATT.—(*Enlazando su brazo con el de Elías.*) ¿Te acuerdas cuando llegaste á mi casa con tu hermana?

ELIAS.—Sí; aquel recuerdo no se aparta de mí un solo instante.

BRATT.—Erais dichosos, ricos, acababais de heredar á vuestra tía.

ELIAS.—Y veníamos á preguntarte qué debíamos hacer.

BRATT.—Os mostré lo que yo hacía. Tu hermana quiso ayudarme, pero tuvo miedo y mandó construir á sus expensas un hospital en la ciudad... Tú...

ELIAS.—(*Estrechando la mano de Bratt.*) Yo quedé para ayudarte y trabajar juntos. Y jamás me arrepentí de mi determinación, puedes creerlo. ¡Sólo esta vida es digna de ser vivida!

BRATT.—(*Grave.*) Entonces, ¿qué es lo que se ha interpuesto entre nosotros?

ELIAS.—Nada, Bratt, te lo juro. Sólo la muerte podrá separarnos.

BRATT.—Entonces, ¿ha ocurrido algo?

ELIAS.—Sí.

BRATT.—(*Inquieto.*) Dime la causa.

ELIAS.—Ya que me lo preguntas con insistencia, déjame hablar. ¿Los dos creemos que Dios es una cosa que debemos crear en nosotros mismos?

BRATT.—Sí.

ELIAS.—¿Que reside en el orden universal de las cosas, en la justicia, por ejemplo?

BRATT.—Y en la bondad.

ELIAS.—Entonces... ¿residirá también en la guerra?

BRATT.—¡Hay tantas clases de guerra!

ELIAS.—Me refiero á la que consiste en sacrificarse por el prójimo.

BRATT.—Esa guerra de que hablas no es más que una manifestación de la justicia.

ELIAS.—¡Es verdad! (*Aparece súbitamente entre Bratt y Elías un hombre vestido de negro.*)

Bratt.—(*Con un movimiento de estupor.*) ¿Pero qué hace este hombre por aquí?

El hombre vestido de negro.—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! (*A una señal de Elías se aleja.*)

Bratt.—¡Nunca hablo contigo sin que ese sér, que no se sabe de dónde procede, venga á interrumpirnos en esta forma!

Elias.—Es un loco. Se ha aficionado á mí, y como nadie en el mundo se interesa por él no puedo echármelo de encima.

Bratt.—Pero podías recomendarle que se estuviera tranquilo.

Elias.—¡Qué quieres! Eso le divierte, y como su existencia era tan triste, le he prometido no abandonarle.

Bratt.—¡Eres demasiado bueno, Elías!

Elias.—No es que sea demasiado bueno, es que me conmueve su desgracia. Holger le arrojó de su fábrica porque había votado nuestra candidatura en las últimas elecciones, y como no contaba más que con su trabajo para vivir, ha perdido la razón.

Bratt.—Sí, ya lo sabia.

Elías.—Desde entonces me sigue á todas partes... Por fin le admití en mi compañía.

Bratt.—Pero con tantas cuidados agotas las energías que nos son á nosotros muy necesarias.

Elías.—(*Interrumpiendo.*) No me hables de eso, te lo ruego. Además, hoy estoy inquieto, nervioso... no puedo permanecer un minuto en un mismo lugar... No venía más que á verte... te he visto... lo necesitaba... ¡adiós!

Bratt.—¿Y eso de que me hablabas hace un momento?

Elías.—¡Más tarde lo comprenderás mejor! Todas las injusticias que veo, todos los sufrimientos que presencio me hacen daño. ¡No puedo soportar la idea de que una vez más seremos vencidos!

Bratt.—¡Vencidos nosotros! No lo creas. ¿Es ese pensamiento el que...?

Elías.—(*Triste.*) Sí, ¡eso es! (*Estrecha la mano á Bratt.*)

Siento profundo afecto hacia ti por todo lo que has hecho en mi favor desde el día en que me convertiste á tus ideas.

BRATT.—Pero Elías...

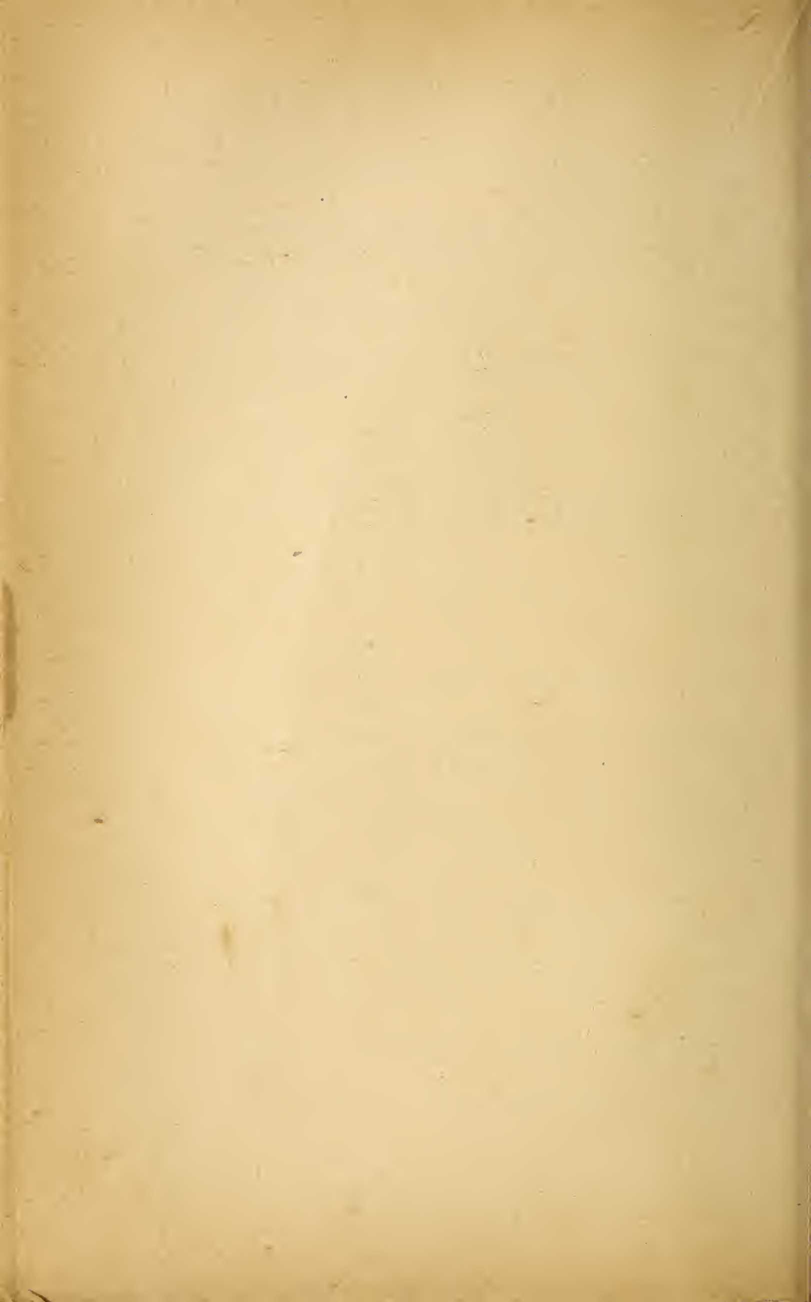
ELÍAS.—¡Calla! Te quiero y te admiro porque tienes aún la fuerza necesaria para creer, á pesar de todos los fracasos sufridos, con esa fe que levanta y subleva á todo un pueblo. Para nosotros, los jóvenes, eso significa: ¡Marchad en la vanguardia!

BRATT.—(*Asombrado.*) Sí... pero en la vanguardia sería...

ELÍAS.—¡Calla! ¡calla! ¡Ni una palabra! (*Le abraza varias veces y echa á correr en la dirección que trajo.*)

BRATT.—¡Elías! ¡Ven! Tú no puedes alejarte de mí sin decirme... Marchar ahora sería espantoso. (*Gritando con todas sns fuerzas:*) ¡Elías! ¡Escúchame! (*Mientras baja lentamente el telón.*) ¡Elías! ¡Elías!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Salón de biblioteca lujosamente amueblado con tapices al fondo. Á la izquierda un ventanal gótico. Á la derecha, frente á la ventana, una puerta del mismo estilo. En primer término, una mesa llena de planos de arquitectura.

ESCENA I

HOLGER, HALDEN, después HANS BRAA, ASPELUND, EL ANCIANO ANDRÉS, HENRIK SEM, HANS OLSEN, y PEER STUA.

HOLGER.—(*Sentado en un gran sillón cerca de la mesa.*) No hay que modificar más que el entresuelo.

HALDEN.—(*De pie.*) Entonces queda poco que hacer.

HOLGER.—La señorita Sang puede ocupar inmediatamente sus habitaciones, ¿no es eso?

HALDEN.—Desde hoy mismo.

HOLGER.—Muy bien. ¿No le habló usted?

HALDEN.—Hace días que no la veo. (*Llaman á la puerta. Halden va á abrir.*)

HOLGER.—(*Se levanta.*) Quizá sea ella.

BRAA.—(*Desde fuera.*) ¿Está el señor Holger?

HOLGER.—(*Sentándose.*) Sí.

HALDEN.—(*A media voz á Holger.*) Es una comisión de obreros.

HOLGER.—Ya lo sé.

HALDEN.—¿Pueden entrar?

HOLGER.—Sí, que entren. (*Entran Hans Braa, Aspelund, el anciano Andrés, Henrik Sem, Hans Olsen y Peer Stua.*) ¿Quién es ese anciano ciego?

BRAA.—Es Andrés Hœl, el padre de...

HOLGER.—¿Trabaja en alguna fábrica?

BRAA.—Él no; pero trabajan sus hijos.

HOLGER.—Lo siento mucho; pero no me es posible entrar en negociaciones más que con los obreros de las fábricas.

BRAA.—Es el padre de Margen, de esa desgraciada que hemos enterrado esta mañana.

HOLGER.—Bueno, pero yo nada tengo que ver con él.

EL ANCIANO ANDRÉS.—(*En voz baja á Braa.*) ¿Me echa de su casa?

BRAA.—Parece que sí. (*Pausa.*)

HOLGER.—Que salga ese hombre para que podamos hablar.

HALDEN.—Andrés, vamos, yo te guiaré.

EL ANCIANO ANDRÉS.—¿Quién eres? Me parece que reconozco tu voz.

HALDEN.—Ven conmigo.

EL ANCIANO ANDRÉS.—No, no quiero; los obreros me han elegido su delegado, y debo permanecer aquí.

VARIOS.—(*Al mismo tiempo.*) ¡Vamos, anda, sal!...

BRAA.—Ya ves que no nos quiere escuchar mientras permanezcas aquí.

EL ANCIANO ANDRÉS.—No obstante, es preciso que le diga..

HOLGER.—(*Levantándose.*) ¡Vaya, salid todos!

ASPELUND.—Márchate, Andrés, que vas á perjudicarnos á todos.

EL ANCIANO ANDRÉS.—¡Mis hijas han pagado por todos!

HALDEN.—¡Sé razonable, Andrés! ¡Ven conmigo!

EL ANCIANO ANDRÉS.—Pero ¿quién eres tú?

BRAA.—Es Halden, ¿no le conoces?

EL ANCIANO ANDRÉS.—¡Ah! sí, es un hombre de bien... Me voy con él. (*Sale guiado por Halden.*)

HOLGER.--Bueno, y ¿qué deseáis vosotros?

BRAA.—¿No es hoy el día señalado?

HOLGER.—¡Ah! ¡sí! ¡lo había olvidado! Bueno; ya sabéis que represento á todos los industriales del país.

ASPELUND.—Y nosotros á todos los obreros. (*Silencio.*)

HOLGER.—¿Tenéis que proponerme algo?

BRAA.—Sí. En principio solicitamos un arbitraje para arreglar nuestras diferencias. (*Holger calla.*) Tenemos asimismo intención de proponer que se establezca el arbitraje obligatorio en todos los casos de huelga. (*Holger permanece callado.*) Esta es una cuestión de capital interés para nosotros.

HOLGER.—No opinamos lo mismo.

ASPELUND.—Lo sabíamos.

HOLGER.—¿No tenéis nada más que proponerme?

BRAA.—Esperamos á que usted hable.

HOLGER.—No puedo decir nada.

BRAA.—Entonces... ¡todo queda como antes!

HOLGER.—Del todo, no.

BRAA.—(*Con curiosidad.*) ¿Pues cómo?

HOLGER.—La huelga continúa aún, ¿no es eso? Pues todo lo que se hable es inútil. (*Los obreros se consultan de nuevo.*)

BRAA.—Sin embargo... deseamos saber...

HOLGER.—No puedo decir nada porque las proposiciones que quiero someteros sólo están suscritas por los fabricantes de la ciudad, y deseamos que todos los del país las aprueben. Esta noche nos reuniremos para tratar de ello y de la constitución de nuestro sindicato.

BRAA.—Ya lo sabemos; pero como esas condiciones nos interesan, creo que se nos pueden comunicar.

ASPELUND.—Eso es lo justo, al menos.

SEM y OLSEN.—¡Sí, sí!

HOLGER.—Bueno, pues son estas: primera, ningún obrero de nuestras fábricas podrá formar parte del Sindicato nacional que dirige el pastor Bratt ni de ninguna otra asociación que no esté aprobada por los industriales. (*Los obreros se miran sin decir nada.*) Segunda, ninguno podrá suscribirse al

periódico de Elías Sang ni á otra publicación que no recomendemos nosotros como buena.

OLSEN.—¿Es necesario también que vayamos á la iglesia?

BRAA.—(*Con mucha calma.*) Y... si aceptamos esas condiciones, ¿qué nos dan ustedes en cambio?

HOLGER.—¿No les basta con lo que antes tenían? Hay además otras condiciones.

ASPELUND.—Mejor sería que buscaran ustedes el medio de mejorar nuestra suerte.

HOLGER.—No está en nuestro poder realizar otra cosa.

ASPELUND.—Sí... ¡si ustedes quisieran! Dennos una pequeña parte en los beneficios y terrenos para edificar en las alturas, á la luz del sol y... ¡ya verán!

HOLGER.—Los que codician los bienes ajenos no pueden ser nunca dichosos.

OLSEN.—¡Pues usted lo es poseyendo lo nuestro.

HOLGER.—(*Golpeando la mesa.*) ¿Qué es lo que poseo yo vuestro? ¿Dónde estaríais vosotros si no fuera por mí? ¿Quién es el que lo ha hecho todo aquí? ¿Vosotros... ó yo?

OLSEN.—Usted era al principio solo. Hoy hay ya legiones de capitalistas.

ASPELUND.—En esta ocasión aventuran ustedes demasiado.

HOLGER.—Debiéramos ir todavía más lejos.

BRAA.—(*A Olsen.*) Está visto que no podemos sacar provecho alguno.

ASPELUND.—¡Tenga usted en cuenta que nunca seremos más desgraciados de lo que hoy somos!

HOLGER.—¿Por qué os habéis declarado en huelga?

BRAA.—¿Por qué no concedieron ustedes lo que pedíamos antes de la huelga?

ASPELUND.—Concédanlo ahora y todo acabará bien.

BRAA.—(*A los demás obreros.*) No tenemos nada que hacer aquí.

HOLGER.—Esa es también mi opinión. Acaso pronto podamos entendernos.

Braa.—Ya sabemos que lo que ustedes quieren es arruinarnos.

Aspelund.—Nosotros tenemos también honor.

Olsen.—¡Nosotros honor! Eso sólo lo tienen los que abusan de nuestras mujeres y luego las envían á América.

Holger.—Aunque eso no tenga relación alguna con la huelga ni me afecte personalmente, voy á contestaros. Además, no es esta la primera vez que oigo este reproche; en vuestros periódicos se trata de ellos con frecuencia. Todas las clases de la sociedad tienen su honor, pero precisamente es la virtud de las mujeres la que nos dá la medida de este.

Aspelund.—¡Tal vez!

Holger.—De la quebradiza virtud de las vuestras podéis deducir vuestro honor.

Peer.—(*Que hasta este momento permanece callado.*) ¡Ira de Dios!... ¡No podemos consentir tamaño ultraje! (*Salta por encima de la mesa; Holger se levanta y lo rechaza. Aspelund trata de contenerle.*)

Braa.—Déjalo.

Aspelund.—Aun no ha llegado la hora.

Holger.—¡Salid!

Halden.—(*Corriendo.*) ¿Qué sucede?

Aspelund.—¡Discutimos sobre el honor!

Olsen.—Sucede que estos señores tienen muchos hijos en América y no quieren saber de ellos. Lástima grande que no vuelvan á enseñarles lo que es el honor.

Holger.—(*Iracundo.*) ¡Halden, que salga toda esta gente!

Braa.—(*En voz baja á Holger.*) Necesito hablarle.

Holger.—Bueno. ¡Pero que todos los demás salgan inmediatamente.

Peer.—Sí, pero volveremos. ¡Y ese día... ya veréis!

Aspelund.—Tenga cuidado, què aventura usted mucho en el juego. (*Sale con los otros.*)

Braa.—Reflexione usted que todos tienen ya el corazón rebosando ira...

Holger.—Ellos son los que deben reflexionar.

ESCENA II

HOLGER, HALDEN, después RAQUEL

HOLGER.—(*Á Halden.*) Ese hombre no es como los demás. Por las venas de él y de Peer Stua corre nuestra sangre. ¡Cruzamiento imprudente, Halden! Son audaces revolucionarios.

HALDEN.—Sí lo son.

HOLGER.—Me gustaría saber quién es el padre de ese Peer Stua, porque, te lo repito, tiene sangre nuestra en sus venas. No hay más que verlo al lado de los demás esclavos. (*Viendo á Halden que no se mueve.*) ¿Tienes algo que decirme?

HALDEN.—La señorita Sang está ahí hace un rato.

HOLGER.—¡Habérmelo dicho antes! (*Va hacia la puerta.*) Perdón, pero no ha sido culpa mía. ¡Si yo hubiera sabido que estaba usted aquí!...

RAQUEL.—No quería interrumpir á usted.

HOLGER.—Pues valía la pena, porque lo que debatíamos tenía muy escaso interés. Figúrese usted que han venido á decirme que les debo toda mi fortuna. Graciosísimo, ¿verdad? ¡Cuando sin mí qué sería de ellos! No es posible tolerar más tiempo estas imposiciones colectivas. Ni puede permitirse que ese pastor extraviado que proclama el derecho de Dios venga á trastornarlo todo. Según ellos, nosotros no tenemos derecho á edificar donde se nos antoje. Dicen que les robamos la luz y tienen la pretensión de que les cedamos nuestras casas. Le aseguro á usted que es una cosa agradabilísima ser propietario en estos tiempos. No hay paciencia que resista tanta imposición.

RAQUEL.—(*Sonriendo.*) Ya comprendo... pero es preciso ser tolerantes.

HOLGER.—En este momento acaba de enviarme el notario la escritura de la casa, que es ya legalmente de usted. (*Se levanta.*)

RAQUEL.—Es un regalo por el que le quedo reconocidísima. Gracias á su generosidad aseguro la existencia de mi hospital. (*Se estrechan la mano.*)

HOLGER.—Mire usted el plano hecho por Halden.

RAQUEL.—¡Ah! ¡es verdad! ¿Pero la escritura está á mi nombre?

HOLGER.—Naturalmente.

RAQUEL.—Sin embargo, la donación se hace al hospital.

HOLGER.—De ningún modo. Es usted quien dispone de ella.

RAQUEL.—Quiera el cielo que pueda cumplir esta vez como buena.

HOLGER.—De eso estoy seguro. ¿Y cuándo se traslada usted?

RAQUEL.—Había pensado instalarme en seguida... á menos que no haya inconveniente.

HOLGER.—Ninguno.

RAQUEL.—No sabe usted cuánto se lo agradecerán los enfermos. Quisiera ahora pedirle algo... aunque... no sé si debo...

HOLGER.—(*La invita á tomar asiento.*) ¿De qué se trata.

RAQUEL.—De la reunión de delegados industriales que debe tener lugar esta noche. Le ruego que no se celebre en el castillo, y sobre todo que no haya iluminación.

HOLGER.—¿Por qué? El castillo es el monumento más bello del país. Se contempla desde aquella altura un soberbio panorama.

RAQUEL.—Pero...

HOLGER.—¿Pero qué? Los obreros creen que ese viejo castillo es una amenaza y un reto.

RAQUEL.—Piense usted en todas las crueldades que otrora en él se cometieron.

Holger.—En el antiguo sí, pero no en el moderno.

Raquel.—Se han interpretado mal sus propósitos. ¿Se acuerda usted de lo que ocurrió el día de la inauguración?

Holger.—¿La explosión de aquel cartucho de dinamita?

Raquel.—Tenga cuidado no explote de nuevo.

Holger.—Inmediatamente va á comenzar la fiesta y la iluminación. Tres orquestas tocarán en las terrazas.

Raquel.—Le suplico que no haga tal cosa.

Holger.—(*Levantándose.*) ¿Quiere usted que retrocedamos ante esos pueriles complots? ¿Usted no ha visto aún el castillo iluminado?

Raquel.—No.

Holger.—Acérquese y mire. (*Levanta un tapiz que deja ver un cuadro representando el castillo con sus torres almenadas entre la luminosidad de los arcos voltaicos.*)

Raquel.—¿Quién ha pintado eso?

Holger.—Un pintor que estuvo aquí el año pasado.

Raquel.—Es muy bello.

Holger.—Pues así sería el mundo si se dejara gobernar por los hombres de inteligencia y de buena voluntad... haciendo oídos sordos á las utopías. Ignoro cuándo terminara la lucha, pero afirmo que ha de ser la individualidad y no la masa la que triunfe. ¿Queréis que quede aquí este cuadro?

Raquel.—No; prefiero que se lo lleven.

Holger.—(*A Halden.*) Disponed que quiten de aquí este cuadro. (*Halden hace signos con la cabeza.*) Pero... en seguida. (*Halden sale.*) No sé qué le pasa á este hombre que...

Raquel.—Desde el primer día he observado que no lo quiere.

Holger.—Mi antipatía data del instante en que conocí á usted. Me habían dicho que una joven consagraba su fortuna á los pobres construyendo un hospital. Por curiosidad fuí á ver á usted y me encontré con que Halden era su arquitecto sin haberme dicho palabra.

Raquel.—Es muy reservado.

Holger.—Pues eso es lo que no me explico, su reserva.

RAQUEL.—Ha debido sufrir mucho en su vida.

HOLGER.—Todos hemos pasado por hondas amarguras.

RAQUEL.—Allá, abajo, la vida es más triste y dolorosa que aquí.

HOLGER.—¿Y cómo se sirvió usted de él?

RAQUEL.—Porque me ofreció su cooperación gratuitamente.

HOLGER.—¡Gratuitamente!

RAQUEL.—Sí.

HOLGER.—(*Paseando por la habitación.*) ¿Y fué él mismo á ofrecerle sus servicios?

RAQUEL.—No.

HOLGER.—(*Deteniéndose.*) Entonces ¿de quién se sirvió?

RAQUEL.—De mi hermano.

HOLGER.—(*Con asombro.*) ¡Cómo! ¿Halden conoce á su hermano?

RAQUEL.—(*Turbada.*) Sí... no sé... Mi hermano me dió cuenta de su ofrecimiento, y yo acepté.

HOLGER.—Está bien. (*Coge el sombrero.*) Conste que mis más vehementes deseos son que lo mismo usted que los enfermos hallen aquí la felicidad.

RAQUEL.—Mil gracias. ¿Vendrá usted á vernos cuando se ultime la instalación?

HOLGER.—Por supuesto.

RAQUEL.—Sentiría haber perjudicado á Halden con alguna indiscreción.

HOLGER.—¿Le interesa á usted mucho Halden?

RAQUEL.—No me gusta hacer daño á nadie.

HOLGER.—Estése usted tranquila. (*Va á salir.*)

RAQUEL.—(*Deteniéndole.*) ¿Accede usted á lo que le pedí antes?

HOLGER.—(*Con dulzura.*) No insista usted más, se lo suplico. Profesamos diferentes religiones y no podremos entendernos jamás.

RAQUEL.—Ya sabe usted que debajo del castillo hay subterráneos... minas.

HOLGER.—(*Con calma.*) También las hay debajo de la ciudad.

RAQUEL.—Y... si se les ocurre... volarlo...

HOLGER.—(*Imperturbable.*) Que hagan lo que les parezca.

RAQUEL.—¡Me asombra esa calma!

HOLGER.—Es virtud que sólo los amos profesan, señorita.

RAQUEL.—¿Y en esa religión quiere usted bautizar á sus sobrinos?

HOLGER.—En esa.

RAQUEL.—No tiene usted conciencia del mal que hace... ¡del mal que no tiene derecho á perpetrar!

HOLGER.—¿Que no? Para eso les doy mi fortuna.

RAQUEL.—Aunque les diera una mil veces más cuantiosa.

HOLGER.—Todo lo hago por su felicidad.

RAQUEL.—Ellos no desean esa felicidad ni sus padres tampoco.

HOLGER.—Sus padres han muerto.

RAQUEL.—Vivos ó muertos, tienen derecho sobre sus hijos.

HOLGER.—¡Qué derecho van á tener unos ilusos que ponen á sus hijos los nombres de «Credo» y «Spera». ¿De qué fe, de qué esperanza se trata? No será de la fe de ese mundo, donde los últimos serán los primeros.

RAQUEL.—El porvenir es del pueblo que sufre.

HOLGER.—Eso ya lo veremos.

RAQUEL.—Hay corrientes que no es posible atajar.

HOLGER.—(*Sonriendo.*) Por eso yo aparto á mis sobrinos de la corriente.

RAQUEL.—Los niños vivían conmigo; usted me los arrebató. Prométame usted que no se ocupará más de ellos...

HOLGER.—Los llevaré á educar lejos de aquí.

RAQUEL.—(*Desolada.*) ¡Eso no puede ser!

HOLGER.—Eso será, aunque me duela no poder seguir sus consejos. (*Sale. Raquel se sienta llorando.*)

ESCENA III

RAQUEL, SPERA y CREDO

SPERA y CREDO.—(*Corriendo hacia Raquel.*) ¡Buenos días, Raquel!

RAQUEL.—¡Buenos días, hijos míos! (*Los tres se abrazan.*)

CREDO.—¿Qué es eso que te decía el tío?

RAQUEL.—¿Habéis oído algo?

CREDO.—Sí.

RAQUEL.—Hablábamos de vosotros.

CREDO.—¿No quiere que continuemos á tu lado?

SPERA.—¿Por qué?

RAQUEL.—¿Qué sé yo? Quiere todavía más; quiere alejaros de mí.

SPERA y CREDO.—Pues no lo conseguirá.

RAQUEL.—¡Qué buenos sois los dos!

CREDO.—Y si nos separa, ¿vendrás á vernos con frecuencia?

RAQUEL.—Á cualquier parte donde vayáis.

CREDO.—¡Hasta que vea que no puede separarnos!

SPERA.—Y acabe por dejarnos vivir juntos.

RAQUEL.—Yo no puedo vivir sin vosotros.

CREDO.—¡Ni yo tampoco!

SPERA.—¡Ni yo ¡tampoco!

CREDO.—Tú eres la única persona en el mundo en quien podemos confiar.

SPERA.—¿Á que no sabes qué veníamos á buscar?

RAQUEL.—No.

SPERA.—El invento de Credo.

RAQUEL.—¿El aereoplano?... ¿Vuela?

SPERA.—¡Sí; recorre toda su habitación y sube hasta el techo.

CREDO.—¡Al fin lo he conseguido!

SPERA.—Da vueltas y vueltas sin tropezar en nada.

RAQUEL.—Entonces... es un gran descubrimiento.

CREDO.—Hay aún que vencer alguna dificultad.

RAQUEL.—¿Y aumentas ó disminuyes á voluntad el círculo en que se mueve el aparato?

SPERA.—No tiene más que regular sus movimientos.

RAQUEL.—¿Me lo enseñarás?

SPERA.—¡Á eso hemos venido!

CREDO.—Ven.

RAQUEL.—Ahora no puedo... (*Llaman á la puerta.*) Marchaos. No quiero que os vean aquí.

SPERA.—Hasta luego. (*Se abrazan. Vuelven á llamar á la puerta.*)

RAQUEL.—Adelante.

ESCENA IV

RAQUEL y ELÍAS

RAQUEL.—¡Qué pálido estás, Elías! ¿qué te pasa?

ELIAS.—¡Estoy agotado! Me he metido en una tarea rudísima.

RAQUEL.—Pero ¿por qué te impones esas privaciones, Elías?

ELIAS.—Bratt cree que son necesarias. (*Recorriendo la habitación con la mirada.*) ¿Es aquí donde vas á vivir ahora? ¡Á ti te ha regalado esto y á nosotros nos lo rehusa todo! ¡Es horrible pensar que él solo habitaba esta casa tan grande, mientras los demás!... ¿Has oído hablar de Margen y de sus hijas?

RAQUEL.—Sí. Y he pensado mucho en ti estos días.

ELIAS.—Yo en cambio pensaba en los días serenos de la infancia al lado de nuestros padres. (*Pausa.*)

RAQUEL.—Dime, ¿tienes fe en la huelga?

ELIAS.—Ninguna. Yo creo que esto será el aplanamiento gris y definitivo. Margen previó lo que iba á suceder; hizo bien matándose. Es, Raquel, que los ricos tienen una conciencia distinta de la nuestra, que acaso jamás despierte.

RAQUEL.—¿Bratt ve las cosas como tú?

ELIAS.—No.

RAQUEL.—¿De modo que has perdido la esperanza?

ELIAS.—¡Desde que dejé de verte y de verle!

RAQUEL.—¿Es que ya no vas por casa de Bratt?

ELIAS.—No; hablé con él esta mañana, por casualidad...

RAQUEL.—¿De la huelga?

ELIAS.—No. Dejemos esta conversación y hablemos de los días en que éramos felices. ¡Si vieras cómo me invade la nostalgia de aquel tiempo!

RAQUEL.—¡Sería tan hermoso volver á contemplar la casita donde vivimos de niños, las áridas montañas que contemplaron impasibles nuestra infancia, el mar sereno y la iglesia tan misteriosa en las madrugadas estivales! Te suplico que seamos infantiles otra vez en el mundo en que transcurrió nuestra infancia. Nadie puede impedírnoslo; tú eres libre.

ELIAS.—No, Raquel; no soy libre.

RAQUEL.—Sí lo eres, puesto que nada puedes hacer en beneficio de ellos.

ELIAS.—¡Quién sabe!

RAQUEL.—¡Verás qué bien te sienta!

ELIAS.—Bueno... mañana te diré... (*Pausa.*)

RAQUEL.—¿Te acuerdas de los ánades que domesticábamos?

ELIAS.—¡Sí que me acuerdo!

RAQUEL.—Era el tiempo en que los ángeles vivían entre nosotros.

ELIAS.—Y en que veíamos á Dios en todas partes, en el mar, en las montañas, en el cielo.

RAQUEL.—Yo recuerdo que hasta las campanas sonaban en la brisa del amanecer como un canto de alondras de cristal.

ELIAS.—Entonces la vida tenía para nosotros un sentido de que hoy carece; somos almas que arrastramos nuestros cuerpos como una carga demasiado pesada. Náufragos en un mar de tinieblas donde nadie se atreve á nordestearnos. Sufrimos un destino que no hemos tenido el valor de hacernos...

RAQUEL.—Somos niños que jugamos con nuestra voluntad á lo largo de un camino.

ELIAS.—La voluntad, como lo infinito, está en nosotros y en todo lo que nos rodea.

RAQUEL.—¡Tienes razón! Si la tierra encuentra su camino por entre los millones de mundos que pueblan el espacio, ¿por qué no hemos de tropezar nosotros con el nuestro?

ELIAS.—Á veces me parece que columbro la eternidad de lo ignorado.

RAQUEL.—La muerte acaba con todo, Elías.

ELIAS.—Pero no con el más allá.

RAQUEL.—¿Qué quieres decir con eso?

ELIAS.—Que lo que debe vivir vivirá después de la muerte.

RAQUEL.—¿Después de la muerte?

ELIAS.—Sí; es necesario morir para comenzar la vida. El cristianismo encontró la suya sobre una cruz. La patria en los soldados que mueren por ella. Todo lo que nace y todo lo que resucita muere antes.

RAQUEL.—¿De modo que tú quieres que los obreros mueran por su causa?

ELIAS.—Si tuviesen ese valor estaban salvados.

RAQUEL.—¿De modo que eres partidario de la revolución?

ELIAS.—Sí... Pero hasta entonces es preciso trabajar.

RAQUEL.—No hay más que una manera de trabajar, Elías: con el ejemplo.

ELIAS.—¡Tú lo has dicho! ¡Hay que enseñarlos á morir!

RAQUEL.—Á penetrar en el más allá.

ELIAS.—Primero uno, después otro, después diez, ciento, mil, luego millares, hasta que las masas comprendan. ¿No es

así como empezaron primero Juan, después Jesús, después los Doce y después centenas y millones y generaciones enteras que han pagado y pagarán todavía con su sangre el rescate del mundo?

RAQUEL.—Los hombres son fuertes y tenaces, y sólo por los esfuerzos de su voluntad puede la vida seguir su marcha.

ELIAS.—Los más fuertes, los más tenaces, son los que van delante. El porvenir es de ellos y todo depende de ellos. ¡Cuanto más lejos vayan, mejor les seguirán!

RAQUEL.—¿Aun en la muerte?

ELIAS.—¡En la muerte sobre todo! ¡No hay otro camino! No se cree más que en los que tienen el valor de sacrificarse. ¡Que uno solo de nosotros se atreva y ya verás! Pero ¿en quién se tiene confianza? En nadie. ¿En Bratt? Algunos sí, pero ¿y los demás? ¿Y los que no piensan en nada? Tratamos de provocar un «movimiento», como ahora se dice, y saben que pueden contar con la policía.

RAQUEL.—Tienes razón.

ELIAS.—Pero cuando se les hable de la muerte ya prestarán oído. Más allá de la vida, las palabras adquieren un vigor extraño, y hay que hacerse oir por ese medio. Desde los umbrales de la muerte se habla mejor á la vida, con palabras cuyo sentido inefable todo el mundo desentraña.

RAQUEL.—¡Esa es una doctrina horrible!

ELIAS.—Es la religión del martirio.

RAQUEL.—¿Y en nombre de ella has perdido la fe en la huelga?

ELIAS.—Hice todo cuanto pude por mantenerla.

RAQUEL.—Lo sé. (*Le echa los brazos al cuello.*) Pero siento miedo por ti. Ese «Infierno» de allá abajo me espanta. Debías irte.

ELIAS.—¿Y adónde quieres que vaya?

RAQUEL.—Adonde nacimos. Adonde puedas evocar recuerdos de días más felices.

ELIAS.—(*Contemplándola.*) ¿Crees tú que esos recuerdos volverían?

RAQUEL.—Sí... si estamos juntos los dos.

ELIAS.—(*Atrayéndola hacia sí.*) ¿Recuerdas cuando íbamos á coger los nidos abandonados?... (*Pausa.*) Adiós, Raquel.

RAQUEL.—¿Te vas ya?

ELIAS.—Sí, necesito marchar.

RAQUEL.—¡Quédate!

ELIAS.—Hay una dicha en la vida que aun no hemos conocido. Adiós, Raquel. (*Abrazándola.*)

RAQUEL.—¿Hasta mañana?

ELIAS.—Mañana tendrás noticias mías.

RAQUEL.—¿Es que no vas á venir?

ELIAS.—Si puedo... (*Alejándose. Se detiene cerca de la puerta como si no se atreviera á salir.*)

RAQUEL.—¿Qué tienes, Elías? (*Elías hace un signo con la mano y sale.*)

ESCENA V

RAQUEL, SPERA y CREDO

SPERA.—(*Entra corriendo.*) ¿Quién estaba contigo, Raquel?

CREDO.—(*Lo mismo.*) ¿Era tu hermano?

RAQUEL.—Sí.

SPERA.—Debe tener una pena muy grande, ¿verdad?

RAQUEL.—¿Le has visto tú?

SPERA.—Sí. ¿Qué piensa hacer?

CREDO.—¿Adónde va?

SPERA.—¡Va muy lejos! ¡muy lejos!

RAQUEL.—Marchamos juntos.

SPERA.—¿Cuándo?

RAQUEL.—Mañana quizás.

CREDO.—Pero ¿por qué te ha dicho adiós?

SPERA.—Como si no pensara volver á verte.

RAQUEL.—¿Él? No. (*Llaman. Spera y Credo salen en seguida.*)

ESCENA VI

RAQUEL y BRATT

RAQUEL.—¡Adelante! (*Entra Bratt agitado.*)

BRATT.—¿No está aquí?

RAQUEL.—¿Mi hermano? No. (*Vivamente.*) ¿Qué pasa?

BRATT.—¿Ha venido? ¿Qué quiere hacer?

RAQUEL.—¿Qué quiere hacer?

BRATT.—¿No le ha dicho á usted nada?

RAQUEL.—No; pero volverá mañana.

BRATT.—¿Mañana? ¿No le habló de mí?

RAQUEL.—Sí. Me dijo que hace mucho tiempo que no le había visto. Pero ¿qué es lo que le pasa á usted?

BRATT.—Ni yo mismo lo sé. Aun no me ha dicho nada.

RAQUEL.—(*Asustada.*) Dígame de una vez lo que sucede.

BRATT.—Alguien debe haberle convencido de que la huelga es un error... de que la miseria creciente necesita más eficaces remedios, y piensa de seguro en atraer sobre nosotros la atención del mundo con algo inusitado. Quiere sacrificarse solo; por eso ayer nos dió lo último que le quedaba de su fortuna.

RAQUEL.—Tranquilícese usted, que no carecerá de nada.

BRATT.—El que careciese sería lo de menos. Lo de más es que hemos equivocado el camino, y yo soy el culpable, no él. «Dios está con nosotros; esta vez no me engaña»—decía yo. Á veces tropezaba con alquien que parecía interrogarme: «¿Estás bien seguro? ¿Es ese el buen camino? ¿Sabrás conducir á los demás?»—¿No era eso lo que usted me preguntaba?

RAQUEL.—(*En voz baja.*) Sí.

BRATT.—Pues bien; ni encontré el buen camino ni supe guiar á los otros; hice lo contrario de lo que debía hacer. He sembrado en torno mío desgracias y sólo recogeré maldiciones.

RAQUEL.—Es usted, Bratt, un alma grande y un hombre honrado, pero yo le tuve á usted miedo. Miedo... á perder la voluntad y á ir más lejos de lo que hubiese querido. No es de usted la culpa, es de nuestra imperfecta naturaleza.

BRATT.—¿De modo que entonces cree usted que un hombre más fuerte, más comprensivo, más humano hubiera alcanzado mejor éxito?

RAQUEL.—Lo creo.

BRATT.—Verdaderamente era un absurdo que intentásemos salvar al mundo los que caminamos á ciegas entre la niebla de los siglos. Incapaces de concebirlo con nuestras imaginaciones exaltadas, con nuestras voluntades sin medida, sintiendo en el fondo del alma una sed asfixiante de misterio, la realidad era demasiado mezquina y demasiado inmensa para penetrar en nuestro cerebro. Nos alimentamos de cosas sobrenaturales, de milagrería, de sueños en que hombres mortales como nosotros son arrebatados al cielo en un carro de fuego y de alucinaciones en que demonios inmortales eternamente arden sobre llamas eternas. Por eso la vida nos desdeña, Raquel. Caminamos en busca del azar y de las cosas vagas. Ni la conciencia nos sirve de guía, porque no tiene raíces en el tiempo ni en la realidad. Hechos de sueño, en el infinito de los sueños nos perdemos.

RAQUEL.—Que es el más allá.

BRATT.—Acaso.

RAQUEL.—Pero ¿y Elías?

BRATT.—Ese fué conmigo demasiado lejos; lo reconozco, aunque ya sea tarde.

RAQUEL.—¿Tarde, por qué?

BRATT.—Porque quiere darse á sí mismo, caminar hacia el más allá.

RAQUEL.—¿Matarse?

BRATT.—Sí, sacrificarse y sacrificar á los demás. Todo lo ha preparado con una previsión admirable y va á poner en práctica su proyecto. *(Raquel da un grito y cae.)* También yo quisiera caer para no despertar jamás. (*Se arrodilla junto á Raquel.*)

TELÓN



ACTO TERCERO

Un *hall* lujosamente amueblado con sillería gótica y tapices flamencos.

ESCENA I

Por el escenario, en donde están reunidos los delegados industriales del país con HOLGER á la cabeza, discurren criados en trajes Edad Media sirviendo refrescos en antiguas copas de plata.

ANKER.—Termino, señores, recordándoos las palabras del Evangelio: «No es con Belcebú como arrojaréis á Belcebú.» Y estas palabras deben ser en este momento la expresión de nuestros deberes. No contestemos al mal con el mal. Jamás lograremos por este medio despertar en el pueblo esos sentimientos de lealtad, sin los que nosotros nada podemos hacer ni esperar en lo porvenir. (*Baja de la tribuna en medio del silencio general.*)

HOLGER.—Mo, tiene la palabra.

MO.—Señores: En nombre de catorce industriales tengo el honor de expresar mi adhesión al señor Holger (*¡Bien! ¡bien!*) Si los obreros forman un sindicato contra nosotros, nosotros debemos formar otro contra ellos. (*¡Bien! ¡bien!*) Permitidme que manifieste mi sorpresa por el discurso de mi honorable colega el señor Anker. Creo que ante el peligro común, todos

los industriales del país debemos agruparnos, nombrando una comisión que dotada de amplios poderes nos represente en la lucha á que nos lleva contra nuestra voluntad el partido obrero. Se trata de la libertad de todos y no debemos vacilar ni un instante. Es preciso que sepan los obreros qne no estamos dispuestos á consentir sus desmanes. Acaso esta enérgica actitud baste para hacerles volver al buen camino. Nuestra misión no debe limitarse á constituir este sindicato, sino que convendría tratar también de una inteligencia general entre todos los patronos de los países civilizados. Esta idea emitida por el señor Holger me parece excelente y de incalculables resultados. El señor Anker sostenía ahora que ésta era la lucha de los menos contra los más. Esto es absolutamente falso. Nosotros representamos al Estado, es decir, al orden, y podemos contar con la fuerza para la solución del conflicto. (*Aplausos unánimes.*)

HOLGER.—Tiene la palabra Juan Sverd.

UNA VOZ.—¡Á votar!

VARIOS.—¡Sí! ¡sí! ¡á votar! (*Juan Sverd sube á la tribuna.*)

SVERD.—Señores: Si subo á esta tribuna á pesar de las voces de protesta, es porque he prometido á los que me han honrado nombrándome su representante en este acto decir mi opinión sincera...

UNA VOZ.—Esto es una forma de dictadura.

SVERD.—(*Con mucha calma.*) Efectivamente, me propongo ejercer la dictadura de la «persuasión».

ALGUNOS.—¡Á ver! ¡Á ver!

SVERD.—Nuestras fábricas están en el campo, y desde hace algunos años hemos concedido á los obreros todo lo que motiva el actual litigio. (*Interrupciones.*)

ALGUNOS.—El caso no es igual.

UNA VOZ.—(*Dominando las otras.*) Es completamente distinto.

SVERD.—Los fabricantes del campo nos contentamos con un pequeño beneficio: en eso estriba la diferencia.

VARIOS.—¡Quiá!

Sverd.—Además, todos nuestros obreros forman parte del indicato nacional del pastor Bratt y la mayoría son suscriptores del periódico de Elías Sang, lo que no les impide vivir lichosos en medio de nuestras montañas. Ya sé que esto os nolesta un poco, pero ¿qué diríais si supieseis que no solanente los obreros, sino también los patronos, son miembros de licho sindicato y subscriptores al... (*Violentas interrupciones.*)

Los industriales.—(*Todos á la vez.*) ¡Embustero! ¡Socia-ista! ¡Anarquista! ¡Fuera!

Sverd.—(*En medio del tumulto.*) Creí que trataba con per-onas sensatas é inteligentes, pero veo que... (*Risas é interrup-iones.*)

Uno.—¡Imbécil!

Otro.—¡Loco!

Sverd.—No estoy solo; eso me consuela... (*Risas, tumulto. Se restablece poco á poco un silencio relativo.*) Voy á examinar aprovechando este silencio el proyecto del señor Holger. Mi primera objeción es que para que un sindicato de todos los ndustriales del país, de todos los del mundo civilizado, pueda ograr el éxito que se desea, es condición indispensable que odos formen parte de él.

Algunos.—¡Se obligará á ello!

Anker.—Respetemos la libertad de todos.

Varios.—No, no; se les obligará.

Sverd.—Señor presidente... (*Holger sigue impasible.*)

Anker.—¿Y si los Bancos les prestan ayuda?

Varios.—No se atreverán.

Sverd.—¿Y si los almacenes y depósitos?...

Los mismos.—¡Que lo intenten!

Sverd.—Nosotros tenemos otros dos sindicatos; el de co-nerciantes al por mayor y el de banqueros.

Mo.—Prescindiremos de los banqueros.

Otro.—Y venderemos al detall más barato que los almace-listas.

Sverd.—Pero olvidáis al partido liberal.

Anker.—Intervendremos en la política.

Mo.—Ya hace tiempo que nos mezclamos en ella.

Sverd.—Entonces... sindicato forzoso de los patronos contra los obreros; derogación del derecho á asociarse; lucha contra los almacenistas, contra los navieros... ¿Qué más?

Anker.—¿Y creéis que en ese caso podríamos triunfar?

Varios.—¡Ya lo veremos!

Sverd.—(*Vivamente.*) Supongamos por un instante que la lucha es posible, que tenéis á vuestra disposición obreros, patronos, mercados, ¿qué sucederá? Que al primer abuso por vuestra parte—y forzosamente tienen que producirse en esa especie de dictadura—estallará una revolución mil veces más sangrienta que todas las que hemos conocido hasta el día. ¿Habremos adelantado algo? No lo creo; será necesario volver á empezar de nuevo. Sin contar con que las fábricas incendiadas, los depósitos saqueados, la violencia triunfante y la amenaza de lo que hace ya tiempo se viene fraguando en los espíritus, comenzará á cumplirse.

Anker.—¡Es verdad!

Sverd.—Á la hora de la lucha, cualesquiera que sean los vencedores, patronos ú obreros, pagarán demasiado cara la victoria, y vosotros no habréis logrado, después de tantos esfuerzos, más que debilitar quizá á esa patria que habéis de defender y salvar. (*Los asistentes parecen asentir contra su voluntad.*)

Mo.—Á los obreros es á los que hay que decir eso.

Varios.—Á los unos y á los otros, puesto que pretendéis un imposible. Si interrogáis á la realidad veréis que el enemigo no está donde vosotros lo buscáis, porque el enemigo es el capital. La mayor parte de los industriales aquí reunidos trabajan con capitales tomados á préstamo, y los capitales...

Una voz.—¡No habléis del capital!

Sverd.—Pero ¿es que vuestro capital es sagrado?

Mo.—No; pero esos ataques...

Sverd.—Yo no ataco al capital.

La voz.—¡No ataquéis al capital! (*Explosión de risas.*)

Sverd.—¡Señor presidente! Si no se cortan estas interrup

ciones me veré precisado á terminar. (*Holger hace como si no hubiese oído. Risas, bravos.*) Conste que se me ha atropellado sin la protesta del presidente. (*Violento tumulto.*)

HOLGER.—(*Dominando el tumulto.*) Tiene la palabra el señor Ketil. (*Bravos y aplausos.*)

KETIL.—Señores: El pensamiento de nuestro honorable colega el señor Sverd, si es que no entendí mal, es que los obreros tienen derechos de que los industriales no pueden usar. De modo que frente á los que han fundado para minarnos el terreno, bajo el patronato del pastor Bratt, un sindicato nacional, debemos permanecer indefensos. (*Risas.*) Según el señor Sverd, es preciso aumentar los jornales para que los obreros puedan embriagarse á sus anchas y reservarles una parte en los beneficios, aun cuando nosotros no los tengamos. (*Nuevas risas.*) Ante este generoso reparto, los Bancos nos concederían crédito ilimitado; no habría desigualdades irritantes y todos paupérrimos gozaríamos de los beneficios de la libertad. (*Aplausos y risas.*) Habló después el señor Anker de los vicios de las clases directoras, ambición, lujuria, orgullo, preferible sin duda á la cobardía, al dolo y á la embriaguez que caracterizan á las clases populares. Los momentos, señores, son críticos y nuestra responsabilidad tremenda. El mal que nos aqueja sólo puede curarse por el hierro y por el fuego. (*Baja de la tribuna entre una salva de aplausos.*)

HOLGER.—El señor Anker ha pedido de nuevo la palabra.

UNA VOZ.—¡Á votar!

VARIOS.—Sí, sí, á votar.

ANKER.—(*Desde la tribuna.*) Unas palabras solamente, señores. Acaba de decirse aquí que yo proclamo la pobreza general, y esto es absolutamente falso. Queremos, no la pobreza, sino la solidaridad en el bienestar, la extinción del pauperismo y del millonarismo, y por consiguiente la de los vicios anejos á estos dos extremos. La inconsciencia y la locura con que los ricos dilapidan los millones es no sólo una anarquía, de especie más peligrosa que la otra, sino también un insulto á Dios.

KETIL.—Pido la palabra.

MO.—Señor presidente, me parece que nos apartamos de la cuestión.

VARIOS.—¡Á la cuestión, á la cuestión!

ANKER.—Á ella vuelvo.

OTROS.—¡Á votar! ¡Á votar!

ANKER.—Las condiciones que el señor Holger pretende imponer á los obreros son un ataque á la libertad individual, una violación de todas las leyes divinas y humanas, y estoy persuadido de que como yo opinan muchos de los que me escuchan. (*Baja de la tribuna.*)

HOLGER.—Ruego á los señores que opinan como el señor Anker tengan la bondad de levantarse. (*Silencio.*)

UN HOMBRE.—Suscribo todo lo que ha dicho el señor Anker. (*Risas. Anker sale del salón acompañado de su partidario.*)

HOLGER.—¿Se ha pedido votación?

TODOS.—Sí, sí.

HOLGER.—¿Desea la Asamblea oir antes al señor Ketil?

TODOS.—Sí, sí.

HOLGER.—El señor Blom tenía pedida la palabra antes que el señor Ketil. Puede hablar el señor Blom. (*Dirigiéndose á Elías Sang, que entra disfrazado de criado.*) Un vaso de agua para el señor Blom.

BLOM.—Señores: La situación es grave y confieso que me admira sobremanera el tono ligero que ha presidido estos debates. Sólo á fuerza de moderación y disciplina podremos conjurar el conflicto actual, atrayéndonos de paso las simpatías de una de las más altas instituciones nacionales, es decir, del...

UNA VOZ.—¿Del ejército?

OTRA.—¿Del rey?

UNA TERCERA.—¿Del pueblo?

BLOM.—De la Iglesia, que no está con los obreros, pero tampoco con nosotros, porque nos falta esa disciplina que tratamos de imponer. Soy partidario del proyecto del señor Holger, pero tengo la íntima convicción de que no podremos llevarlo á cabo sin el auxilio de la Iglesia.

HOLGER.—Tiene la palabra el señor Ketil. (*Aplausos unánimes.*)

KETIL.—Voy, señores, á formular una sola pregunta. ¿Por qué ha sostenido la Iglesia siempre, y conste que me dirijo al señor Blom, á los que están en el poder? ¿Por espíritu de disciplina? No lo creo. Conquistemos el poder, y todos los pastores estarán de nuestra parte. El problema, por lo que á los obreros respecta, es algo más complejo. Hay que sentarles la mano de cuando en cuando, siguiendo el ejemplo de lo que el gobierno francés hizo en 1871 para asegurar la paz. (*Aprobación.*) Aquí no es menester ir tan lejos. Hace un momento se nos reprochaba el que derrochásemos los millones, como si eso significara algo al lado de las pérdidas qne ocasionan ciertas huelgas en Inglaterra y América. Sería insigne necedad sentir escrúpulos cuando se trata de conquistar el poder para ejercerlo en provecho de todos. Por esto yo, señores, os recomiendo que votéis el proyecto del señor Holger por aclamación. (*Aplausos.*)

MO.—¡Viva el señor Holger!

TODOS.—¡Viva!

ANKER.—(*Entrando de nuevo en el salón.*) Señor presidente, no podemos salir, todas las puertas están cerradas.

HOLGER.—El portero os las abrirá.

ANKER.—No encontramos al portero.

HOLGER.—Por ahí había algún criado.

ANKER.—No hemos visto ninguno.

MO.—Pero si hace un instante estaba aquí uno.

UNA VOZ.—Aquí viene.

HOLGER.—No le conozco; pero no importa. Acompañe usted estos señores á la calle y busque al portero. (*Pausa. El criado mira á su reloj y después sale con Anker y sus compañeros.*) Señores, quiero, y perdonad que por este incidente lo haya retardado, expresaros mi agradecimiento. El homenaje que hace un momento me habéis dispensado testimonia bien claramente la confianza que os merezco, y á la que procuraré corresponder. Del resultado de la votación informaré á los

delegados obreros. Hace un momento me visitaron para cantarme el aria de siempre: á ellos les debemos nuestra fortuna, la humanidad progresa á sus expensas, etc., etc., olvidando que el trabajo individual es un esfuerzo aislado, completamente estéril, y que sólo por el trabajo colectivo y organizado es posible la vida social. Gracias á nosotros, que representamos el trabajo organizado, el país prospera y hasta el proletario encuentra más fácil la existencia. Si alguna vez por el sufragio universal ó por cualquier otro medio los obreros llegasen al poder, caeríamos en la abyección y en la decadencia más profundas, y será preciso exterminarlos á cañonazos. (*Aplausos.*) Y ahora, señores, á la mesa. (*En la terraza la orquesta comienza á tocar.*)

ANKER.—(*Entrando de nuevo.*) No se puede salir; todas las puertas están cerradas. (*Viva inquietud.*)

HOLGER.—Pues se derribarán las puertas.

ANKER.—Están sujetas por fuera con barras de hierro.

HOLGER.—¿Y el criado que les acompañaba?

ANKER.—Ha desaparecido.

MO.—Está aquí.

HOLGER.—(*Llamándolo.*) Dinos qué sucede.

EL CRIADO.—Que estamos encerrados.

HOLGER.—Pero ¿y el portero y la demás servidumbre?

EL CRIADO.—Se marcharon.

ALGUNOS.—Llamad á la policía. (*Van hacia las ventanas.*)

VARIOS.—No hay nadie.

OTROS.—Estamos encerrados.

UNO.—¿Qué va á suceder aquí?

MO.—¡Silencio! (*Se oye muy distintamente la música.*)

UNA VOZ.—Que calle esa música.

TODOS.—Sí, que calle.

MO.—(*Al criado.*) ¿Qué significa esto?

EL CRIADO.—(*Sombrío.*) Que alguien les espera.

MO.—¿Quién?

EL CRIADO.—Margen Hang, la que enterramos esta mañana.

Mo.—¿Qué quieres decir?

El criado.—Que entre las salas del piso bajo del castillo nuevo y las minas del antiguo, alguien dejó establecida una comunicación eléctrica. Hace unos ocho días que esas minas están abarrotadas de barriles de pólvora y de dinamita. (*Profundo silencio.*)

Holger.—¿Quién ha hecho eso?

El criado.—El mismo que dejó establecida la comunicación.

Mo.—¿Y tú quién eres?

El criado.—¿Qué te importa? No aspiro á la inmortalidad.

Varios.—¡Miserable! ¡asesino!

Holger.—Dejadme hablar con este hombre.

El criado.—(*Mirando su reloj.*) Despacha pronto, porque ha llegado la hora.

Holger.—¿Cuánto quieres por dejarnos salir de aquí. Dilo y se te entregará ahora mismo. (*Elías Sang no contesta.*)

El criado.—(*Dirigiéndose á los aterrados circunstantes.*) Voy á pilotear el barco en este último viaje... Mucho cuidado con marearse.

Ketil.—Pero ¿adónde vamos?

El criado.—Á volar por los aires, amigo.

Holger.—¿Pronto?

El criado.—Ahora mismo. (*Va hacia una de las ventanas.*)

Holger.—No serás tú quien des la señal. (*Dispara con un revólver sobre el criado dos veces.*)

El criado.—(*Se detiene herido y elevando los ojos al cielo exclama:*) ¡Está bien! (*Cae á los pies de Holger. Súbitamente, por la izquierda, entra un Hombre vestido de negro, que, al ver al herido, prorrumpe en gritos y sale corriendo perseguido por Holger, que le dispara las balas que quedan en el revólver.*)

Mo.—¡Silencio!

Algunos.—¿Qué pasa?

Mo.—Alguien llama desde fuera.

Uno.—Vienen á socorrernos. (*Van casi todos hacia las ventanas.*)

Mo.—Es una mujer que está al otro lado del foso.

Alguien.—(*Desde una ventana.*) Y que agita un pañuelo.

Mo.—¡Silencio!

Una voz de mujer.—(*A lo lejos.*) ¡Salid inmediatamente! ¡El castillo está minado!

El criado.—(*Con voz moribunda.*) ¡Raquel!

Holger.—Vive aún.

Varios.—(*Gritando á las ventanas.*) ¡No podemos salir!

Mo.—Que grite uno solo para que nos entienda. (*Gritando.*) ¡No podemos salir!

Varios.—Mandad alguno que nos abra.

La voz de mujer.—No puede acercarse nadie. Está levantado el puente levadizo.

El criado.—¡Raquel!

Holger.—¡Es su hermano! ¡Es Elías Sang!

Uno.—¿Qué hacemos?

Otro.—Si tuviésemos escalas de salvamento, saltar por las ventanas.

Holger.—No hay.

Mo.—(*Arrojándose sobre Holger.*) Esto es una miserable emboscada.

Uno.—Gracias á usted pereceremos todos.

Holger.—(*Fríamente.*) Señores, os suplico que afrontéis con calma la situación. Aun hay esperanza. El encargado de dar la señal está en el suelo. (*El criado al oir estas palabras intenta en vano levantarse.*)

Varios.—Todavía vive.

Uno.—Quiere decir algo.

El criado.—No, no estoy solo.

Alguien.—¿Dónde están los demás? (*Mo, furioso, se avalanza á una ventana y antes de que nadie pueda detenerle se precipita en el vacío.*)

Una voz.—Se ha aplastado contra el puente de piedra.

Algunos.—¡Dios mío! ¡qué va á ser de nosotros!

Holger.—Resignémonos á morir pensando que esta muerte será el triunfo definitivo de nuestra causa. Jamás por la dina-

mita conquistarán nuestros adversarios el poder. Vamos á salvar á la sociedad. (*Fuera se oye la risa del Hombre vestido de negro, que es el loco del primer acto.*)

ALGUIEN.—Ese es el que va á dar la señal.

VARIOS.—Detenedle, matadle. (*Salen casi todos corriendo detrás de él.*)

ESCENA II

HOLGER, KETIL, ANKER, EL CRIADO

ANKER.—Encomendémonos á la misericordia divina.

KETIL.—En mi larga vida de marino he visto la muerte de cerca muchas veces y no me asusta.

HOLGER.—(*Mirando al criado.*) Ha muerto.

KETIL.—(*A Holgen*) ¿Es imposible escapar?

HOLGER.—Imposible.

KETIL.—Está bien.

ANKER.—Déjate de baladronadas y reza conmigo, que es lo mejor que puedes hacer.

KETIL.—¿Para qué? El espíritu no puede renovarse en cinco minutos. Quien me juzgue en las alturas no tendrá en cuenta estas oraciones, que yo mal podría balbucear ahora. (*Se oyen abajo las risas del loco y los gritos de sus perseguidores.*)

ANKER.—Roguemos por nuestros hijos para que sean menos desgraciados que nosotros. Roguemos á Dios. (*Entran todos los que fueron á perseguir al loco.*)

KETIL.—Necesitábamos un hombre.

HOLGER.—No vendrá.

ANKER.—¡Rezad conmigo, que aun es tiempo! ¡Pedid á Dios que ayude á los buenos! ¡Dios salve á la patria! ¡Dios salve...

(*Se oye un ruido como de tempestad en el mar, seguido de gritos de espanto. Ketil y Holger caen derribados, desapareciendo bajo una nube de polvo. Óyese aún la voz de Anker.*) ¡Dios salve á la patria! ¡Dios salve!... (*Segundo estruendo, más formidable que el primero. Todo desaparece.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

Jardín de un hospital. Bajo algunos árboles bancos circulares. Se oye un canto lejano, que al levantarse el telón va extinguiéndose.

ESCENA I

Entra RAQUEL lentamente, acompañada de HALDEN

RAQUEL.—¡Qué feliz me siento en este jardín! En casa me mata la pena... Aquí, al menos, hay aire y verdor.

HALDEN.—¡La Naturaleza es un gran calmante!

RAQUEL.—Que no fatiga, como la gente que intenta consolarnos y no hace más que reavivar el recuerdo.

HALDEN.—Reavivar recuerdos es siempre triste.

RAQUEL.—Yo no quisiera, pero el dolor reanima siempre las memorias. Que al menos, ya que no lo fué en vida, sea mío después de muerto. Necesito sepultarme entre las ruinas del pasado, participando más allá de la muerte de las maldiciones con que los escépticos y los ingratos abominan hoy de su memoria. Él no se hizo ilusiones. Sabía que no comprenderían su sacrificio, y sin embargo se ofreció con toda la fe de un mártir.

HALDEN.—Tú debes fortalecer tu corazón y vivir.

RAQUEL.—¿Para qué?

HALDEN.—Para salvar á los demás.

RAQUEL.—¡Sólo él llena mi alma! Ni siquiera alimento odio hacia el hombre que lo perdió.

HALDEN.—Ese hombre creía en la salvación de los demás. Creía en un despertar de las conciencias.

RAQUEL.—Pues ahora ya no hay esperanza. Hemos retrogradado á la barbarie. El porvenir es una palabra vana; la dicha una quimera. Id á hablar á esos hombres de quienes la fe ha huído de bondad, de perdón y de misericordia, y veréis como lo que piden es venganza. Todos los sacrificios son estériles. La muerte de Elías no ha operado transformación ninguna. ¿Qué es la muerte comparada con una vida sin esperanza? Después de una terrible noche, el sol, este inexorable sol que nos ciega y esta primavera que nos embalsama, se avergüenzan de nuestras lamentaciones y de nuestras miserias. Podíamos ser felices y hemos hecho de este mundo un infierno, y nosotros, protervos, condenados, no oímos la voz de la Naturaleza, que nos dicta palabras de paz.

HALDEN.—Eres injusta, Raquel.

RAQUEL.—Las penas la hacen á una siempre injusta y egoísta. ¡Sentía tanta necesidad de desahogar mi corazón!

HALDEN.—Elías no tuvo más remedio que hacer lo que hizo.

RAQUEL.—(*Divagando.*) El no creía que la salvación estuviese en la paz ni la dicha en el trabajo, sino en el predominio de la voluntad. Si existe un «bien» y un «mal», ¿cómo llegó Elías á pensar en destruirlo todo? ¡Cuánto debió sufrir antes de decidirse á llevar á cabo tan horrendo crimen! Estoy segura de que seguía los dictados de su conciencia... (*Pausa.*) Dios, fuente infinita de bondad, de belleza y de luz, sólo por el dolor y las lágrimas se nos revela y no le conocemos verdaderamente hasta después de haber llorado. Tu muerte, Elías, no será estéril, porque has sembrado el dolor que salva, que purifica, todo vida, todo inteligencia, todo misericordia. Nuestra alma es como un cristal empañado por el aliento impuro de los hombres y á quien el dolor hace de nuevo transparente. Ahora te comprendo, hermano, como mereces. ¡Mis lágrimas harán sagrada tu memoria!

HALDEN.—Holger viene. (*Raquel sale á su encuentro; Halden se retira hacia la izquierda.*)

ESCENA II

HOLGER, RAQUEL, después HALDEN y luego BRATT.—HOLGER viene sentado en un sillón con ruedas, que conducen dos criados; lleva la cabeza vendada.

RAQUEL.—¿Quiere usted descansar un rato aquí? (*Los criados se detienen.*)

HOLGER.—*(Tratando de levantar el brazo derecho.)* Me olvido de que no puedo mover el brazo. Quería indicar á los criados que se retirasen. (*Éstos se alejan.*) Tengo que decirle á usted una cosa, Raquel.

RAQUEL.—Puede usted comenzar.

HOLGER.—(*En voz baja.*) Como usted sabe, cuando me extrajeron de entre las ruinas del castillo, yo era el único superviviente de la espantosa catástrofe. Usted quiso traerme á su hospital. Conste que no tengo yo la culpa de estar aquí.

RAQUEL.—¿Le contraría á usted eso?

HOLGER.—No; pero mi grave dolencia me impidió decir á usted...

RAQUEL.—¿Qué? (*Pausa.*)

HOLGER.—¿Han encontrado el cuerpo de su hermano?

RAQUEL.—Horriblemente mutilado.

HOLGER.—¿Sin indicios de cómo ha muerto?

RAQUEL.—(*Admirada.*) ¿No ha muerto como los demás?

HOLGER.—No; vino á decirnos que iba á dar la señal, y dispararon sobre él.

RAQUEL.—¿Quién?

HOLGER.—Alguien que no lo conocía.

RAQUEL.—¿Fué usted?

HOLGER.—No lo conocía, repito. Ignoraba que fuese su hermano...

RAQUEL.—¡Esto es monstruoso!

HOLGER.—Murió como un valiente. Al caer dijo: «Está bien.» Y cuando usted comenzó á gritar pronunció dos veces su nombre.

RAQUEL.—(*Alejándose.*) ¡Elías! ¡Elías!

HOLGER.—¿Me abandona usted?

RAQUEL.—(*Sollozando.*) No, no...

HOLGER.—Decid á los criados que me lleven un poco más lejos. (*Hans Braa y Aspelund entran por la derecha y atraviesan la escena hablando en voz baja.*)

RAQUEL.—(*Ensimismada.*) ¡Ha pronunciado mi nombre antes de morir! (*Halden entra de nuevo por la izquierda. contempla á Raquel en silencio y va á arrodillarse ante ella.*) ¿Es usted?

HALDEN.—Sí; yo que me arrodillo ante usted. Tenía usted razón.

RAQUEL.—¿Qué significa eso?

HALDEN.—Más de lo que usted supone.

LA VOZ DE BRATT.—(*En el fondo.*) Sí, sí. (*Halden sale por la izquierda. Bratt vaga hablando con un sér imaginario.*) Si, ya veo que esa es vuestra opinión.

RAQUEL.—¡Hola! ¿es usted Bratt? (*Brat con aire abatido, ojos extraviados y hablando muy lentamente.*) Sí, yo y el señor Lasalle. Voy á presentárselo á usted, señorita Sang. La señorita Sang... El señor Lasalle... (*Se inclina á derecha é izquierda, haciendo una nueva presentación.*)

RAQUEL.—Ya me lo ha presentado usted.

BRATT.—Pero si no es á usted á quien se lo presento, es al hijo del señor Holger. ¿No estaba aqui hace un instante?

RAQUEL.—¿El hijo del señor Holger?

BRATT.—Sí, para esa nueva instalación eléctrica.

RAQUEL.—¿Á quién ha visto usted aquí hace un momento?

BRATT.—¿Á quién? ¿á quién? ¿Á quién aquí?

RAQUEL.—Sí... aquí... ¿ha visto usted á alguien?

BRATT.—Alguien era... pero no puedo... Voy á preguntárselo al señor Lasalle. Señor Lasalle, ¿quiere usted decirme quién era ese... ese que estaba preparando las minas?

RAQUEL.—¡Ay, Dios mío!

BRATT.—Porque ya sabe usted que están de moda las minas ahora.

RAQUEL.—¿Va usted á las del castillo todos los días?

BRATT.—Sí, porque allí es donde lo he perdido.

RAQUEL.—¿Cómo se encuentra usted hoy?

BRATT.—(*Como divagando.*) Bien, gracias. ¡Si solamente hubiese perdido!... ¡Hace tanto tiempo que lo estoy buscando!... ¡Y ahora no recuerdo lo que buscaba!... ¡Es terrible!...

RAQUEL.—Esto le sienta usted muy bien.

BRATT.—Sí, muy bien... ¡Si pudiese acordarme de lo que era!

RAQUEL.—El señor Lasalle le ayudará á usted.

BRATT.—El señor Lasalle dice que es preciso buscar debajo de las ruinas.

RAQUEL.—Sí, allí es donde lo ha perdido usted.

BRATT.—Allí es.

RAQUEL.—¿Va usted hacia allá ahora?

BRATT.—Sí, con el señor Lasalle. (*Sale hablando.*) Busco, busco, busco siempre, busco y no puedo acordarme. ¡He trabajado tanto!... (*Aparece un criado.*)

RAQUEL.—(*Al criado.*) No le deje usted salir del parque. (*El criado marcha por la izquierda detrás de Bratt. Pausa.*) Volved á mí, queridos pensamientos de duelo, dulces recuerdos del muerto amado. ¡Elías, Elías! ¡No supe sacrificarme por ti! ¡Me faltaron las fuerzas! Tus últimas palabras han sido como una protesta contra tu vida truncada y perdida por mi culpa. Ahora soy yo quien te llama, porque siento que la vida se extingue en mí. ¡Elías, Elías!

ESCENA IV

El canto, que no ha cesado de oirse desde el principio del acto, se percibe ahora más claramente. SPERA y CREDO entran corriendo y se abrazan á RAQUEL.

RAQUEL.—¡Vosotros aquí! ¡Y yo que os había olvidado! (*Llora.*) ¿Cómo os han permitido venir á verme?

SPERA.—Veníamos sólo á ver al tío.

CREDO.—Pero al entrar nos han dicho que desde ahora...

SPERA.—Podemos estar contigo.

RAQUEL.—¿Quién os ha dicho eso?

SPERA y CREDO.—El tío.

SPERA.—Ha dicho también que nos construirá una casa en el parque.

CREDO.—Y que hagamos lo que tú nos mandes.

RAQUEL.—(*Hablando consigo.*) ¿Será la aurora de días más dichosos? (*Los abraza.*)

SPERA.—No hemos hecho más que recordarte en el tiempo que de ti hemos estado separados.

CREDO.—Y pensar en lo que te diríamos cuando nos dejasen volver á verte.

SPERA.—¿Por qué estás tan triste?

RAQUEL.—He sufrido mucho.

SPERA.—Ya lo sabemos. Y aunque para ti no podamos ser lo que él fué...

CREDO.—Haremos lo que nos mandes, seremos lo que quieras que seamos.

SPERA.—El porvenir nos reserva mucha felicidad.

RAQUEL.—No, no; el porvenir para mí es una palabra sin sentido.

CREDO.—Nuestro porvenir es el tuyo.

RAQUEL.—Vosotros sois jóvenes y todo para vosotros está reñado de sonrisas.

SPERA.—¿No eres tú la vida de estos desgraciados?

RAQUEL.—La vida está más allá.

CREDO.—Más allá de estas tareas sublimes, no.

SPERA.—¡Si hubieses oído á papá hablar de eso! De los diques ›ntra lo que él llamaba «la desesperación de las masas»...

RAQUEL.—«¿La desesperación de las masas?»

CREDO.—Por lo que Elías ha muerto.

RAQUEL.—¿Tu padre os hablaba de eso?

CREDO.—Muy á menudo. Decía que esa era nuestra mayor ›sdicha; que había que poner remedio á ella de cualquier ›anera.

SPERA.—Por eso debemos vivir nosotros.

RAQUEL.—Pero ¿quién remediará este mal?

CREDO.—Los inventos. Papá lo decía muchas veces cuando ›amos pequeños.

RAQUEL.—¿Cómo podrán los inventos hacer más felices á ›s hombres?

CREDO.—Procurando que la existencia de los tristes sea ›ás alegre.

SPERA.—Que unos metros de tierra produzcan lo suficiente ›ra alimentar á una familia.

RAQUEL.—¿Y será posible eso?

CREDO.—Sí. Cuando la ciencia haya progresado y pueda ›meñar la tierra para que prodigue las cosechas y horadar ›ás fácilmente las montañas y surcar los espacios, terminarán ›n el mundo los sufrimientos y comenzará una vida más fácil, ›ás humana, menos dura.

CREDO.—¡Spera! Di á Raquel lo que pensabas hace pocos ›as.

SPERA.—No, yo no; díselo tú.

CREDO.—Pues me decía que era preciso fundar asociaciones ›ra la educación de la juventud, donde una estrecha solidadad uniese á todos en un ansia profunda de bienestar uni›ersal.

SPERA.—Y si tuviera elocuencia predicaría á las mujeres e nuevo Evangelio: «Vuestra vida no debe tener más objeto qu el de hacer hombres á vuestros hijos.»

RAQUEL.—Al escucharos me imagino que una era de paz y de ventura surge bienhechora de entre los escombros de otr. egoísta y torpe.

CREDO.—Comienza un amanecer luminoso. Es el progres que se cumple inevitablemente después de las grandes catás trofes.

SPERA.—Ó Dios que comienza á vivir en los corazones.

CREDO.—O el porvenir que otros habían ya preparado.

RAQUEL.—Y que todos los hombres esperan.

CREDO.—Lo que prueba que el bien existe y que hay alg mejor más allá de este mundo. *(Pausa larga.)*

RAQUEL.—*(Levantándose.)* Voy á dar las gracias al seño Holger por haberos permitido venir á mi lado.

SPERA y CREDO.—Iremos los tres.

RAQUEL.—*(Abrazándolos con ternura.)* Ahora debíais...

CREDO.—¿Qué?

RAQUEL.—Rogar á vuestro tío que vuelva á admitir á lo obreros en la fábrica.

SPERA y CREDO.—Se lo rogaremos.

RAQUEL.—Porque es necesario que alguien comience á per donar.

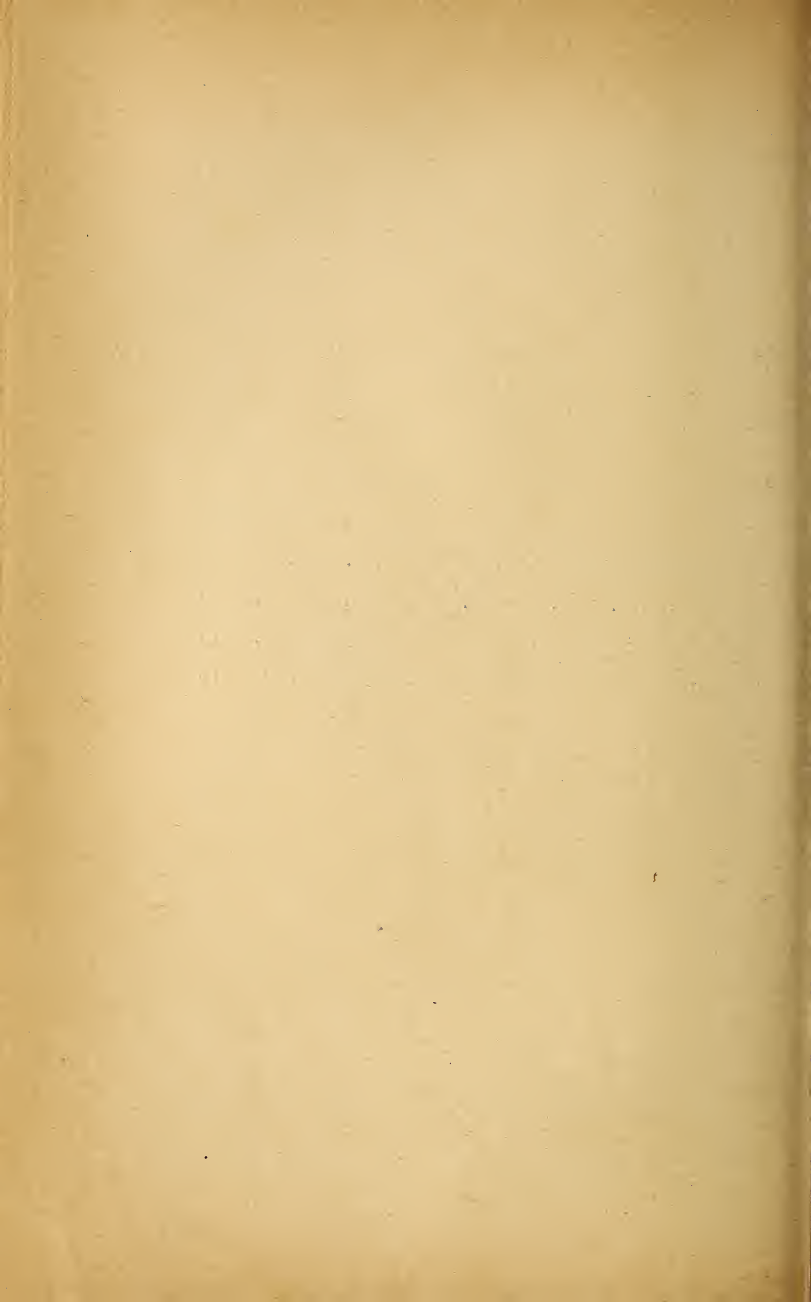
CREDO.—Sí, es preciso que el perdón ilumine las almas *(Salen los tres por la derecha. Continúa el canto, ahora má cristalino, más jovial, más lleno de esperanza.)*

TELÓN

FIN DE «MÁS ALLÁ DE LAS FUERZAS HUMANAS»

INDICE

—



OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

	PRECIO — *Pesetas*
.. **Hamon.**—Determinismo y responsabilidad. 1 tomo.	1
.. **Hamon.**—Psicología del Militar profesional. 1 tomo.	1
.. **Hamon.**—Psicología del socialista-anarquista. 1 tomo.	1
.lcalá Galiano (José).—Las diez y una noches (Cuentos occidentales). 1 tomo. . .	1
.lexis (Paul), Bonafoux, Blasco Ibáñez.—Emilio Zola (su vida y sus obras). 1 tomo.	1
.lexis (Paul).—Las chicas del amigo Lefévre. 1 tomo.	1
.ngel Guerra.—Literatos extranjeros. 1 t. .	1
3akounine (Miguel).—Dios y el Estado. 1 t.	1
3akounine (Miguel).—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo. 1 tomo.	1
3arón d'Holbach.—Moisés, Jesús y Mahoma. 1 tomo.	1
3jœrnstjerne Bjœrnson.—El Rey. 1 tomo. .	1
3lasco Ibáñez (Vicente).—Arroz y tartana. 1 tomo.	1
3lasco Ibáñez (Vicente).—Flor de Mayo. 1 t.	1
3lasco Ibáñez (Vicente).—Cuentos valencianos. 1 tomo.	1

	PRECI — *Peseta*
Blasco Ibáñez (Vicente).—La condenada. 1 t.	1
Büchner (Luis).—Fuerza y materia. 1 tomo.	1
Büchner (Luis).—Luz y vida. 1 tomo. . . .	1
Bueno (Manuel).—A ras de tierra. 1 tomo. .	1
Comandante *.**—Así hablaba Zorrapastro. 1 tomo.	1
Conde Fabraquer.—La expulsión de los jesuítas. 1 tomo.	1
Chamfort.—Cuadros históricos de la Revolución francesa. 1 tomo.	1
D'Annunzio (Gabriel).—Epíscopo y Compañía. 1 tomo.	1
Darwin (Carlos).—El origen del hombre. 1 t.	1
Darwin (Carlos). — Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.	2
Darwin (Carlos).—Origen de las especies. 3 t.	3
Darwin (Carlos).—La expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.	2
Daudet (Alfonso).—Cuentos amorosos y patrióticos. 1 tomo.	1
De la Torre (José María).—Cuentos del Júcar. 1 tomo.	1
Diderot.—Obras filosóficas. 1 tomo. . . .	1
Draper (Juan Guillermo).—Conflictos entre la Religión y la Ciencia. 1 tomo.	1
Engels (Federico).—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 tomos..	2
Faure (Sebastián).—El dolor universal. 2 t.	2

	PRECIO — *Pesetas*
Flaubert (Gustavo).—Por los campos y las playas. 1 tomo.	1
France (Anatolio).—La cortesana de Alejandría (Tais). 1 tomo.	1
Garchine (Vsevolod).—La guerra. 1 tomo. .	1
Gautier (Judith).—Las crueldades del amor. 1 tomo.	1
Gautier (Teófilo).—Un viaje por España. 1 t.	1
George (Enrique).—Progreso y miseria. 2 t.	2
George (Enrique) —Problemas sociales. 1 t.	1
Gómez Carrillo (E.).—Desfile de visiones. 1 t.	1
Goncourt (Edmundo de).—La ramera Elisa. 1 tomo.	1
Gorki (Máximo).—Los ex-hombres. 1 tomo.	1
Gorki (Máximo).—En la prisión. 1 tomo. . .	1
Grave (Juan).—La sociedad futura. 2 tomos.	2
Grave (Juan).—La sociedad moribunda y la Anarquía. 1 tomo.	1
Guy de Maupassant.—El Horla. 1 tomo. . .	1
Guy de Maupassant.—La mancebía. 1 tomo.	1
Haeckel (Ernesto).—Los enigmas del Universo. 2 tomos.	2
Haggard (Rider).—El hijo de los boers. 1 t.	1
Heine (Enrique).—De la Alemania. 2 tomos.	2
Heine (Enrique).—Los dioses en el destierro. 1 tomo.	1
Hugo (Víctor).—El sueño del Papa. 1 tomo.	1
Ibsen (Enrique).—La comedia del amor.—Los guerreros en Elgeland. 1 tomo. . . .	1

PRECIO — *Pesetas*

Ibsen (Enrique).—Emperador y Galileo.—Juliano Emperador. 2 tomos.	2
Ibsen (Enrique).—Los espectros.—Hedda Gabler. 1 tomo.	1
Inchofer (Melchor) *(Jesuíta)*.—La monarquía jesuíta. 1 tomo.	1
Ingegnieros (José).—La simulación en la lucha por la vida. 1 tomo.	1
Ingegnieros (José).—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte. 1 tomo.	1
Kropotkine (Pedro).—La conquista del pan. 1 tomo.	1
Kropotkine (Pedro).—Palabras de un rebelde. 1 tomo.	1
Kropotkine (Pedro).—Campos, fábricas y talleres. 1 tomo.	1
Kropotkine (Pedro).—Las prisiones. 1 tomo.	1
Kropotkine (Pedro).—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.	2
Laugel (Augusto).—Los problemas de la Naturaleza. 1 tomo.	1
Laugel (Augusto).—Los problemas del alma. 1 tomo.	1
Laugel (Augusto).—Los problemas de la vida. 1 tomo.	1
López Ballesteros (Luis).—Junto á las máquinas. 1 tomo.	1
Lubbock (John).—La dicha de la vida. 1 t. .	1
Mackay (Juan Enrique).—Los anarquistas.	

PBECIO — *Pesetas*

(Costumbres de fines del siglo XIX.) 1 t. 1

Mæterlinck (Mauricio).—El tesoro de los humildes. 1 tomo. 1

Malato (Carlos).—Filosofía del anarquismo. 1 tomo. 1

Malato (Carlos).—La gran huelga. (Horrores del capitalismo.) 2 tomos. 2

Marx (Carlos).—El capital. 1 tomo. 1

Matto de Turner (Clorinda).—Aves sin nido. 1 tomo. 1

Max Nordau.—El mal del siglo. 2 tomos. . 2

Max Nordau.—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos. 2

Max Nordau.—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.. 2

Max Nordau.—La comedia del sentimiento. 1 tomo. 1

Max Stirner.—El Único y su propiedad. 2 t. 2

Mazzini (José).—Deberes del hombre. 1 t. . 1

Merejkowski (Dimitry de).—La muerte de los dioses. 2 tomos. 2

Merejkowski (Dimitry de).—La resurrección de los dioses. 2 tomos. 2

Merejkowski (Dimitry de).—El Anticristo. (Pedro y Alejo.) 2 tomos. 2

Merimée (Próspero).—Los hugonotes. 1 t. . 1

Merimée (Próspero).—Cosas de España. 1 t. 1

Mirbeau (Octavio).—Sebastián Roch (La educación jesuítica). 1 tomo.. 1

	PRECIO — *Pesetas*
Mitjana (Rafael).—Discantes y contrapuntos. 1 tomo.	1
Mitjana (Rafael). — En el Magreb-el-Aksa. (Viaje á Marruecos). 1 tomo.	1
Moebius (P. J.).—La inferioridad mental de la mujer. 1 tomo.	1
Morote (Luis).—Pasados por agua. 1 tomo. .	1
Morote (Luis).—Rebaño de almas. 1 tomo. .	1
Morote (Luis).—La Duma (Segunda parte de «Rebaño de almas»). 1 tomo.	1
Nákens (José).—Los horrores del absolutismo. 1 tomo.	1
Naquet (Alfredo).—La Anarquía y el Colectivismo. 1 tomo.	1
Octavio Picón (Jacinto).—Drama de familia. 1 tomo.	1
Pérez Arroyo (Gregorio).—Cuentos é historias. 1 tomo.	1
Petronio.—El Satiricón. 1 tomo..	1
Pío Baroja.—El tablado de Arlequín. 1 tomo.	1
Proudhon (P. J.).—¿Qué es la propiedad? 1 t.	1
Reclús (Elíseo).—Evolución y revolución. 1 t.	1
Reclús (Elíseo).—La montaña. 1 tomo. . .	1
Reclús (Elíseo).—Mis exploraciones en América. 1 tomo.	1
Reclús (Elíseo).—El arroyo. 1 tomo. . . .	1
Renán (Ernesto).—Estudios religiosos. 1 t. .	1
Renán (Ernesto).—El porvenir de la Ciencia. 2 tomos..	2

	PRECIO — *Pesetas*
Renán (Ernesto).—El Anticristo. 2 tomos. .	2
Renán (Ernesto).—La iglesia cristiana. 1 t. .	1
Renán (Ernesto).—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos. . .	2
Renán (Ernesto).—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.	2
Rizal (José).—Noli me tángere (El país de los frailes). 1 tomo.	1
Robert (Roberto).—Los cachivaches de antaño. 1 tomo.	1
Rochefort (Henry).—La aurora boreal. 1 t. .	1
Rodríguez Mendoza (E.).—Vida nueva... 1 t.	1
Rydberg (Víctor).—Singoala. 1 tomo. . . .	1
Salinas (Germán).—Los satíricos latinos. 2 t.	2
Schopenhauer (Arturo).—La libertad. 1 t. .	1
Schopenhauer (Arturo).—El amor, las mujeres y la muerte. 1 tomo.	1
Serao (Matilde).—¡Centinela, alerta! 1 tomo.	1
Séverine.—Páginas rojas. 1 tomo.	1
Séverine.—En marcha... 1 tomo.	1
Sorel (Georges).—El porvenir de los Sindicatos Obreros. 1 tomo.	1
Spencer (Herbert).—Origen de las profesiones. 1 tomo.	1
Spencer (Herbert).—El individuo contra el Estado. 1 tomo.	1
Spencer (Herbert).—Creación y evolución. 1 t.	1
Spencer (Herbert).—Educación intelectual, moral y física. 1 tomo.	1

	PRECIO — *Pesetas*
Strauss (David-Federico).—Estudios literarios y religiosos. 1 tomo.	1
Strauss (David-Federico).—La antigua y la nueva Fe. 1 tomo.	1
Sudermann (Hermann).—El camino de los gatos. 1 tomo.	1
Sudermann (Hermann).—El deseo. 1 tomo. .	1
Sudermann (Hermann).—Las bodas de Yolanda. 1 tomo.	1
Sudermann (Hermann).—El molino silencioso. 1 tomo..	1
Sudermann (Hermann).—La mujer gris. 1 t.	1
Tchekhov (Antón).—Vanka. 1 tomo. . . .	1
Teniente O. Bilse.—Pequeña guarnición. 1 t.	1
Tolstoi (León).—La verdadera vida. 1 tomo.	1
Tolstoi (León).—La guerra ruso-japonesa. 1 tomo.	1
Tolstoi (León).—La escuela de Yasnaïa-Poliana. 1 tomo..	1
Ugarte (Manuel).—Visiones de España. 1 t.	1
Ugarte (Manuel).—El Arte y la Democracia. 1 tomo.	1
Vandervelde (Emilio).—El colectivismo. 1 t.	1
Voltaire.—Diccionario filosófico. 6 tomos. .	6
Wagner (Ricardo).—Novelas y pensamientos. 1 tomo.	1
Zola (Emilio).—El mandato de la muerta. 1 t.	1
Zola (Emilio).—Cómo se muere. 1 tomo. . .	1

J. MICHELET

HISTORIA

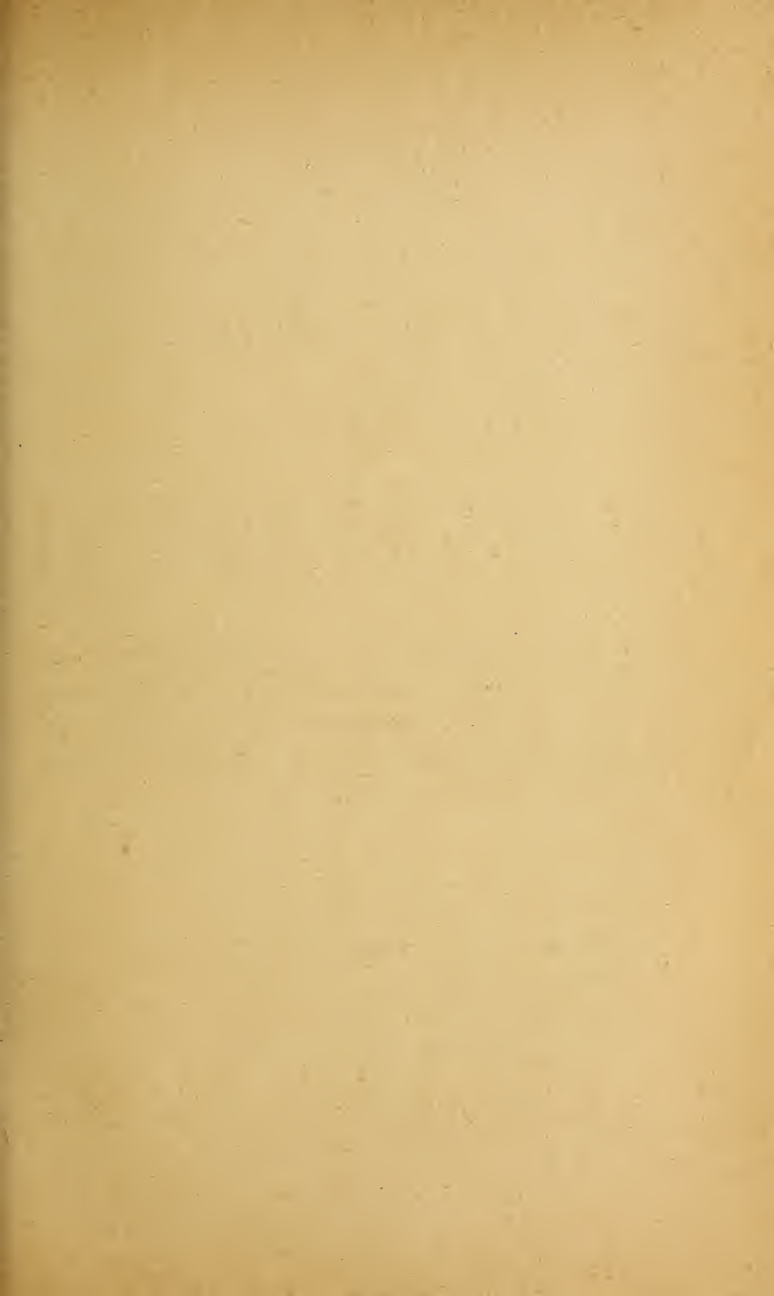
DE LA

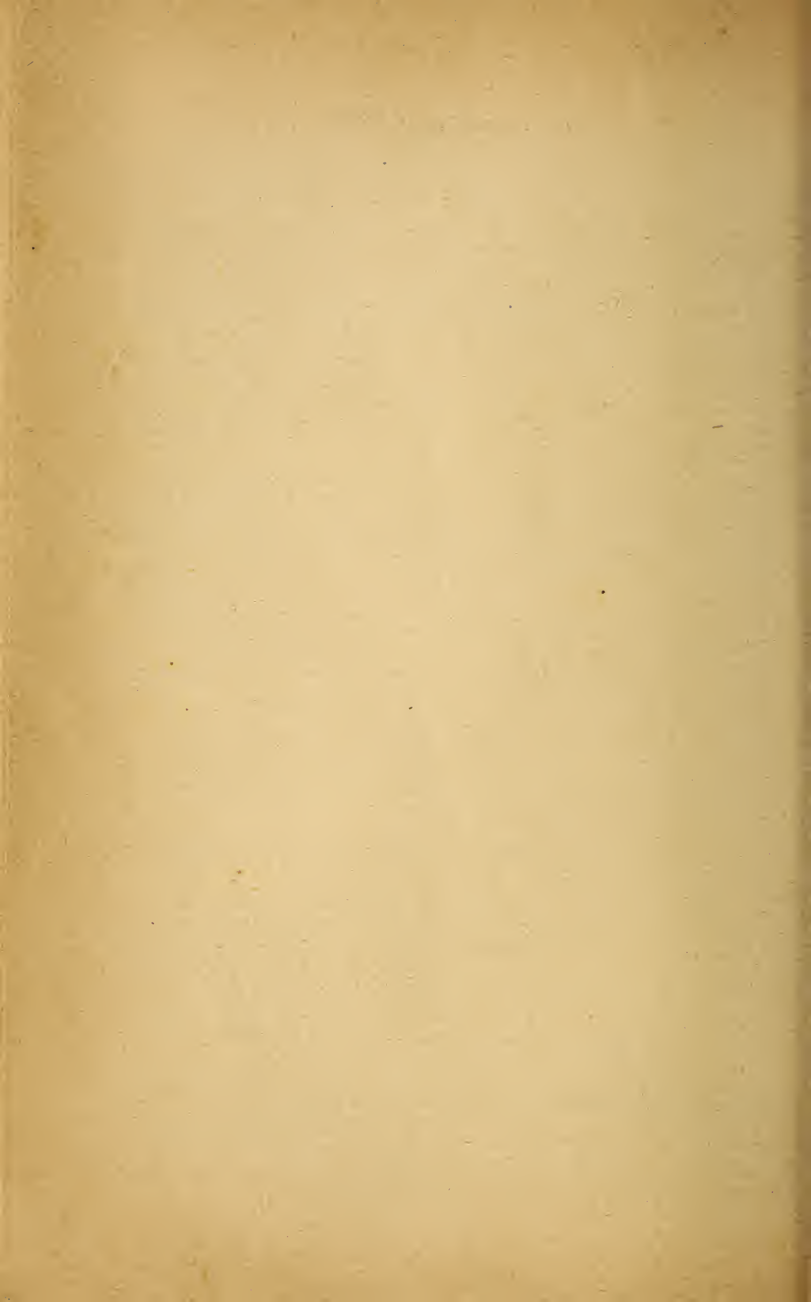
REVOLUCIÓN FRANCESA

Ilustrada con más de 1.000 grabados reproduciendo escenas de la Revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época. —Traducida por primera vez del francés.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez

Tres gruesos volúmenes encuadernados en tela, á 10 pesetas volumen.





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

E. Gómez Carrillo.—*Desfile de visiones.*
Clorinda Matto de Turner.—*Aves sin nido.*
Enrique Heine.—*De la Alemania.* (Dos tomos.)
Pedro Kropotkine.—*El apoyo mutuo. Un factor de la evolución.* (Dos tomos.)
José Alcalá Galiano.—*Las diez y una noches.* (Cuentos occidentales.)
Luis Morote.—*La Duma.* (La revolución en Rusia.)—Segunda parte de «Rebaño de Almas».
José Nákens.—*Los horrores del absolutismo.*
Enrique Heine.—*Los dioses en el destierro.*

OBRAS PUBLICADAS Á TRES PESETAS EL TOMO

Ernesto Haeckel.—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con numerosos grabados.—Dos tomos en 4.º, seis pesetas.

P. Lanfrey.—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por José Ferrándiz.—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

A. Renda.—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

José Fola Igúrbide.—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

David-Federico Strauss.—*Nueva Vida de Jesús.*—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º, seis pesetas.

P. J. Proudhon.—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

EN PRENSA

José Ingegnieros.—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica.)—Un tomo en 4.º, tres pesetas.

MODELOS DE CARTAS, arreglados por Carmen de Burgos Seguí *(Colombine).*—Un tomo: UNA peseta.

ACCIDENTES DEL TRABAJO.—Ley, Reglamento general, de Incapacidades, de Guerra y Marina, por José Manáut Nogués.—Un tomo: DOS pesetas.